

CICÓN

IRVIN
HISTORIA
DE
POLESA

2

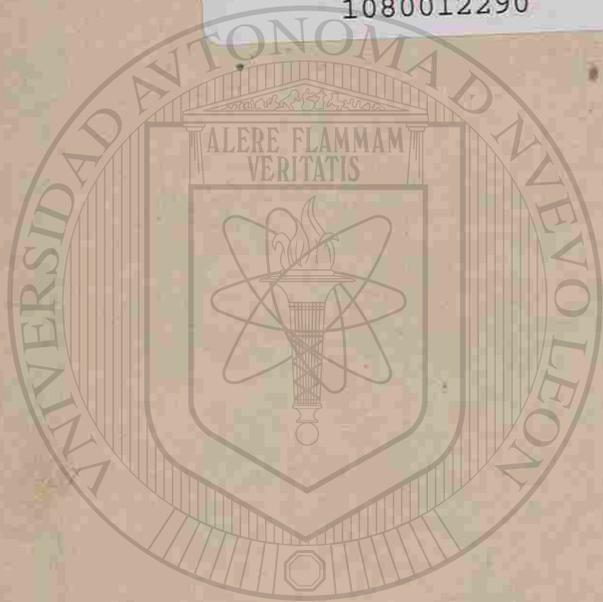
VOLUME III

DC203
N67
v. 2
t. 3

1888



1080012290

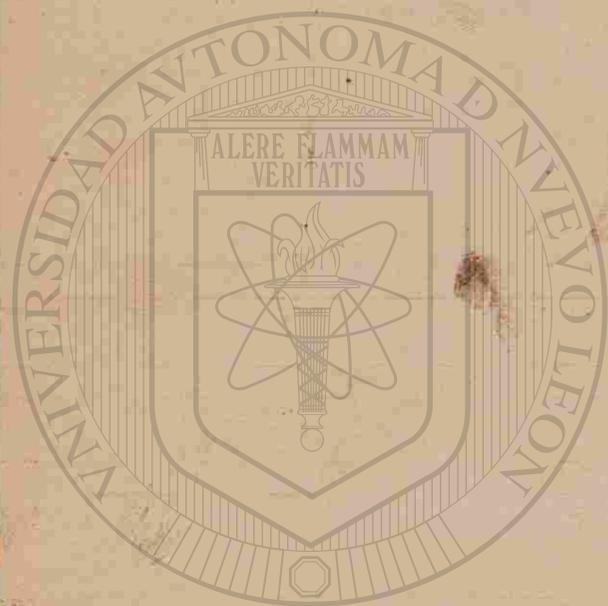


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





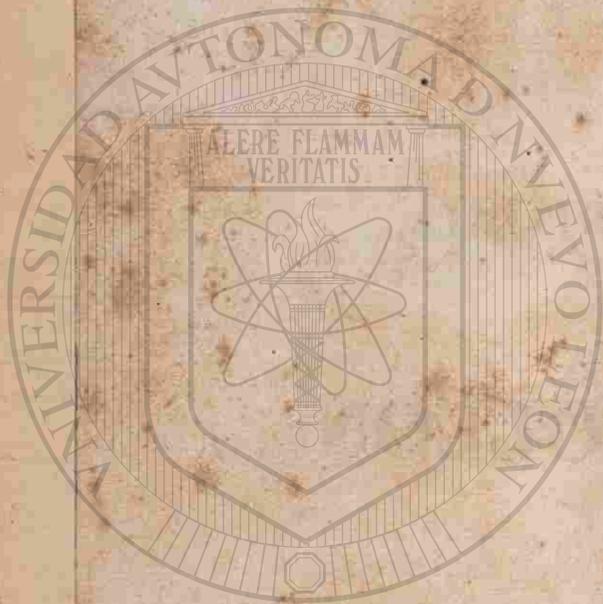
HISTORIA

DE

NAPOLEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE

NAPOLEON

POR

M. DE NORVINS.

TOMO TERCERO.

*
SEGUNDA PARTE.
*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS. — IMPRENTA DE J. TASTU,

CALLE VAUGIRARD, N. 36.

PARIS

DUREY, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE SAVOIE, N. 14;

LIBRERIA AMERICANA

CALLE DEL TEMPLE, N. 69;

1829



DC203

N67

V. 2

T. 3



FONDO HISTORICO
RICARDO GOVARRUBIAS

156549

CAPITULO III.

BATALLAS DE ENZERSDORF Y DE WAGRAM. — ARMISTICIO DE ZNAIM. — EXPEDICION DE LOS INGLESES EN EL ESCALDA. — EL PAPA SACADO DE ROMA. — NEGOCIOS DE ESPAÑA. — CAMPAÑA MARITIMA DE LOS INGLESES.

El ejército del archiduque Cárlos ocupaba Essling , Aspern , Enzersdorf y la orilla izquierda del Danubio, ligados por unas obras cubiertas de una artillería formidable.

El 30 de junio por la tarde, el mariscal Massena trajo á la isla de Lobau la órden de restablecer el antiguo paso que habia servido para la batalla de Essling. En cinco cuartos de hora el puente quedó concluido, bajo la proteccion de la artillería. Una brigada francesa pasó el rio y cogió á dos batallones austriacos.

El 1° de julio, el Emperador mandó apoderarse de la isla del Moyno. El gefe de batallon Pelet, edecan de Massena, se encargó de esta expedicion mirada como imposible; el 2, se puso á la cabeza de seiscientos volteadores, y bajo el fuego mas terrible, efectuó el desembarco,

mató á cien Austriacos, rechazó todos los ataques, mientras que á sus espaldas, en menos de dos horas, y á pesar del esfuerzo de toda la artillería enemiga, se estaba levantando un puente de setenta toesas. La isla estaba tomada y se armó con varias baterías. Estas dos expediciones, así como la de Davoust delante de Presbourg despues del bombardeo, tenían por objeto llamar la atención del Archiduque y engañarle sobre el verdadero punto de ataque.

Nada se oponía ya á la ejecución del plan formado con madurez por Napoleón para la batalla, durante el descanso de Scœnbrünn y de Lobau. Las tropas que ocupaban á Komorn, á Gratz y á Lintz, se habían reunido el 4 al ejército grande. El mismo día, á la una de la tarde, el Emperador dió la orden de empeñar la acción á las ocho de la noche. En la noche del 4 al 5 todo el ejército pasó el río. El fuego continuó de ciento y nueve piezas de grueso calibre unido al ruido de los truenos y á los relámpagos que duraron toda aquella noche, anunció y enseñó al Archiduque cual era el camino que Napoleón se había reservado. Pero por esta vez, la tempestad fue domada y

Napoleón preludeó con una victoria sobre los elementos, á la que había de lograr sobre los Austriacos. En fin el sol salió con todo su lustre, y el ejército radioso se formó soberbiamente en batalla sobre la orilla izquierda del río. Las llanuras de Marchfeld eran el teatro donde la suerte del Austria, y no la de la coalición, iba á decidirse. Napoleón había empleado toda esta noche terrible en dirigir en persona y á pie, el paso de sus columnas sobre todos los puentes. Al salir el alba, montó á caballo y habló á su ejército. Las dos masas se observaron durante algun tiempo; á las doce, Napoleón se adelantó y luego las obras del Archiduque se hallaron envueltas y tuvo que evacuar á Enzersdorf que estaba ardiendo. Las aldeas de Essling y de Aspern, que habían costado tanta sangre á ámbos ejércitos, no habían de ser los solos testigos de una lucha entre los dos imperios; fueron atravesadas por la batalla. El Archiduque se retiró sobre Wagram y Stammersdorf; á las seis, el ejército francés estaba sobre el Russbach, extendiéndose hácia Breitenlée. Los Franceses atacaron al centro del Archiduque; Macdonald arrolló su línea, pero el príncipe acudió con sus reservas; en-

medio de la pelea recibió una herida; las tropas austriacas arrostraron los mismos peligros é imitaron el ímpetu de su gefe. Las divisiones de Macdonald y de Oudinot fueron rechazadas hasta mas acá del Russbach; un terror pánico se apoderó de estos valientes á quienes nunca habia amedrentado el número de sus enemigos; acaso la noche engañó su valor. En fin reunidos alrededor de la guardia invicta, volvieron á formarse bajo los ojos de Napoleon y corrieron á tomar su primera posición sobre el Russbach. Bernadotte que debia apoderarse de Wagram, no hizo sino aparecer en aquel punto; los Sajones fueron echados y se retiraron sobre Aderklaa, de donde pocas horas despues salieron desordenadamente. El Russbach vió dar fin, á las once de la noche, á la jornada de Enzersdorf; una gran parte del ejército enemigo no habia aun entrado en la accion. El archiduque pasó la noche sobre las alturas de Wagram.

Lo primero que vieron los ojos de Napoleon, al despertar su ejército, fue Wagram, pero al momento en que iba á dar la batalla, los Austriacos tomaron la ofensiva. La frente de los dos ejércitos ocupaba un terreno de cuatro mil

toesas. Napoleon las recorrió con la rapidez del relámpago, y corriendo, iba señalando con la mano á sus mariscales las alturas de Russbach, de Neusiedel, de Taumerdorf y de Wagram; pantomima elocuente y terrible que cada gefe entendia así como los soldados. Un viva general contestó á esta orden de vencer ó de morir.

El ataque empezó en Aderklaa, puesto importante para los dos ejércitos, abandonado por Bernadotte y vuelto á tomar por el Archiduque. Esta aldea recordaba á los combatientes las escenas de Aspern y de Essling; mudó de dueño varias veces en pocos instantes, y quedó definitivamente en poder del Archiduque que envió allí numerosos refuerzos. Bernadotte habia vuelto á Aderklaa con sus Sajones que huyeron de nuevo, pero Massena los mandó cargar para volver á enviarlos contra el enemigo. Entretanto, Napoleon apareció y el órdense restableció en la izquierda turbada por el último choque. Napoleon se apeó, subió en la carretela de Massena y dió al ejército la direccion hácia Aspern, que desde el amanecer estaba ocupado por la division del general Boudet; el 4º cuerpo desfiló el primero. La dere-

cha del Archiduque entró en línea á las diez de la mañana; se extendia desde el Danubio hasta Wagram; estaba precedida por sesenta cañones; cogió al ejército frances por la espalda y amenazaba á la isla de Lobau y á los puentes; pero Napoleon andaba tambien; cien cañones que cubrian una media legua de terreno delante del ejército, estaban disparando un fuego terrible y hacian pedazos á estas masas terribles. Nuestra artillería se halló comprometida entre los dos ejércitos, pero luego vinieron á sostenerla el general Macdonald y la guardia imperial. Napoleon estaba en medio del fuego á la izquierda de la division Lamarque que padecia mucho; este general vino corriendo á suplicarle en nombre de la suerte del ejército que se retirase. De repente llega un edecan de Massena para dar aviso al Emperador que el cuerpo de Klenau estaba detras de su ejército, y que Boudet rechazado á la isla de Lobau habia perdido sus cañones. Napoleon estaba mirando á la torre de Neusiedel y no contestaba; en fin oyó el fuego de Davoust mas allá de la torre. *Id corriendo*, dijo al edecan, *y decid á Massena que ataque y que la batalla está ganada.* Macdonald, Oudinot, y

Davoust recibe la orden de apretar y de hacer nuevos esfuerzos; iban á dar las doce; el campanario de Süssenbrun era el centro del Archiduque; allí se precipitó la tempestad á la que Napoleon acababa de dar la señal. Nada le resistió, y dejabamos ya muy atrás al famoso puesto de Aderklaa y al de Breitensée. La terrible columna de Macdonald, como un cuño de granito lanzado por un volcan, se abrió camino en medio del centro de los Austriacos, Macdonald se halló, con mil y quinientos hombres solamente, mas allá de la línea enemiga; los otros se habian quedado en el camino sangriento que habia abierto; se detuvo mas allá de Süssenbrun y contó á los valientes que le habian seguido; este resto de ocho batallones formaba un solo batallon sagrado que venció en Wagram. El general Lamarque tuvo cuatro caballos muertos y vio caer sus seis ordenanzas; nunca la muerte ha llegado de mas cerca. Sin embargo, la hora de la victoria no habia dado aun; habia sido preparada por los prodigios de valor del cuerpo de Davoust y del de Oudinot, que dispersaron á las tropas de Hohenzollern despues de haberlas echado de las alturas de Russbach. Rosem-

berg tuvo la misma suerte alrededor de Neusiedel; seis generales austriacos fueron puestos fuera de combate en la horrenda pelea que precedió á la toma de la torre de Neusiedel. Esta torre cedió por fin á la pertinacia de Davoust; el valiente general Gudin fue herido cuatro veces al lado del mariscal. Por otra parte, al extremo de la línea, Massena habia perseguido, sin titubear un solo instante, su marcha por el flanco, á pesar del fuego de una artillería formidable y de los asaltos de la caballería enemiga. El mariscal habia vuelto ya á tomar á Essling, y estaba marchando sobre Aspern, cuando el cañon del centro le avisó que debia lanzar sus columnas sobre el ala derecha de los Austriacos.

A la una, la faz de la batalla habia mudado. El ejército grande habia vuelto á tomar la ofensiva. Davoust y Oudinot apoyaron á Macdonald, el que, despues de haberse apoderado todavía de la aldea de Gerasdorf, bivaqueó en Brünn donde la noche vino á interrumpir el fuego. El ala derecha acababa tambien su movimiento, combatiendo siempre. Davoust se estableció en Wagram y Massena en Leopoldau; allí pereció el primero, acaso, de nuestros

generales de caballería, Lasalle, en una carga en que su ardor le llevó enmedio de los batallones austriacos; la bala de un soldado le alcanzó en la frente; su muerte fue vengada y su memoria nunca perecerá. La tienda de Napoleon se armó entre las aldeas de Aderklaa y de Rachdorf que habian costado tanta sangre á los dos ejércitos, cuya pérdida fue poco mas ó menos igual. Cerca de cincuenta mil hombres quedaron sobre el campo de batalla ó entraron en los hospitales. Treinta piezas de cañon, muchas banderas y veinte mil prisioneros quedaron en nuestro poder. Los Franceses tuvieron que llorar la muerte de los generales Lasalle, Gauthier y Lacour, y de siete coroneles. El mariscal Bessieres y veinte generales fueron heridos. Napoleon dió un abrazo á Macdonald y le nombró mariscal, así como á Oudinot y á Marmont, y disolvió el noveno cuerpo mandado por Bernadotte. De parte del enemigo hubo tres generales muertos y diez heridos, entre estos el archiduque Carlos, que, durante toda esta jornada, siempre se expuso á los mayores peligros, y recibió dos heridas. Desplegó como siempre el valor del guerrero intrépido, y los talentos de un gran capitán,

Su hermano Juan, desde la llegada á Kormend, habia dejado de obedecer sus órdenes. El generalísimo hizo su retirada con mucho orden.

Napoleon siguió, ó, por mejor decir, buscó al ejército austriaco y por la noche puso su cuartel general en Wolkersdorf, donde Bernadotte se presentó, pero el Emperador no quiso recibirle; Napoleon y todo el ejército tenían que reprocharle antiguos y nuevos agravios; Bernadotte habia sido débil en Austerlitz; en Auers-taedt dejó á Davoust batirse solo contra el rey de Prusia; despues de Essling, su conducta dió tambien lugar á justas quejas. El 5 de julio por la tarde, atacó con flojedad á Wagram y desamparó el puesto importante de Aderklaa, bajo el pretexto que se hallaba demasiado expuesto. En la mañana del 6, la derrota de sus Sajones habia sido un escándalo para todo el ejército; se refiere que despues de la batalla de Essling, Bernadotte se atrevió á decir á Napoleon, *que el ejército frances no era ya el de 1795*. El Emperador le contestó: « Mi ejército es el mismo siempre, solo han » mudado algunos hombres á quienes no re- » conozco ya. » El 7 de julio, Bernadotte, que desde el principio de la campaña no habia ce-

sado de escribir y de informar á Napoleon que no podia ejecutar nada con los Sajones, publicó en su bivaque de Leopoldau una orden del dia en que se leia: « Que los Sajones, en número de siete á ocho mil, habian, en la batalla del 5, arrollado el centro del enemigo, » á pesar de los esfuerzos de cuarenta mil hombres y de cincuenta bocas de fuego; que habian peleado hasta las doce de la noche, y » bivaqueado en medio de las líneas austriacas, que el 6, habian vuelto á empezar el » combate. En medio de las descargas de la artillería austriaca, decia todavía la orden del dia, vuestras columnas vivientes se han » mantenido inmóviles como el bronce. Napoleon el grande os cuenta entre sus valientes. » Este documento se publicó en los diarios alemanes. Bernadotte habia salido para Paris, y luego el Emperador expidió en Schœnbrunn, una orden del dia en que « manifestaba su descontento al príncipe » de Pontecorvo, por su orden del dia, que » era contrario á la verdad, á la política y al » honor nacional..... Añadiendo que lejos de » haber estado inmóvil como el bronce, el » cuerpo del príncipe de Pontecorvo se habia

» retirado el primero , y que el honor que se
 » atribuía Bernadotte , pertenecía al mariscal
 » Macdonald y á sus tropas..... S. M. desea
 » que este testimonio sirva de ejemplar para
 » que ningun mariscal se atribuya la gloria
 » que pertenece á otro..... »

Entretanto, Davoust y Marmont tenían órden de seguir al enemigo sobre Nicolsbourg, y Massena sobre Znaïm; Napoleon, con la guardia, el cuerpo de Oudinot y el ejército de Italia, ocupaba el intervalo de estas dos direcciones. Visitó el teatro de sus triunfos, y encargó especialmente á los duques de Frioul y de Basano hacer recoger los heridos de ambos ejércitos. Treinta mil fueron colocados en los hospitales de Viena, donde M. Bignon, que había venido desde su legacion de Carlsruh, con algunos auditores del consejo de Estado, proveyó á sus primeras necesidades. La hospitalidad del campo de batalla fue constantemente inseparable de la gloria militar de Napoleon.

Massena en su marcha se apoderó de la ciudad de Kornembourg. Supo por los prisioneros y por los habitantes, que el Archiduque había tomado el mismo camino. Este príncipe

estaba aguardando á los Franceses sobre las alturas de Mallebern. El 8 por la noche, Massena recibió la órden de seguir á toda prisa el camino de Znaïm, y Davoust el de Wulferzdorf. Napoleon quiso impedir que se juntasen los Archiduques, con el fin de ejecutar un movimiento combinado sobre Viena. Siempre hábil y lleno de prevision, mandó armar la ciudad con cien bocas de fuego, seis mil hombres de guarnicion, y restablecer el puente. Tomó iguales medidas respecto á Passau, Lintz, Mœlk, Cottweig y Raab. El príncipe Eugenio con los Sajones de Bernadotte y los Wurtembergeses, que unidos á sus tropas formaban un ejército de cincuenta mil hombres, observaba al archiduque Juan y á Viena. Macdonald guardaba el pais de Marchefels teatro de su gloria. Davoust tomó, el 9, la ciudad de Nicolsbourg, y despues de una accion muy viva, Massena se apoderó de Hollabrünn. El Archiduque estaba á dos leguas escasas de esta ciudad, en Guntersdorf, ocupando el camino de Znaïm y sosteniendo su retirada con fuerzas superiores, pero temiendo verse perseguido por Massena, atacado por el flanco por Napoleon, y que Marmont llegase antes que él á

Znaïm; se dirigió repentinamente sobre Brenditz para poder evitar á los dos mariscales, y se detuvo allí hasta el 15.

En efecto, Marmont, habiendo pasado el Taun marchaba sobre Znaïm, y llegó el 10 delante de Terswitz. Le sorprendió mucho hallar á todo el ejército austriaco delante de Znaïm; se estableció en Terswitz donde sostuvo un ataque muy reñido y glorioso, quedando por fin dueño de aquel lugar que fue tomado y perdido varias veces durante la accion. Por la noche, el general Bellegarde escribió al mariscal que el príncipe de Lichtenstein habia ido al cuartel general del emperador Napoleon para pedir un armisticio. Mientras que Marmont estaba peleando en Terswitz, Massena se apoderaba á viva fuerza de Guntersdorf, y el Emperador se dirigia sobre Znaïm, donde llegó cuando Massena estaba ya combatiendo. Puso en movimiento al cuerpo de Marmont; mandó á Davoust y á Oudinot llegar á toda prisa con sus cuerpos respectivos, con el fin de reunir alrededor de su persona, antes que se presentase el príncipe de Lichtenstein, los medios de recibir con mas ventaja el mensage que traia el negociador aus-

triaco. Se habia empeñado una accion muy viva en los arrabales de Znaïm, y Massena iba á dar órden de atacar con un nuevo vigor, cuando, á las siete de la tarde, llegó la noticia de haberse concluido un armisticio. Los oficiales de los dos ejércitos que fueron enviados para comunicarlo á sus respectivos generales, corrieron peligro de la vida para cumplir con su encargo, y algunos de entre ellos volvieron heridos de la comision. Napoleon, en la noche del 11 al 12, habia recibido al príncipe de Lichtenstein, á quien conocia desde el tratado de Presbourg, y habia querido someter la importante cuestion del armisticio á los individuos principales civiles ó militares, que se hallaban cerca de su persona. La cuestion se discutió con entera libertad; la mayoría fue de dictámen que se continuase la guerra, pero Napoleon dió fin á la discusion, diciendo: *Se ha derramado bastante sangre.*

El armisticio se concluyó para un mes, con quince dias de aviso de antemano; entregaba al ejército frances mas de una tercera parte del territorio austriaco y mas de ocho millones de habitantes. El emperador Francisco ratificó la tregua solo el 18 de julio; desde luego

no quiso aprobar lo que habia hecho su hermano que habia combatido con tanto valor para defender la monarquía, que la salvaba por el convenio de Znaïm y que conservaba su último ejército; en efecto con algunas horas mas, Napoleon acaba con él delante de Znaïm. Tampoco reconocieron el armisticio, mientras duró, los insurgentes del Tirol, y Napoleon tuvo que tratar particularmente con ellos por medio del general Rusca. Lo mismo sucedió en todos los puntos de Alemania en donde el Austria entretenia guerrillas. El 9, el general Kienmayer batió á Junot en Gefrees. El rey de Westfalia tuvo que sostener una campaña difícil, con motivo del espíritu de desercion que reinaba entre sus soldados; el duque de Brunswick, despues de varios sucesos que no fueron sin gloria, cedió el campo de batalla con la esperanza de volver á la cabeza de un ejército ingles á quien fue á esperar en Heligoland; en efecto, una porcion de tropas británicas desembarcaron el 7 y el 8 de julio en Cuxaven; el pais de Osnabruck se sublevó y el Hanover hizo ademan de seguir este ejemplo. Todo conspiraba contra el armisticio de Znaïm. La desgracia del generalísimo ofre-

ció la prueba la menos honrosa de las malas disposiciones y de la perfidia de la casa de Austria. Despues de haber sostenido una lucha gloriosa, cayó por una intriga de gabinete, la misma que habia resuelto esta guerra y que, en aquel mismo momento, arriesgaba la suerte del Austria con la violacion del armisticio de Znaïm. Mientras que Napoleon, antes de volver á Schœnbrunn, donde llegó el 14, daba la última audiencia al príncipe de Lichteinstein, manifestándole sus deseos de paz y de que se abriesen inmediatamente las negociaciones, el emperador Francisco, entregado en Buda al odio de la Emperatriz y del conde de Stadion contra la Francia y su soberano, y á los consejos de lord Bathurst y de sir Walpole, consagraba este descanso de un mes á mudar su sistema de guerra, trasladándola al territorio húngaro. Napoleon entonces tuvo que adoptar nuevas disposiciones y prepararse para todo evento. Por una parte, el convenio no tenia fuerza ninguna en el Tirol, y las negociaciones abiertas en Altembourg se iban alargando. Este gran sistema del Austria, el de ganar tiempo, estaba mas que nunca puesto por obra, y M. de Metternich plenipotencia-

en Wagram. Amberes era otro Plymouth que debia quitar á toda costa á su enemigo , pues el sistema de sus hostilidades debia ser consiguiente á su posicion geográfica. La Inglaterra no peleaba por conquistar concesiones en una paz futura como las potencias continentales y como el mismo Napoleon ; peleaba con el fin de dañar á la Francia , sin dejarla la esperanza de las compensaciones. En toda la Bélgica solo queria apoderarse de Amberes, para destruir su puerto militar, sus arsenales, y sus fortificaciones ; se acordaba de Tolon , y buscaba un desquite de su destrozo en aquella ciudad, y sobre todo, del sentimiento de no haber podido consumir la ruina de esa plaza, salvada entonces de sus manos por el jóven comandante de la artillería republicana. Quería destruir Flesinga, apoderarse de la isla de Walcheren , de las bocas del Escalda, y quemar la escuadra francesa en el puerto de Amberes. Gastó 20 millones de libras esterlinas (500 millones de francos) en esta operacion , ó por mejor decir, en este golpe de mano , pues no puede darse otro nombre á esta expedicion. La Inglaterra no habia perdonado medio ninguno con el fin de desper-

tar en Holanda los intereses que por tanto tiempo unieron la fortuna de ambos paises. Napoleon reedificaba militarmente Flesinga y Amberes , pero sus fundaciones eran enteramente comerciales; la Inglaterra, que conocia esta verdad, procuraba con ahinco prevenir las consecuencias. La Holanda, en aquella época, presentaba una singularidad muy notable bajo el reinado de un hermano de Napoleon ; en medio de la guerra que sostenia el Emperador en los dos extremos de la Europa y en los Estados limítrofes de la Holanda , el rey Luis , dominado por los consejos de una política anti-francesa, acababa de despedir parte de su ejército , de desarmar sus puertos y de licenciar sus marineros; pero el pueblo holandés le dió una leccion moral, mostrándose tan poco fiel á sus juramentos para con él , como él mismo lo era para con Napoleon. Entonces fue, cuando el Emperador mandó á su ministro de la guerra escribir al rey Luis : *Que el reino de Holanda era mucho menos útil á la causa comun , que lo habia sido la antigua república.*

La escuadra enemiga se apoderó facilmente de Walcheren y de Middelbourg á pesar de

la resistencia del valiente general Osten, que apenas tenia mil y quinientos hombres para oponerse á diez y ocho mil Ingleses. El general holandés Bruce no aguardó la llegada del enemigo para abandonar el fuerte de Batz que defendia los dos brazos del Escalda y las avenidas de Amberes. Tres dias despues del desembarco, el ejército ingles se hallaba á cuatro leguas de esta ciudad, único objeto de la expedicion. Pero en vez de dirigirse por el vado del canal de Berg-op-Zoom, Chatam puso sitio á Flesinga, que hubiera caido precisamente con la toma de Amberes, de manera que esta última ciudad, que no hubiera podido resistir á un ejército tan fuerte, debió su salud á la impericia del general ingles. La guarnicion de Amberes se componia unicamente de algunos depósitos de regimiento. El general Falconet que la mandaba halló un auxilio poderoso en el coronel Lair á la cabeza de los obreros militares de la marina, y en el gefe de batallon de ingenieros Bernard, que fue despues edecan de Napoleon, y en el dia manda en gefe los ingenieros en los Estados-Unidos de América. Los fuertes y las baterías fueron armados. La escuadra se puso en salvo prote-

gida por la fortaleza, y los marineros hicieron el servicio de tierra. El senador Rampon llegó de Sant-Omer con algunas guardias nacionales, de manera que Amberes se halló en estado de defensa y se pudo esperar salvar á Flesinga que resistia desde quince dias, aunque la atacase lord Chatam con un ejército numeroso, y se hubiera logrado la conservacion de aquella plaza, si el general Monet su gobernador hubiese roto los diques. Capituló el 15 de agosto con cuatro mil hombres, que fueron conducidos á Inglaterra; pero despues de haberse tomado informaciones quedó decidido que no habia habido sitio formal y el general Monet fue declarado culpable.

El telégrafo habia anunciado á Paris el desembarco del ejército ingles, el 1° de agosto. Bernadotte ofreció sus servicios, ó por mejor decir fue llamado por el duque de Otranto su antiguo amigo de revolucion, que por entonces desempeñaba los dos ministerios del interior y de la policia general; costó poco trabajo á Fouché triunfar de la resistencia que manifestaba Bernadotte, para ir á ponerse á la cabeza del ejército de Amberes, con motivo de la orden del dia de Schœnbrunn. No se sabe

lo que pasó entre estos dos personajes. Napoleón acababa de libertarse dos veces de las proscricciones de sus enemigos, la primera vez por la batalla de Essling y la segunda por la victoria de Wagram. Fouché quiso también que sonase su nombre en esta época memorable. Mandó alistar los hombres escogidos de las guardias nacionales de los diez departamentos del Norte, los puso en marcha, propuso al consejo el nombramiento de Bernadotte, como general en jefe, y publicó una circular en que se atrevía á decir: « Probemos á » la Europa que si el ingenio de Napoleón puede » dar lustre á la Francia, su presencia no es » necesaria para rechazar al enemigo... » Esta circular de Fouché incomodó al Emperador, tanto ó mas que la orden del dia de Bernadotte. Sin embargo, Napoleón, en su carta del 29 de julio, recapitulaba todos los agravios que habia recibido del príncipe de Pontecorvo. El consejo desechó la propuesta de Fouché; y el rey de Holanda, como condestable del imperio, tomó á su cargo la direccion de las tropas. Pero este príncipe se halló luego muy embarazado con sus nuevas funciones; estaba temblando por sus Estados, y pedia un mariscal á

quien pudiese entregar la conducta de la guerra; entonces Bernadotte fue llamado al ejército del Norte, y todo se organizó para tan importante comision. El mariscal Kellermann juntó una reserva en Wesel, y el mariscal Moncey otra en Lila; el general Santa Susana se quedó con el mando de las costas; el ministro Dejean fue á Amberes para tomar el mando de los ingenieros; Moncey marchó sobre el Escalda, y el mariscal Bessieres, destinado por Napoleón al reemplazo de Bernadotte, vino á Lila. Los senadores Collaud y Vaubois llegaron, el uno á Amberes y el otro á Ostende, como gobernadores. Resultó de estas disposiciones, y de la eleccion de los generales Reille, Lamarque y otros enviados del ejército, que Bernadotte, cuyo nombramiento tenia por objeto principal alejarle de Paris, tenia unos celadores, cuyo encargo era mas bien observar su conducta que no auxiliarle. Bernadotte salió de Paris, el 12 de agosto, y no llegó á Amberes hasta el 15, y cuando todo estaba preparado para resistir un ataque. En efecto, lord Chatam dijo en un consejo de guerra, que era imposible atacar, como no se intentase antes un movimiento ofensivo; por otra parte,

las enfermedades causaban cada dia pérdidas inmensas á su ejército. La retirada de la escuadra inglesa se decidió inmediatamente despues del consejo, y el fuerte de Batz se evacuó el 4 de septiembre. Lord Chatam dejó en Flesinga diez y seis mil hombres que perecieron casi todos de la fiebre. El 24, el mariscal Bessieres entregó á Bernadotte la órden que le nombraba comandante en gefe en su lugar, así como la de ir á reunirse con el ejército grande; la naturaleza de la correspondencia que el príncipe habia tenido con la capital, no permitia que permaneciese allí. El ministro reprochó al príncipe una proclama, en que reducía su ejército á quince mil hombres, cuando tenia mas de sesenta mil, error que era muy funesto en el momento en que la expedicion inglesa amenazaba á la Holanda y á la orilla izquierda del Escalda. De manera que Bernadotte se marchó del ejército de Flesinga, el 26 de diciembre, mas descontento y mas sospechoso que cuando se fue de Alemania. El ejército ingles salió de Flesinga el 26 de diciembre, despues de haber derribado los fuertes. En aquella época, la falta de resolucion y de habilidad de parte del general enemigo,

los estragos de la enfermedad y el valor de los Franceses, los salvaron del peligro mas terrible que hasta entonces hubiese amenazado á la Francia. Napoleon tenia motivo de estar con cuidado, reflexionando que sus dos grandes ejércitos se hallaban ocupados, el uno sobre el Danubio y el otro sobre el Tajo, pudiendo temer por otra parte que la prolongacion del armisticio de Znaïm fuese una combinacion del enemigo. Se concibe que desde entonces estuviese con recelos de que el ingenio y la fortuna no bastasen ya para sostener su preeminencia.

Sin embargo, el gran descalabro que acababa de padecer el orgullo británico, dió tambien al Emperador una nueva confianza en su destino. En efecto, en menos de sesenta dias lord Chatam y su ejército tuvieron que evacuar el pais sin haber empeñado otro combate que el del general Osten. La escuadra inglesa se retiró asimismo de sus estaciones, y volvió á los puertos de Inglaterra; pero la expedicion experimentó mas desfalco que si hubiese peleado sobre la tierra y sobre los mares, supuesto que tuvo mas de treinta mil muertos ó enfermos. «Es una fortuna para nosotros», escribia Na-

» poleon á su ministro de la guerra, que los
 » Ingleses vengan amontonándose en los pan-
 » tanos de la Zelandia; como podamos te-
 » nerlos allí, el clima y las fiebres de aquel
 » pais acabarán con sus ejércitos.» La afrenta
 fue mayor que el desastre para la Inglaterra,
 que no recogió de tan inmenso armamento
 otro fruto que la vergüenza de una retirada
 delante de unas guardias nacionales, y el sen-
 timiento de no haber producido diversion
 ninguna ni á favor del Austria, ni á favor de
 la España, y de no sacar otro trofeo que ha-
 ber derribado los arsenales de Flesinga.

Al mismo tiempo que Bernadotte perdía el
 mando del ejército del Norte, Fouché perdía
 el ministerio de la policía. Napoleon se vió en
 la precision de hacer justicia de las sospechas
 que le habian inspirado la inteligencia que rei-
 naba entre el príncipe de Pontecorvo y el du-
 que de Otranto, y el atrevimiento de éste que
 se valió del poder que le daba el desempeño
 de dos ministerios, para levantar, organizar,
 armar y poner en marcha las guardias nacio-
 nales de tantos departamentos. Era natural
 que este poder de improvisar un ejército na-
 cional y ponerlo bajo las órdenes de un émulo

descontento, diese en que pensar al gefe del
 Estado. Por otra parte, Napoleon quedó justi-
 ficado en 1814 y 1815, de su severidad para con
 aquel, que entonces príncipe real de Suecia,
 dirigió, como generalísimo de los enemigos de
 la Francia, un ejército del Norte sobre el
 mismo teatro, como asimismo de su rigor para
 con el senador encargado de una mision en
 Nápoles, á quien no hubiera debido elegir
 para ministro durante los cien dias.

Se ha visto en el capítulo IIº de este libro, que
 Joaquin no habiendo podido lograr de la con-
 sulta francesa que echase al Papa, se reservaba
 de cumplir con sus planes, valiéndose de sus
 propios medios. En efecto, á fines de junio,
 hizo pedir al Papa una respuesta categórica
 sobre las proposiciones del Emperador; Pio VII
 que habia contestado ya con la excomunion
 se negó á suscribir á lo que se le pedia. El 6
 de julio, dia de la batalla de Wagram, el ge-
 neral Radet, comandante de la gendarmería,
 volvió á instar al Papa de parte del rey de Ná-
 poles, y amenazó á S. S. de sacarle de Roma
 si se empeñaba en negarse. Pio VII replicó que,
 desde el primer dia, su resolucion habia sido
 comunicada al Emperador, dió orden de cer-

rio del emperador Francisco, habia manifestado durante su embajada de Paris poca disposicion para la paz. M. de Champagny, ministro de relaciones exteriores de Francia, trataba en nombre de Napoleon. El 12 de agosto, el armisticio se prolongó y las conferencias se abrieron el 17.

El Austria tenia motivos poderosos de ganar tiempo; la Inglaterra se presentaba por todas partes; en Valcheren, en Cuxhaven sobre las costas del Elba y del Báltico; un ejército ingles estaba marchando sobre Madrid; la escuadra anglo-siciliana estaba delante de Nápoles y sobre las costas de la Calabria, donde habia bombardeado á Gallipoli; el almirante Colingwood atacaba las islas Jónicas, que al cabo se le rindieron; pero el principal objeto de la Gran-Bretaña era el Escalda, donde dirigió una expedicion de setenta y cuatro navíos y un sin fin de otros buques. Esta escuadra tenia á bordo cien mil hombres, entre ellos cuarenta y cinco mil soldados. Lord Chatam, ministro y gran-maestre de la artillería, cuyo nombre era una hostilidad hereditaria contra la Francia, mandaba el ejército; sir Ricardo Strachan mandaba la escuadra. Jamás la In-

glaterra habia lanzado un manifiesto mas fuerte contra la paz. El Austria no tuvo la culpa si la Inglaterra no llegó á tiempo para hacer una diversion útil á sus intereses. Su embajador Stahremberg no habia cesado, durante todo el mes de mayo, de instar al gobierno ingles que no dió las últimas órdenes hasta el 29 de julio, ocho dias despues de haber tenido la noticia del armisticio de Znaïm, de manera que la expedicion del Escalda solo sirvió para desmentir la negociacion austriaca. Pero el rey de Suecia se habia atrevido tambien á quedarse solo en la palestra contra Napoleon, despues del tratado de Tilsitt, como la Rusia despues del de Presbourg. La Inglaterra, con mas motivos que la misma Rusia, cuya querella se sentenciaba con una ó dos batallas perdidas, discurrió que le convenia llevar la guerra á las partes occidentales del territorio frances, mientras que Napoleon y sus ejércitos descansaban sobre el Danubio de las terribles victorias que acababan de conseguir. La posesion del Escalda, hecho en cierto modo un rio de familia para la Francia por el canal de San Quintin, importaba mas á la Inglaterra que si Napoleon hubiese sido vencido

rar su palacio, y se encerró en él, aguardando los acontecimientos. El general Radet llegó hasta la persona del Papa escalando las murallas. La seguridad y el carácter del Pontífice romano exigian que se justificase la violacion de su palacio, y de no oponer despues resistencia ninguna. Pio VII subió con Radet en una carretela y salió como un reo de estado escoltado por la gendarmería. Así Joaquin, sin tener autorizacion de Napoleon, intentó dar fin á la lucha entre los dos poderes que entonces dominaban solos á la Europa. El Papa ganó con esta violencia impolítica y odiosa la corona del martirio. La tiara pareció mas sagrada, aunque menos temible, luego que el Sumo Pontífice no residió en Roma; esta capital del mundo cristiano, acordándose sin duda de todas las vicisitudes de la historia, vió con impasibilidad y casi sin conmoverse, la salida de su soberano; concibió la esperanza de volver á ser la capital de la Italia entera, bajo el cetro de un príncipe imperial de Francia, y consentia en sacrificar el vano título de metrópoli del mundo cristiano, que Paris adquiria de resultas de la batalla de Wagram. Roma pues se despidió del Papa, no solo como de un mo-

narca, sino como de un gobierno á quien no debia volver á ver. Con todo, la alta Italia se arrodilló en todas partes al paso del Papa que llegó á Grenoble bendiciendo las poblaciones. Tuvo el triunfo de la santidad y de la persecucion. Los pueblos postrados en el camino, no sabian que este augusto infortunio no era sino un sacrificio enteramente mundano, hecho en defensa de intereses puramente temporales y resultantes de la guerra poco religiosa declarada el 10 de junio, con la excomunion lanzada contra Napoleon.

La violencia hecha al papa en su propio palacio, asilo violado en otros tiempos por otros príncipes católicos y tambien por la nobleza romana, puede dar una idea del poder de Napoleon. Los reyes tenientes del Emperador de los Franceses, miraban como un acto sencillo y como una aplicacion de sus atribuciones, derribar el trono pontifical y arrestar al Sumo Pontífice. No queda en el dia ninguna duda sobre quien fue el autor de este acontecimiento. Se sabe como Napoleon ejecutaba sus resoluciones; si hubiese podido concebir el proyecto de echar al Papa de su capital; no hubiera dado semejante encargo á la gendar-

mería, y, á pesar del carácter de iniquidad de esta determinacion, hubiera guardado las formalidades de la política. Todo se hubiera dispuesto para el viaje de Su Santidad, y se hubiera avisado á los altos funcionarios de Italia. El golpe de estado se hubiera tapado con la pompa imperial, y los honores tributados en el viage al augusto prisionero hubieran calmado, y acaso ilustrado, la sorpresa de los pueblos. En lugar de eso, el Papa fue hasta Grenoble sin parar, y sin haber recibido los honores de oficio, atravesando como un mero prisionero, los Estados de Toscana donde reinaba una hermana de Napoleon, y el Piamonte administrado por su cuñado. La gran duquesa Elisa y el príncipe Camilo Borghese no habian recibido aviso del paso del augusto cautivo; esta sola observacion basta para disipar las acusaciones dirigidas contra el guerrero que contestaba á los rayos del Vaticano con los rayos de Wagram; en efecto, la excomunion del 10 de junio pudo mirarse como el complemento del boletin de Viena sobre la batalla de Essling. La Francia habiéndose sustraído durante el curso de su revolucion al poder pontifical, el gabinete de Viena halló desde

el principio una aliada mas que adicta en la corte de Roma. Los tratados del Papa y del Austria con el gobierno frances y la coronacion de Napoleon, no interrumpieron esta alianza; el cardenal Albani siguió en Viena, durante mas de veinte años, los intereses públicos ó ocultos de la alianza, y no volvió á Roma hasta despues de la caida de Napoleon.

Por irritado que se mostrase Napoleon en el interior del palacio de Schoenbrunn, cuando supo la salida del Papa, discurrió que no podia desmentir publicamente á su cuñado, ni cargar la débil cabeza del dignitario de la corona napolitana con un delito que hubiera sublevado contra él sus mismos vasallos, alterado el influjo frances sobre la Italia, y dejado sin apoyo en Roma al gobierno provisional y unicamente civil de la consulta. Napoleon, por otra parte, viendo tanta audacia en esta accion, juzgó con razon que la Europa se la atribuiria exclusivamente. Admitió la responsabilidad con su silencio, como lo habia hecho cuando la catástrofe del duque de Enghien; las órdenes de Schoenbrunn llegaron luego á Grenoble, y el 12 de agosto, el Papa fue trasladado al palacio episcopal de Savona. Se le señalaron

cien mil francos mensuales y se le destinó una servidumbre de la casa imperial; el general Cesar Berthier, hermano del príncipe de Neufchatel, fue nombrado jefe del palacio pontifical. Pero Pío VII no quiso admitir sino el cuarto que ocupaba, y reusó los cien mil francos; reusó igualmente la catedral de Savona que se había constituido en capilla papal. Llamó la atención por el desprecio de la pompa con que un enemigo quería honrar su cautiverio. Volvió á la vida monástica, y con su modesto oratorio, hizo contra Napoleon dueño de Viena una guerra de milagros. Desde allí combatió todas las disposiciones que tomaba el Emperador, relativas al clero, y encadenaba con sus decisiones los antiguos y los nuevos titulares de las sedes episcopales de Francia. Por esta oposicion inalterable, Napoleon se vió en la precision de proveer al gobierno de la Iglesia con unos vicarios apostólicos, y de formar cerca de su persona una alta comision eclesiastica. Entretanto, una propaganda activa y secreta obraba desde Savona y se insinuaba por entre las pompas y los troféos del grande imperio; luego halló un asilo en una de las metrópolis, en Leon, donde la traycion

introdujo las bulas y las venganzas de la Santa Sede; este delito se descubrió mas tarde y se reprimió sin castigo. De manera que, en 1809, nada faltó á la escena de la edad media; hubo excomunion, violencia, cautiverio, milagros y traycion

La Península ibérica era el teatro de otra lucha. El 17 de junio, el general Suchet destruyó completamente, en el combate de Belchite, al general Blake, á quien habia batido ya, el 15, delante de Zaragoza. El 28 de julio, José á quien Napoleon no habia dejado su genio militar, hizo un ensayo desgraciado de sus armas en Talavera de la Reina, donde el mariscal Victor atacó á sir Arthur Wellesley con un ejército demasiado débil, por no aguardar á los mariscales Soult, Ney y Mortier segun estaba convenido. El rey José, sin embargo tenia por mayor general y consejero al mariscal Jourdan; este príncipe no se acordó de que no tenia derecho para comprometer su fortuna militar en una guerra en que unos felices sucesos continuos podian solos sostener su fortuna política. Wellesley perdió seis mil hombres, y el rey algunos menos. La victoria quedó indecisa, supuesto que los Fran-

ceses durmieron sobre el campo de batalla. Con todo, el 9 de agosto, á la llegada de su correo, Wellesley fue nombrado vizconde de Wellington de Talavera, á pesar de que sehubiese visto obligado á abandonar cinco mil heridos. A tres leguas de allí, el 8 de agosto, el mariscal Soult con los cuerpos de Ney y de Mortier pasó el Tajo arriba del puente del Arzobispo. El mismo dia el mariscal Victor sorprendió el paso del mismo rio al duque de Albuquerque, y el 21, el general Sebastiani destrozó en Almonacid el ejército de Venegas. El 19 de noviembre, el mariscal Mortier á la cabeza de veinte y cinco mil hombres, batió completamente en Ocaña, cerca de Aranjuez, el ejército de los insurgentes compuesto de cincuenta mil hombres. La ocupacion de los desfiladeros de la Sierra-Morena abrió la Andalucía á los Franceses, y la victoria de Ocaña decidió la invasion de aquella provincia. El 25, á cinco leguas de Salamanca, el general Kellermann empenó la brillante accion de Alba de Tormes, y batió con algunos regimientos de caballería un ejército español numeroso, cogiéndole toda su artillería. En fin, despues de cinco meses de un sitio memorable, conducido

con mucha destreza por el general Gouvion San-Cyr, la fuerte plaza de Gerona capituló y se entregó el 10 de diciembre, al mariscal Augereau, con doscientos cañones que estaban dentro de la ciudad.

La victoria de Ocaña que pacificaba el mediodia de la España, produjo, sin embargo, un mal resultado. Este suceso tan importante entonces, detuvo á Napoleon, que, desde las noticias de Talavera, tenia resuelto ir á tomar en persona la direccion de la guerra. La guardia imperial estaba ya andando; la vanguardia habia llegado á Burdeos, la caballería estaba en Poitiers, y la infantería con la artillería iban á pasar el Loire. Cien mil hombres se dirigian sobre los Pirineos. El Emperador se proponia batir separadamente el ejército inglés acantonado hácia Badajoz, y el ejército español reunido en la Mancha. El motivo de estas operaciones era la ocupacion de Cadiz y de Lisboa. Prescindiendo del influjo que la presencia del vencedor de Wagram debia tener sobre sus enemigos de la Península, hubiera bastado para ahogar todas las rivalidades entre los gefes. El mariscal Soult habia reemplazado, como mayor general del ejército,

al mariscal Jourdan, que habia logrado despues de repetidas instancias volver á Francia. El ejército vió con sentimiento alejarse uno de sus mas antiguos é ilustres capitanes. José no tenia sobre los mariscales esta autoridad del ingenio que, bajo los ojos de Napoleon, les hacia olvidarse de su ambicion y de sus rivalidades.

El 14 de enero de 1810, despues de haber hablado de la sentencia de un ayudante mayor del 18º de dragones, convicto de haber tenido inteligencias con el general Wellesley en Portugal; *el Monitor*, añadia: « Con este motivo se han esparcido voces injuriosas sobre » el duque de Dalmacia. Nos hallamos autorizados para declarar que son del todo falsas. » S. M. no ha cesado de tener confianza en la » fidelidad y los buenos sentimientos del duque de Dalmacia; dándole una nueva prueba » de ella, nombrándole mayor general de sus » ejércitos de España. »

Esta insercion impuso silencio á una calumnia acreditada entonces. Se decia que el mariscal Soult habia querido proclamarse rey de Portugal, bajo el nombre de Nicolas Iº, y se añadia que la proclama se habia hecho ya en

Lisboa y Oporto donde habia habido besamanos. Esta fábula se sostuvo algun tiempo por que era absurda. Los hombres de juicio bien sabian que Alejandro no habia tenido sucesor sino despues de su muerte, y que Napoleon no animaba á sus tenientes á heredar, mientras viviese, de ninguna de sus conquistas. Sea lo que fuere, esta anécdota, inventada por una mala voluntad ciega y apasionada, da una idea del espíritu que reinaba entonces en los ejércitos franceses de la Península.

El pabellon británico habia sido mas feliz en los mares occidentales y sobre las costas de Francia, que en las bocas del Escalda y en los mares de Nápoles. Los Ingleses obligaron al capitan general Villaret Joyeuse á capitular, el 14 de febrero, en la isla de la Martinica. El general Ferrand, con unos pocos Franceses, habia logrado mantenerse durante cinco años en Santo Domingo contra la insurreccion triunfante de los negros; pero, acometido á la vez por los habitantes españoles y por los Ingleses, tuvo que admitir, el 7 de julio, un convenio cuyo resultado fue la caida de la última bandera francesa en la isla de Santo Domingo. El 14 de julio, nuestros establecimientos del

Senegal, se rindieron igualmente á las fuerzas británicas. Estas hazañas de la marina inglesa son de poca importancia, comparadas á sus desgracias en los puntos donde hallaron resistencia, como sucedió sobre las costas de Nápoles, en las bocas del Escalda, en el Bósforo y en el Egypto.

Los verdaderos sucesos de la Inglaterra en 1809 son puramente marítimos. Así es que en el combate del 12 de abril, delante de la isla de Aix, de catorce navíos franceses fondeados bajo el fuego de las baterías, y atacados por una escuadra inglesa, seis dieron á pique, otros seis fueron quemados, y dos solamente lograron escaparse subiendo el Charente; el enemigo no perdió ni un solo buque. El contra almirante Baudin experimentó igual desgracia sobre las costas del departamento del Herault, donde escoltaba un comboy, se vió precisado á dar á pique y á quemar dos de sus navíos. El comboy se refugió en la bahía de Rosas. Es cierto que, á pesar de los esfuerzos de Napoleon, y aunque se haya visto al momento de asegurarse el imperio del mundo, con una grande expedicion marítima, se puede decir que la marina francesa no so-

brevivió á Luis XVI que la puso en un pie tan glorioso en ambos hemisferios. La Inglaterra acabó de vengarse de este príncipe y de la Francia en Quiberon, cuyo desastre se la echará siempre en cara, como el delito mas odioso y la traicion mas inicua.

CAPITULO IV.

PAZ DE VIENA.—ATENTADO DEL JOVEN STABS CONTRA LOS DIAS DE NAPOLEON.—VUELTA DE NAPOLEON A PARIS.—DISOLUCION DE SU MATRIMONIO.

El Emperador celebró sus dias en Viena, dando recompensas militares. Nombró á Berthier príncipe de Wagram, á Davoust príncipe de Eckmühl, á Massena príncipe de Essling; este último título y el de duque de Rivoli unidos sobre la cabeza del héroe de Zurich, prueban sobre todo que Napoleon no tenia recelo de ilustrar á sus principales tenientes con el nombre de las acciones en que su influjo personal habia contribuido al triunfo de sus armas. Los soldados no tuvieron menos parte en la munificencia del Emperador; concedió dotaciones á los amputados, pensiones á las viudas de los guerreros muertos en el campo de batalla, adoptó á sus hijos y decretó además la erección de un obelisco con esta inscripción: *Napoleon al pueblo frances*. Esta

idea, así como otras varias que manifestó, dan á conocer al hombre que conservaba una fuerte impresion de la revolucion, y que no podia menos de tomar sus instituciones grandiosas como, muchas veces, el único lenguaje capaz de conmover las masas. El monumento que asociaba la nacion á las victorias del Emperador debia ocupar el terraplen del Puente Nuevo, donde se volvió á colocar despues la estatua de Enrique IV. Napoleon fundó aquel mismo dia la órden exclusivamente militar de los tres toysones, imitado de las de Maria Teresa y de San Jorge. Algunos la llamaron la órden del Sepulcro, atendida la dificultad de llenar los requisitos exigidos, en el número de acciones y de heridas. El nombre dado á la nueva institucion designaba la posesion del toyson de Borgoña y las conquistas del de Austria y del de España. Semejante creacion era igualmente impolítica con respecto á la Europa, al momento de la paz, y con respecto á la Francia, donde la legion de honor, que descansaba sobre los principios de igualdad, bastaba para todas las ambiciones y para todos los servicios hechos al pais. Así es que la órden de los tres toysones se abandonó pronto como de-

masiado contraria al espíritu y á los intereses del siglo; esta reflexion que no habia hecho el vencedor de Wagram fue reprimida por el Emperador.

Entretanto, las conferencias de Altembourg no tenian término. Se negociaba de una y otra parte con la espada en la mano. En el cuartel general austriaco se hablaba de denunciar el armisticio el 20 de septiembre y Napoleon estaba formando el plan de una nueva campaña cuyo teatro seria la Bohemia. Las disposiciones del gabinete austriaco seguian hostiles con el motivo de la presencia de los Ingleses delante de Flesinga y de los acontecimientos de España. Por otra parte, el duque de Cadora manifestaba en Altembourg condiciones muy duras, y el conde de Metternich las eludia con proposiciones pèrfidas como era la de ceder las dos Gallicias. La flojedad de los movimientos del general ruso Gallitzin durante la guerra, y el negarse á obrar de acuerdo con el príncipe Poniatowski, no permitian al negociador frances apoyarse sobre la alianza de la Rusia. Los plenipotenciarios de Altembourg quedaban en presencia sin concluir nada, cuando, el 8 de septiembre, el conde de Bubna llegó á

Schoenbrunn, con una carta en que su soberano declaraba que no admitia las condiciones del duque de Cadora. La circunstancia era de mucha gravedad, y dió lugar á que el duque de Bassano y M. de Bubna conferenciasen. Con todo, como la carta del emperador de Austria era amenazadora, Napoleon despues de haber contestado, tomó la resolucion de encargar al mariscal Massena la conquista de la Bohemia con un ejército de ochenta mil hombres. El mismo salió el 15, para ir á visitar los cuerpos de ejército, y dió sus órdenes á Davoust sobre el mismo campo de batalla de Austerlitz. Pero el presente en nada se parecia al pasado; Napoleon no tenia ya el ejército que se componia de todos los restos de todos los ejércitos de la república, de los vencedores del Rhin, del Danubio, de las Pirámides, de los Alpes, de la Italia, del Egipto, de Marengo y de la campaña inmortal llamada de los tres Emperadores. Tambien le faltaba á Napoleon la caballería de Austerlitz, habiendo perdido en Essling casi todo el cuerpo de coraceros. Bien conocia que su posicion no era la misma, y el jóven ejército, que habia hecho ya prodigios de valor, todavia no habia

descansado de sus últimas hazañas; sin embargo, acababa de recibir entre sus filas treinta y seis mil heridos curados en los hospitales, seis mil prisioneros cangeados y varios destacamentos de Francia. Por su lado, sin duda, el Archiduque conocia la diferencia que habia entre sus soldados de entonces y sus tropas viejas de antes; sin embargo, tenia todavía fuerzas imponentes y Napoleon no podia mandar imperiosamente la paz como en Presbourg. Se puede creer que Napoleon tuvo la idea, si no lograba firmar la paz, de dar á la Europa el espectáculo de la desmembracion de la monarquía austriaca, resultado acaso infalible de la conquista de la Bohemia. Pero esta grande operacion que, si se ha de dar crédito á las Memorias de Napoleon, era conocida por uno de los Archiduques, era mas difícil entonces que despues de la batalla de Austerlitz, donde el ejército ruso quedó aniquilado; en vez de que despues de la batalla de Wagram, los Rusos estaban observando, supuesto que no se puede dar otro nombre á su cooperacion supuesta á la guerra contra el Austria.

La contestacion del emperador Napoleon no allanó las dificultades, aunque la escuadra in-

glesa se hubiese retirado de las bocas del Escalda. Este acontecimiento tan trascendental para la política austriaca, en vez de inspirarla sentimientos conciliatorios, la irritó aun mas. El conde de Stadion reclamó con altanería del lord Batuhrst una diversion armada en el norte de Alemania, para indemnizar al Austria de la retirada de la expedicion británica; de manera que, al paso que M. de Champagny y M. de Metternich estaban tratando en Altembourg, la corte de Austria pedia á su aliado los medios de volver á empezar las hostilidades, declarando, el 19 de septiembre, que no podia de ningun modo admitir las condiciones ofrecidas. El lenguaje del emperador Francisco habia sido bien diverso en el bivaque de Napoleon, despues de la batalla de Austerlitz.

Pero, mientras que los plenipotenciarios hacian en Altembourg la gran guerra diplomática, M. de Bassano y M. de Bubna maniobraban en Schönbrunn sobre un terreno menos tempestuoso. El primero descubrió que la flaqueza presunta de nuestro ejército era la verdadera razon secreta de la resistencia del gabinete austriaco. En consecuencia, se aprovechó de una

ocasion de enseñar á M. de Bubna un estado muy extenso de las fuerzas francesas, así como de las que estaban andando, y no le ocultó que la expedicion inglesa sobre el Escalda, no habiéndose logrado por el gabinete británico, el Emperador habia resuelto volver á abrir la campaña y que entonces cerraria todo medio de negociacion. Esta declaracion chocó á M. de Bubna que, desde aquel momento, se aplicó únicamente en buscar las condiciones definitivas de la paz. Esta negociacion, que primero habia sido incidental, vino á ser la principal, y su resultado fue la discusion y la fijacion precisa de las bases del tratado. M. de Bubna fue á Dotis á dar cuenta á su soberano del estado de las cosas: este príncipe luego se convenció que la nueva guerra que le amenazaba podia comprometer la existencia de su corona, y, mudando de repente su resistencia obstinada en una facilidad extremada, envió á Schœnbrunn, en compañía del conde de Bubna, al príncipe de Lichteinstein con plenos poderes. En menos de veinte y cuatro horas el príncipe y el duque de Bassano quedaron de acuerdo sobre las estipulaciones generales. El ministro de relaciones exteriores, duque de Cadora, vol-

vió de Altembourg para concluir la negociacion definitiva. El príncipe Juan de Lichteinstein fue el negociador en lugar de M. de Metternich que, segun lo que apreció, descontentó igualmente á ambos Emperadores. La Francia pedia cien millones de contribucion de guerra, el Austria no queria dar sino la mitad. Un acontecimiento inesperado dió fin á esta discusion que por ambas partes era bastante obstinada.

El 13 de octubre, las tropas estaban desfilando en Schœnbrunn delante del Emperador; un estudiante, llamado Federico Stabs, de la edad de 18 años, hijo de un ministro protestante de Hambourg, se dirigió de repente al Emperador, que estaba entre el príncipe de Neufchatel y el general Rapp, y le habló en aleman. Napoleon acogió á ese jóven con bondad y le dijo de explicarse con Rapp que hablaba su lengua. Stabs, pasando por detras de la gente, volvió á acercarse á Napoleon. Rapp, queriendo apartar á Stabs, sintió una arma oculta, y mandó á un gendarme prender al jóven, lo que se hizo al instante. Se halló en sus vestidos un gran cuchillo y un retrato. Habiendo sido llevado á la presencia de

Napoleon, declaró que habia venido para libertar á su pais del opresor de la Alemania. Napoleon se inclinaba á mirarle como á un enfermo ó á un loco. «Ni el uno, ni el otro,» exclamó Stabs. Corvisart, primer médico del Emperador, le tomó el pulso y le halló sin alteracion: «El señor está muy bueno,» dijo. «Os lo dije antes,» replicó Stabs con una especie de satisfaccion. Napoleon, chocado de la confianza de este desgraciado, le ofreció el perdon si queria arrepentirse de su delito. Stabs afirmó que solo sentia no haber podido lograr su intento. «Parece que un delito no es nada para vos,» le dijo Napoleon. — «Mataros no es un delito, es un deber. — ¿Cuál es el retrato que se ha hallado en vuestro poder? — El de mi mejor amiga, de la hija adoptiva de mi virtuoso padre. — ¡Cómo! vuestro corazon está abierto á unos sentimientos tan dulces, y haciéndoos un asesino, ¿no temeis afligir y perder á los seres á quienes amais? — He obedecido á una voz mas fuerte que la de mi ternura. — Pero hiriéndome en medio de mi ejército no podiais escaparos. — En efecto me admiro de existir todavía. — Aquella á

» quien amais tendrá mucha afliccion. — Estará muy triste de que no haya salido con mi empresa, os odia tanto como yo mismo os odio. — Si os perdono la vida..... — No dejaré de mataros.» Stabs fue interrogado en la cárcel y ratificó sus declaraciones, No quiso tomar alimento ninguno, desde el dia de su prision hasta el 17 que murió, y tuvo bastante fuerza para andar hasta el sitio donde se le quitó la vida. En llegando allí, se le dió la noticia de que se acababa de firmar la paz, y exclamó: *Viva la libertad, viva la Alemania!* Estas fueron sus últimas palabras. Hasta el último momento, Napoleon inclinaba al perdon, y poco faltó para que Stabs conservase la vida.

Entretanto, el 11, hubo serias dificultades entre los plenipotenciarios y se dieron órdenes á nuestros cuerpos de ejército. El príncipe de Lichteinstein se espantó con la responsabilidad que pesaba sobre su cabeza y se sacrificó. Concedió ochenta y cinco millones de contribucion en lugar de cincuenta y firmó llorando el tratado de Viena.

Por este tratado conquistado con las armas en la mano, el Austria tuvo que abandonar;

1° á los príncipes de la confederacion del Rhin, los países de Saltzbourg y de Berchtolsgraden y la parte alta del Austria situada mas allá de una línea tirada desde el Danubio en Strars, hasta el lago del Alter fronterizo de Saltzbourg; 2° á la Francia, los países de Gorietz, Montefalcone, Trieste, la Carniola, el círculo de Villach, gran parte de la Croatia, Fiume, el Littoral húngaro, la Istria austriaca, la orilla derecha del Save que formó los límites entre los dos Estados; 3° al rey de Sajonia los distritos dependientes de Bohemia situados en el reino de Sajonia, la nueva Gallicia, el distrito de Cracovia, etc.; 4° á la Rusia, un territorio de cuatrocientas mil almas en la antigua Gallicia etc. El Austria se obligaba ademas á reconocer todas las mudanzas hechas ó por hacer en España, en Portugal y en Italia, y adheria al sistema continental..... Tales son las principales condiciones del tratado que se declaró comun á los reyes de España, de Holanda, de Nápoles, de Baviera, de Wurtemberg, de Sajonia y de Westfalia; al príncipe primado; á los grandes duques de Baden, de Berg, de Hesse Darmstadt, de Wurtzbourg, y á todos los príncipes de la confederacion

del Rhin; todos estos soberanos formaban entonces la clientela de la Francia. Acaso una sola victoria lograda en Bohemia hubiera aumentado esta lista de soberanos de un rey de Bohemia, un rey de Hungria, y un rey ó duque de Austria. La sumision del gabinete austriaco á semejantes condiciones que despojaban al Austria de todas sus fronteras defensivas y ofensivas, prueban suficientemente el estado de desesperacion en que la habia reducido no la batalla de Wagram, menos decisiva que la de Austerlitz; pero el aumento de nuestras fuerzas en medio de las negociaciones. Por otra parte, no se puede dudar que Napoleon, cuyo proyecto era volver á construir la vieja Europa bajo el sistema de constituciones representativas, no pensase en dividir el imperio de Austria en tres estados independientes que conservan aun en el dia las formas y se acuerdan acaso de su antigua constitucionalidad. Pero el tiempo es el único juez de estos dos grandes pleitos siempre discutidos en la historia de los pueblos. El primero consiste en el derecho de la conquista sobre su independencia, y el segundo es el derecho de su independencia sobre la conquista.

El 15, Napoleon salió para Passau y Munich donde debia aguardar la ratificacion incierta todavía del emperador de Austria. Se pusieron señales en el camino con el fin de informar á Napoleon lo mas pronto posible de lo que aconteceria. Nunca hubo paz que mas se pareciese á la guerra. Antes de marcharse, el Emperador entregó el mando al mayor general dándole las órdenes las mas precisas y las mas circunstanciadas para el caso de evacuacion que fue arreglada de modo que nuestras tropas estuviesen al abrigo de toda sorpresa. En la misma carta que contenia estas disposiciones, mandaba á Berthier volar los bastiones de Viena, y mas tarde las fortificaciones de Brunn, Raab, Gratz, y de derribar enteramente las obras de Spitz, pero solo despues de haberse cangeado las ratificaciones que lo fueron el 19. El 22 recibió en Munich esta noticia y la carta que le escribió el emperador de Austria en contestacion á la suya. Napoleon salió de Baviera el 23, y llegó el 26 á Fontainebleau.

Mientras que Napoleon volvia triunfante de Munich á sus Estados, Federico-Guillermo, despues de una ausencia de tres años, volvia á

Berlin en donde halló un auxiliar poderoso con las asociaciones secretas fomentadas por sus consejeros.

Viena y Berlin salian del cautiverio; Londres humillada y Paris en todo el júbilo de las fiestas de la victoria y de la paz, presentaban un contraste que la historia señala. Los nuevos reyes de la vieja Europa, los grandes vasallos de Napoleon, acudian todos á su capital; venian no solo como unos legatarios del testamento político que la corte de Viena habia firmado á su favor entre las manos del conquistador que dominaba el continente europeo desde las fronteras de la Rusia hasta las últimas riberas del Mediterráneo, sino tambien para ser testigos de la grande acta de reconciliacion que habia de ser sancionada en cierto modo por su presencia.



LIBRO DUODÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

CASAMIENTO DEL EMPERADOR CON LA ARCHIDUQUESA MARIA LUISA. — EL PRINCIPE EUGENIO DECLARADO PRINCIPE HEREDERO DEL GRAN DUCADO DE FRANCFORT. — PAZ DE LA SUECIA CON LA FRANCIA. — ABDICACION DEL REY DE HOLANDA. — REUNION DE LA HOLANDA AL IMPERIO. — EL PRINCIPE DE PONTECORVO NOMBRADO HEREDERO DEL TRONO DE SUECIA. — EXPEDICION DE SICILIA. — REUNION DEL VALÉS Y DE LAS CIUDADES ANSEATICAS A LA FRANCIA.

(1809—1810)

ACABABA de pasar en Roma una escena de la edad media, y Paris era el teatro de una pompa digna del imperio romano. Entre los cortesanos de Napoleon, la capital apenas reparaba en esa turba de pequeños soberanos de Alemania, que, orgullosos entonces de ser individuos de la confederacion del Rhin vence-

ller y el secretario del estado civil. Inmediatamente despues, se redactó un proyecto de senado-consulta y el archi-canciller convocó al senado para el dia siguiente 16; se abrió la sesion con el juramento del príncipe Eugenio, que tomaba asiento en el senado por la primera vez, el dia en que la disolucion del matrimonio de su madre iba á decretarse; pero el sacrificio habia empezado desde el último viage de Napoleon á Milan. Luego que el conde Regnault hubo desenvuelto los motivos del senado-consulta, el príncipe virey, con un noble valor, dijo: «..... Cuando mi madre fue co-
 » ronada en presencia de toda la nacion por
 » la mano de su augusto esposo, contrajo la
 » obligacion de sacrificar todos sus afectos á
 » los intereses de la Francia. Ha llenado con
 » dignidad, nobleza y valor este primer de-
 » ber; y su alma se ha enternecido mas de una
 » vez, viendo entregado á unos combates pe-
 » nosos el corazon de un hombre acostum-
 » brado á dominar á la fortuna, y á seguir
 » con firmeza el cumplimiento de sus grandes
 » designios. Las lágrimas derramadas por el
 » Emperador en esta gran circunstancia bas-
 » tan para la gloria de mi madre.....»

En seguida el senado nombró una comision para examinar el senado-consulta. A las cuatro y media la comision volvió con su informe. El conde de Lacedede dió cuenta de la deliberacion cuyo resultado, como se puede pensar, no era contraria al proyecto. Su discurso contenia este rasgo notable. «..... Si nos
 » ceñimos á recordarnos los antecesores de
 » Napoleon, hallamos á trece reyes que se han
 » visto en la precision, para cumplir con sus de-
 » beres de soberano, de disolver los lazos que
 » los unian á sus esposas; y lo que es digno de
 » notar, entre estos trece príncipes, hallamos á
 » cuatro de los monarcas franceses los mas que-
 » ridos y admirados: Carlo-Magno, Felipe
 » Augusto, Luis XII y Henrique IV.» Se votó al escrutinio sobre la adopcion propuesta. *El escrutinio*, decia el Monitor, *presentó á favor del proyecto el número de votos, exigido por el artículo 56 del acta de las constituciones del 4 de agosto de 1802.* Resulta de esta redaccion la certidumbre de que el consentimiento del senado no fue unánime; los votos contrarios expresaron realmente el voto nacional. La Francia que amaba á Josefina, y á quien importaba muy poco que Napoleon tu-

viese abuelos, sintió esta resolución que rompía en cierta manera sus lazos de familia con su héroe y su Emperador. Napoleon salió inmediatamente para Trianon donde se ocupó de su nuevo matrimonio. Tres princesas convenían igualmente; la princesa real de Sajonia, una granduquesa de Rusia y una archiduquesa de Austria. Se entablaron tres negociaciones; las dos últimas, sobre todo, eran muy delicadas; era preciso sondear las intenciones sin tomar empeños; con el Austria todo se trató en Paris del modo mas confidencial. Las conferencias preliminares se tuvieron entre el príncipe de Schwartzemberg, dos dias despues del divorcio, el 19 de diciembre, y el conde Alejandro de Laborde á quien el duque de Bassano lo habia encargado. Las órdenes para las comunicaciones á la Rusia estaban ya andando. En el mes de enero de 1810, el conde de Metternich, en una conversacion con el conde de Narbona embajador de Francia, dejó caer algunas palabras sobre el objeto que ocupaba tanto al gabinete de las Tullerías, pero no tomó empeño ninguno definitivo; quedaba la facultad de desmentir al intermedio sin importancia que habia hecho la primera comunicacion, y se estaba

aguardando la contestacion de San Petersbourg, que anunció que el emperador Alejandro no habia aparentado hesitacion en consentir, pero que la Emperatriz madre pedia tiempo y muchos meses para decidirse, alegando la juventud de su hija y la diferencia de religion, lo que era negarse con disimulo. Napoleon, despues de haber dado el paso, no podia dejar de tomar un partido y lo tomó sin sentimiento. El gobierno se habia espantado, no sé porque, con el inconveniente de admitir una capilla griega en el interior del palacio y temió lo que llamaba intrigas de los sacerdotes griegos; por otra parte, el Emperador no podia aguardar, acaso inutilmente, el término de las dilaciones ó de las objeciones de la Emperatriz madre, sin exponerse á perder las disposiciones favorables manifestadas por la corte de Viena. El proyecto de alianza con la casa de Sajonia se habia desvanecido delante de las facilidades del Austria; la dignidad imperial hallaba mas satisfaccion en el consentimiento de Viena que no en el de Dresde, y, para decirlo todo, la princesa de Sajonia no era ya de bastante buena casa para el marido de Josefina de la Pagerie. La misma noche del

dia en que llegó el oficio de San Petersbourg, el príncipe Eugenio se vió todavía con la dura obligacion de concluir y firmar la última acta política que desheredaba á su madre, es á decir el convenio de matrimonio de Napoleon con la archiduquesa Maria Luisa.

Fue preciso someter á la oficialidad de Paris la validez del matrimonio religioso de la emperatriz Josefina, para lograr su rompimiento. El 14 de enero, fue declarado nulo en virtud de la disposicion del concilio tridentino; «que todo matrimonio es nulo, cuando » no ha sido celebrado en presencia del cura » párroco de una de las partes ó de su vicario » asistido con dos testigos.» Se ignora por que razon el cardenal Fesch habia dejado de conformarse con esta disposicion, demasiado importante para creer que no la conociese. Sea lo que fuere, Napoleon, por no haberla observado, se vió sentenciado por la oficialidad en una multa de seis francos, á favor de los pobres. El 3 de marzo, el príncipe de Neufchatel llegó á Viena con la comision de pedir la mano de la archiduquesa Maria Luisa. El mismo dia, el Emperador declaró el título de grau duque de Francfort reversible sobre la

cabeza de Eugenio, despues de la muerte del príncipe primado.

De manera que, desde entonces, Napoleon reservaba en su pensamiento la corona de Italia y probablemente de la Italia entera, para el hijo segundo que esperaba tener. Es cierto que ya en esta época, tales eran los deseos de la Italia y de la misma Roma, que, desde las victorias del general Bonaparte, habia secularizado su política y aspiraba altamente á ver el trono, no de la Iglesia, sino el de los Césares, ocupado por otro que el sucesor de San Pedro.

Entretanto, el príncipe de Neufchatel celebró solemnemente, el 11 de marzo, el casamiento de la hija del emperador Francisco, en nombre de su soberano. El 13, esta princesa salió de Viena con una comitiva de mas de trescientas personas, entre las cuales iban varias dignidades del imperio de Austria, doce damas de palacio, doce chambellanes, etc., sin contar los militares. Se habia construido con prontitud y con una magnificencia extraordinaria, entre Braunau y Altheim, una gran barraca dividida en tres salas, la una mirando al Austria, la otra á la Francia y la del

medio declarada neutral. Esta construcción recordó la almadía de Tilsitt y no dejó recuerdos mas felices. La reina de Nápoles, con una comitiva numerosa, habia venido de parte de Napoleon para recibir á la princesa de manos de su familia. El 6, se hizo la entrega, en presencia de las dos cortes, con una pompa cuyo ceremonial habia sido dictado por el mismo Napoleon. Todo cuanto venia en el canastillo era un verdadero milagro de la industria parisiense que, bajo el nombre de modas, continua el ejercicio de la dominación francesa sobre el universo entero. El lujo de la corte austriaca y de la comitiva militar, la calidad de las personas que la componian, dieron á conocer con cuanta importancia la casa de Austria miraba este casamiento.

Concluida la ceremonia, Maria Luisa salió para Braunau, donde tomó inmediatamente el rango y la actitud de Emperatriz de los Franceses; se quitó sus vestidos de Viena y fue asistida unicamente por la servidumbre y los oficiales de su casa nombrados por el Emperador. La princesa halló en todos los parages donde anocheció, una carta de su esposo. El 28, se puso en camino para Compiègne

donde el Emperador estaba con la familia imperial y la corte la mas brillante. Napoleon tenia arreglado un ceremonial para la entrevista fijada para el dia siguiente. Pero por esta vez, su impaciencia fue mas fuerte que la etiqueta, y el legislador quebrantó su propia ley. En vez de aguardar al dia siguiente, y de encontrarse con la Emperatriz en la tienda de enmedio, donde la princesa debia hacer ademan de arrodillarse, y el Emperador levantarla, abrazarla y sentarse á su lado, Napoleon salió en secreto del palacio, en compañía del rey de Nápoles en una carretela sin libreas; llevaba el redingot gris de Wagram; se emboscó con motivo de la lluvia debajo de los soportales de una pequeña iglesia mas allá de Soissons en el lugar de Corcelles, donde la Emperatriz debia mudar caballos. Luego que llegó, subió de golpe en el coche y el dia siguiente mandó servir el almuerzo cerca de la cama de la Emperatriz. Así pasó la entrevista de Compiègne que se llamó la sorpresa de Corcelles. El 30, toda la corte se reunió en San Cloud para celebrar el matrimonio civil; Napoleon durmió en San Cloud en el pabellon de Italia como lo habia hecho en Compiègne en el pa-

bellon de la Chancillería. El 1º de abril, el casamiento fue pronunciado por el archicanciller; y por la noche se representó sobre el teatro de la corte, la Ifigenia en Aulide, delante del Aquiles frances que era también el rey de los reyes.

El 31, el Emperador y la Emperatriz hicieron su entrada solemne en la capital, en medio de un concurso inmenso de pueblo. Recibieron la bendición nupcial del limosnero mayor de Francia, el cardenal Fesch, que por esta vez no se olvidó de llamar al cura párroco de San German el Auxerrois, parroquia de las Tullerías. Se desplegó en esta ocasión la mayor magnificencia; se había dispuesto en capilla una sala de la galería del Louvre con tribunas para los reyes, para los otros soberanos y para los embajadores. Los reyes, reinas, príncipes y princesas de la familia imperial asistieron al Emperador y á la Emperatriz en esta solemnidad magestuosa y brillante que presenciaron los individuos del sagrado colegio; algunos cardenales, queriendo sostener los derechos de la consagración pontifical, no se presentaron y fueron desterrados. Todas las corporaciones del Estado, las dignidades civi-

les y militares, y todas las personas las mas distinguidas de Francia y de las cortes extranjeras estaban reunidas en número de ocho mil en la grande galería. Durante todo aquel día, la corte y la capital presentaron el aspecto del júbilo y de entusiasmo; con todo, el recuerdo fatal de las fiestas de la boda de la reina Maria Antonita entristecia los ánimos, y tres meses despues, el incendio que abrasó de repente la casa en donde el príncipe de Schwartzemberg daba un baile á la hija de su soberano, renovó cruelmente este recuerdo. La Emperatriz estuvo un momento en peligro; pero Napoleon preservó á Maria Luisa, sacándola cuando todavía quedaba tiempo para salvarla. Una cuñada del embajador y algunas otras personas perecieron; muchas fueron heridas. Los testigos de la boda de Luis XVI habian pronosticado un éxito muy funesto á la nueva alianza con la casa de Austria, y su profecía se cumplió demasiado bien. Se formó debajo de las murallas de Viena, destruidas por Napoleon, y cuatro años mas tarde se disolvió para siempre, dentro de Paris invadido por el emperador Francisco.

El mismo día de la celebración del matri-

dora del Austria, se habian dado prisa en ofrecer á su protector el vasallage de la soberbia germánica. La Europa entera estaba representada por unas embajadas brillantes. Solo faltaba la Inglaterra, y Napoleon conocia que faltándole esta potencia, la suya se hallaba descubierta, y se proponia oponer á tan inminente peligro el influjo del bloqueo continental. Entre tantos reyes y príncipes, se ocultaba el vencedor de Raab; el hijo adoptivo del dueño del mundo huia de los homenajes que se le tributaban, y encargado de una mision cruel para su corazon, sin ser funesta para su gloria, era, despues de Napoleon, la persona que llamaba mas la atencion. Virey de la hermosa Italia, salvada recientemente por su valor de la invasion austriaca, y cuya corona le estaba asegurada si Napoleon no tuviese sucesion; hijo de la emperatriz Josefina, Eugenio habia sido llamado para disponerla á romper un lazo tan ilustrado por el heróico esposo de su madre. El príncipe tenia que contribuir á despojarse á sí mismo de la magnífica herencia que habia sabido defender con sus armas, y cuya garantía consistia en la continuacion de la felicidad de Josefina. Napoleon habia tenido,

buena eleccion escogiendo á Eugenio por intérprete suyo; jamás hubo mayor heroismo de gratitud. La madre y el hijo, haciendo el sacrificio de dos coronas, iban á dar al mundo el ejemplo de la mas perfecta adhesion y del desinterés mas puro. Desde mucho tiempo, Josefina estaba temiendo esta gran mudanza en su destino. Al advenimiento al imperio, y para templar su inquietud, el Emperador habia consentido en que el cardenal Fesch consagrara secretamente en nombre de la Iglesia el contrato civil que habia contraido con el general Bonaparte, y con el mismo motivo, procuró por todos los medios posibles y obtuvo ser coronada con Napoleon por el Sumo Pontífice.

El 15 de diciembre, el príncipe Cambaces archi-canciller del imperio y el conde Regnault, secretario del estado civil de la casa imperial, fueron llamados por cartas cerradas al gabinete del Emperador á las 9 de la noche; todos los príncipes y princesas de la familia de Napoleon, menos el rey de España y la gran duquesa de Toscana, estaban presentes; asistieron tambien el virey y la vireina de Italia. El Emperador dirigiendo la palabra al

príncipe archi-canciller , le dijo : « La po-
 » lítica de mi monarquía, el interes y las ne-
 » cesidades de mis pueblos , que constante-
 » mente han sido la norma de mis acciones,
 » requieren que despues de mí, deje á unos
 » hijos herederos de mi amor á mis pueblos,
 » este trono donde la providencia me ha co-
 » locado. Pero desde algunos años á esta parte
 » he perdido la esperanza de tener sucesion
 » de mi matrimonio con mi amada esposa la
 » emperatriz Josefina; y me veo en la preci-
 » sion de sacrificar los mas dulces afectos de
 » mi corazon, para atender al bien del Es-
 » tado y disolver mi matrimonio. Siendo mi
 » edad de cuarenta años, puedo concebir la
 » esperanza de vivir bastante, para dirigir la
 » educacion de los hijos, que la providencia
 » será servida de concederme..... Mi amada
 » esposa ha hecho mi felicidad durante quince
 » años.... Yo mismo la he coronado.... Quiero
 » que quede con el rango y el título de Em-
 » peratriz..... » La emperatriz Josefina habló
 en seguida, y dijo. « Me complazco en dar
 » á mi augusto y amado esposo la mayor
 » prueba de adhesion y cariño que se haya
 » dado jamás sobre la tierra; todo lo debo á

» su bondad ; he sido coronada por su mano ;
 » he recibido mil testimonios de afecto y de
 » amor del pueblo frances ; creo que recono-
 » ceré todos estos sentimientos, consintiendo
 » la disolucion de un matrimonio que es un
 » obstáculo al bien de la Francia , y la priva-
 » de la dicha de verse gobernada un dia por
 » los hijos de un grande hombre, evidente-
 » mente suscitado por la providencia para bor-
 » rar los males de una terrible revolucion y
 » para restablecer el altar , el trono y el ór-
 » den social..... » Esta última frase , en esta
 contestacion enteramente política , era sin
 duda la manifestacion de los principios sobre
 los cuales el Emperador se apoyaba con mas
 fuerza que nunca, contrayendo una alianza
 con una de las familias mas antiguas de la Eu-
 ropa, y la que mas constantemente se mostró
 adicta al sistema de union entre la religion y
 el poder absoluto. La obediencia de una reina
 repudiada nunca habia sido expuesta á tan
 fuerte prueba. Se dió auto al Emperador y á
 la Emperatriz de la declaracion que acababan
 de hacer de consentir en disolver su matri-
 monio; y se extendió un proceso verbal fir-
 mado por la familia imperial , el archi-canci-

monio civil del Emperador en San Cloud, los príncipes de España dieron en Valencey una fiesta brillante precedida de un *Te Deum* solemne, y seguida de un banquete. Fernando echó un brindis: *A nuestros augustos soberanos Napoleon el grande y Maria Luisa su augusta esposa.* Pero la fiesta se halló turbada un momento por el arresto del baron de Kolli, Irlandes, que se presentó al príncipe de Asturias con dos cartas del rey de Inglaterra, con fecha del 31 de enero, refrendadas por lord Wellesley, y relativas al plan de sacar á los príncipes de Valencey. Fernando denunció inmediatamente este agente al gefe de escuadron Berthemey gobernador de Valencey, y le dijo: « Los Ingleses han hecho mucho daño á » la nacion española, y se valen de mi nombre » para derramar sangre. El ministerio ingles » está engañado con la falsa idea que me hallo » aquí detenido por la fuerza, y me hace pro- » poner medios de escaparme.» De resultas de esta noble y valiente denunciacion, el baron de Kolli salió para Paris, donde fue entregado al ministro de la policia con todos los documentos. Fernando, para dar al Emperador la prueba de que estaba enteramente ageno de

esta conspiracion, escribió al comandante Berthemey: « He querido haceros conocer yo mismo » que estoy enterado de este negocio, y mani- » festar de nuevo en esta ocasion mis senti- » mientos de inviolable fidelidad para el em- » perador Napoleon, así como el horror que » me inspira este proyecto infernal, deseando » que sus autores y cómplices reciban el cas- » tigo que merecen. » Dos dias antes el príncipe habia escrito al mismo comandante: « Mi » primer deseo es verme hijo adoptivo de su » magestad el Emperador nuestro agosto so- » berano; me contemplo digno de esta adop- » cion, que haria verdaderamente la felicidad » de mi vida, por mi amor y mi entera adhe- » sion á su persona sagrada, así como por mi » sumision y mi obediencia á sus intencio- » nes y á sus órdenes. » Acababa su carta pidiendo que se le permitiese salir de Valencey. Por su lado, el baron de Kolli declaró al ministro que tenia doscientos mil francos y un crédito abierto, y que cuatro buques de guerra estaban á su disposicion sobre las costas de Quiberon.

El 17 de abril, el Emperador y la Emperatriz salieron de Compiègne para ir á visitar el

canal de San Quintin, Cambray y Bruselas. El rey y la reina de Westfalia y el príncipe virey acompañaban á Napoleon. En Amberes, el Emperador vió lanzar el mas fuerte navío que se hubiese construido en el Escalda; llevaba 80 cañones. El arzobispo de Malinas á la cabeza de su clero le dió la bendicion. El rey de Holanda vino á Amberes y el Emperador recorrió las ciudades principales de la Bélgica, de la Zelanda y la isla de Walcheren. Este viage tenia por objeto reconocer los puntos atacados por la expedicion británica, y visitar los países cedidos por el rey de Holanda; pero el viage del Emperador debia producir otros resultados.

En cada ciudad el enlace de Napoleon con Maria Luisa fue celebrado con fiestas magníficas, y en todas las partes los gritos de paz se confundieron con las bendiciones de los pueblos. En la visita que hizo Napoleon á las costas septentrionales de su imperio, advirtió con satisfaccion las nuevas conquistas del bloqueo continental, al que la Suecia habia adherido el 6 de enero, recibiendo en premio de su submission la restitucion de la Pomerania. Desde aquella época las bases de todos los tratados

no fueron otras que la adhesion á este sistema. La guerra con los Ingleses, desde el año de 1810, consistió unicamente en una guerra de muerte contra su comercio, la sola que la Francia pudiese emprender, teniendo por aliados en el continente á unos pueblos cuyos intereses del momento se hallaban sacrificados. La alianza de Napoleon era una tiranía positiva pero necesaria. La terrible razon de estado pesaba con todo su peso sobre el continente y no podia aflojar sin romperse. Napoleon continuó su viage dejando en todas partes señales de su paso por sus disposiciones administrativas, sus creaciones marítimas y por las recompensas que repartió á todos los que eran acreedores á ellas por sus servicios ó sus talentos. Al paso que recompensaba á los que tenia á la vista, no se olvidaba de sus valientes que peleaban para sostener la gloria del nombre frances en España y en Portugal. Durante su viage, les envió un gran número de cruces de honor, y señaló un dote para casar en las principales ciudades del imperio á una porcion de soldados. Mandó colocar en el puente de la Concordia las estátuas de los generales Saint-Hilaire, Espagne, Lassalle, La-

Pisse, Cervoni, Collet, Lacour, muertos en el campo de honor. Otros intereses le ocupaban durante aquel viage, y acaso durante su estancia en Amberes, Napoleon descubrió algun recuerdo de las inquietudes que le causó en Viena la dictadura militar del duque de Otranto, cuando este ministro creó, para defender al Brabante holandés, un ejército que fue confiado á Bernadotte. Se puede inferir esta opinion de una carta inserta en el *Monitor*, luego que el Emperador estuvo de vuelta en San Cloud, en la cual Napoleon agradecido, según decia, á los servicios de Fouché le nombraba gobernador general de Roma, encargando el ministerio al duque de Rovigo. Napoleon escribia á Fouché: «Esperamos » que continuareis en este nuevo puesto, dándonos pruebas de vuestro celo para nuestro » servicio y de vuestra adhesion á nuestra persona... » Y Fouché contestó: «No puedo » disimular que experimento mucho sentimiento al separarme de V. M. Pierdo al mismo tiempo la felicidad y las luces que sacaba diariamente de vuestra conversacion. »

El público, que, en Paris sobre todo, está siempre mas ó menos en los secretos, se com-

plació mucho en la publicacion de esta correspondencia. En cualquiera otro pais, ó por mejor decir con cualquiera otro soberano, la despedida de un hombre de tanta consideracion como parecia serlo el duque de Otranto, hubiera sido una verdadera revolucion de gabinete; pero como Napoleon componia él solo todo el gobierno, no existian obligaciones solidarias entre sus ministros; no tenian sino una responsabilidad individual, con respecto al soberano, y eran unos meros secretarios de Estado; así es que, durante todo su reinado, nunca se conoció lo que se llama influjo ministerial. La única sensacion que produjo la separacion de Fouché, fue una nueva prueba que nadie gozaba en el imperio de la inamovilidad; lo que habia podido notarse ya, cuando el príncipe de Benevento, ministro desde el 18 brumaire, y uno de los principales autores de aquella jornada, fue separado del ministerio de relaciones exteriores. Pero la desgracia de Fouché dió un gefe mas á los descontentos, sin embargo de que comprimió muchas intrigas y alcanzó particularmente á las que Napoleon habia descubierto el año anterior en Bayona, á las que se fraguaron en la tienda de

Bernadotte en Wagram continuadas por este mariscal en Paris, y que le habian promovido al mando del ejército del Norte.

El tratado del 16 de marzo hacia perder al rey de Holanda algunas de sus provincias marítimas. Napoleon se habia convencido en el pais mismo, que los Holandeses eran los aliados secretos y necesarios de la Gran-Bretaña, y una consecuencia natural de este descubrimiento habia sido inspirarle sospechas de su hermano, que por su parte estaba muy lejos de contemplarse seguro en su trono, de manera que, á pesar de los lazos de familia, el rey de Holanda, que no podia prescindir de los intereses de sus súbditos sacrificados por el sistema continental, se hallaba en una situacion casi hostil con respecto á la Francia. Napoleon, viendo comprometida la ejecucion de sus planes, discurrió que seria mas ventajoso para la Holanda ser reunida á un pais de cuarenta millones de habitantes, que no de conservar una independenciam bajo el yugo inevitable del sistema continental. Sin embargo, esta rigorosa cuestion podia estar subordinada á dos acontecimientos de alta importancia; es decir la paz marítima ó una mudanza

notable en los principios de bloqueo y en las resoluciones del consejo británico, pues el sistema continental, necesidad terrible para Napoleon y sus aliados, les habia sido impuesto como la mas justa y la mas fuerte represalia contra esta guerra de exterminio jurada por el gabinete de San James en la órden tiránica del 11 de noviembre, que decia así:

« Todos los puertos de la Francia y de sus
 » aliados y de todos los paises en donde se ex-
 » cluye al pabellon británico, quedarán some-
 » tidos á las mismas interdicciones marítimas
 » que si se hallasen rigorosamente bloqueados
 » por las fuerzas navales británicas. Todo co-
 » mercio de objetos expresados en esta ór-
 » den queda declarado ilegal, y todo navío
 » que salga de estos paises ó que se dirija á
 » ellos será apresado legitimamente. Los bu-
 » ques de las potencias neutrales y asimismo
 » los de las aliadas de la Inglaterra quedarán
 » sujetos, no solo á la visita de los cruceros
 » ingleses, sino también á una estacion forzosa
 » en uno de los puertos de la Inglaterra, y á
 » una contribucion sobre su cargamento que
 » se arreglará conforme á la legislacion in-

» glesa. » Tal era la ley británica. La Holanda conocia desde mucho tiempo esta ley insolente y sus violentas aplicaciones. En 1780, en el mes de abril, la corte de Londres, con el fin de castigar á las provincias unidas por su adhesión á la neutralidad armada publicada bajo los auspicios de Catalina II, habia hecho sentenciar por sus almirantazgos un gran número de navíos holandeses, conforme al principio que tuvo la osadia de proclamar, *que los puertos franceses, en razon de su posicion siendo naturalmente bloqueados por la Inglaterra, no era lícito navegar en sus inmediaciones.* El reino de Holanda se hallaba, por decirlo así, apretado entre los dos pabellones, y no podia comerciar sino con aquel á quien tenia que rechazar por fuerza. Su soberano, mas adicto á sus deberes de rey que no á sus obligaciones como príncipe frances, no habia titubeado en preferir el bienestar de sus pueblos á la política de la Francia, y habia procurado, en cuanto habia podido, hacer soportable el rigor de la ley comun. Habia tenido muchas reconvenções sobre el particular de parte del gobierno frances, y la reunion reciente de los departamentos de las bocas del

Rhin y de las bocas del Escalda anunciaba con bastante energía á Luis la suerte que aguardaba á sus demas Estados, si no consentia en encerrarlos en el círculo señalado alrededor del litoral de la Europa. Ninguna consideracion podia ser bastante fuerte para que Napoleon se apartase de su sistema, una sola excepcion abria la puerta á la destruccion entera del plan que se habia propuesto.

Pero Luis se acordó demasiado tarde que no era rey de Holanda sino por la gracia de la Francia, y que su autoridad se limitaba al papel de administrador responsable de uno de los feudos del imperio. Se hacia cargo únicamente de las necesidades actuales del comercio, sin entrar en la gran cuestion de la suerte futura de los Holandeses, y por consiguiente todo su afan era la paz marítima ó cuando menos la modificacion de la órden de 11 de noviembre. Sin embargo, el pueblo holandés, que calcula con tanto acierto, manifestó que era de dictámen que sus relaciones con treinta millones de individuos eran preferibles al estado de nacion privada de su comercio con la Inglaterra. En consecuencia, Napoleon autorizó á su hermano, en Paris, para entablar

una negociacion con el marques de Wellesley. Los ministros de Luis eligieron acertadamente para este encargo á M. Labouchere rico comerciante; pero el ministro ingles se negó á corresponder con él. Entonces Napoleon ejecutó el proyecto que tenia reservado, y mandó al mariscal Oudinot entrar en el reino de Holanda á la cabeza de veinte mil hombres para hacer guardar el bloquo continental. Tal fue el último aviso dado al rey, que abdicó el 3 de julio á favor de su hijo. Napoleon no quiso admitir la abdicacion, y por un decreto expedido el 9 de julio reunió la Holanda al imperio. Napoleon empezaba á desinteresarse de las coronas de sus hermanos que habian tenido demasiado lugar en el sistema de su grandeza, y que no conservaban ninguno en su política. La España y la Holanda estaban desde entonces miradas por él como parte de las compensaciones para la paz general. Luego despues de haber abdicado, el rey Luis salió secretamente de Holanda y tomó el camino de Tœplitz. El 22 de julio, el *Monitor* publicó la alocucion siguiente de Napoleon al gran duque de Berg á quien el rey Luis habia nombrado por su sucesor: « Venid acá

» hijo mio; yo seré vuestro padre y no per-
 » dereis nada en ello. La conducta de vues-
 » tro padre afflige mi corazon y su enferme-
 » dad sola puede explicarla. Cuando tendreis
 » mas edad pagareis su deuda y la vuestra. No
 » olvideis jamás, en cualquiera posicion en
 » que os coloquen mi política y el interes de
 » mi imperio, que vuestras primeras obliga-
 » ciones son para conmigo, las segundas para
 » con la Francia; todas las demas, aun las re-
 » lativas á los pueblos que podré confiar á
 » vuestro cuidado, vienen despues. » La publi-
 cidad que recibió esta declaracion significaba mas que la misma declaracion. Se parecia al artículo inserto en el *Monitor* en 1809, relativa á la contestacion de la Emperatriz á una diputacion del cuerpo legislativo. En pocas palabras se acusaba á Luis y se justificaba su abdicacion, pero la proclamacion de semejante doctrina en un diario de oficio daba mucha ventaja á los enemigos de Napoleon. En cuanto á la reunion de la Holanda, aunque presentase la forma de una violencia hecha al soberano y al pais, es preciso repetir que, así como la ocupacion de Portugal y la agregacion al imperio de las provincias litorales

del Norte y del Báltico, no eran sino unas meras compensaciones puestas en reserva para la paz general. Napoleon acababa de marcar las fronteras legítimas de la Francia con la incorporación de las bocas del Escalda y de las bocas del Rin. Esta preciosa conquista completaba en el Norte su sistema marítimo y su sistema definitivo. Jamás se vieron tiempos políticos mas difíciles y mas duros. Se hacia una guerra á muerte. La invasion de una parte del continente y la usurpacion de un trono de familia habian venido á ser los únicos instrumentos de la paz.

Mientras pasaban estas cosas en Holanda, sucedió en Suecia un acontecimiento que, en un principio, apenas llamó la atencion de la Europa, pero que habia de producir unos resultados de la mayor importancia. El rey Cárlos XIII, viejo y sin hijos, habia adoptado al príncipe Cárlos de Holstein-Augustembourg de la rama menor de su casa y de la de Dinamarca. El 10 de enero, el nuevo príncipe habia prestado su juramento de fidelidad; pero el 29 de mayo siguiente, en una maniobra de caballería, cayó del caballo y murió casi de repente. Corrió la voz de que habia sido en-

venenado, y se acriminó el delito al gran mariscal del reino, conde de Fersen, siempre adicto al rey Gustavo. El 21 de junio, en medio de las ceremonias de los funerales del príncipe, el conde de Fersen, que, en calidad de gefe de la casa real, iba á la cabeza de la comitiva, se vió acometido á pedradas por el populacho, y, á pesar de sus esfuerzos, no pudo salvarse y fue asesinado atrocemente. Este conde de Fersen era el último coronel del regimiento real-sueco al servicio de la Francia, y que, en los principios de la revolucion francesa, hizo cuanto pudo para proporcionar la huida al rey de Francia y á la familia real, continuando, aunque expuesto á los mayores peligros, á buscar los medios de salvar á Luis XVI y á la reina su esposa encerrados en el Temple. El conde de Fersen estaba destinado á perecer víctima del furor popular. La acusacion de envenenamiento que se cargó tambien á la condesa Piper, hermana de Fersen, nunca tuvo el menor fundamento. Entretanto, la edad avanzada del rey y el interes de la Suecia exigian que se eligiese cuanto antes á otro príncipe real. La gratitud de tres oficiales suecos para con un general frances

proveyó esta necesidad del Estado. Durante la guerra de 1807, estos tres oficiales, hechos prisioneros en Stralsund, habian sido perfectamente tratados por el general en gefe Bernadotte, que suavizó su largo cautiverio con unos servicios señalados y que les logró el permiso de elegir una ciudad de Francia para su residencia, hasta ser cangeados. No los perdió de vista durante todo el tiempo que permanecieron en Francia, y cuando les fue permitido regresar á su pais, se despidieron del mariscal dándole las mas expresivas gracias por los beneficios recibidos. Cuando vino á faltar el príncipe de Augustembourg, se acordaron de su bienhechor, y formaron juntos el proyecto de manifestar su agradecimiento, proporcionando á Bernadotte la eleccion al trono de Suecia. Estos militares aprovecharon con destreza el influjo que les daba su posicion social sobre los individuos de los Estados, y no les costó mucho trabajo hacerles patente que, en un siglo de revoluciones, el reino rodeado por todas partes de unos vecinos celosos y poderosos, necesitaba de un príncipe guerrero que hiciese respetar su corona. Por otra parte, los amigos de las libertades suecas

hallaban mas garantía en la eleccion espontánea de un hombre que, sin tener derechos ni abuelos, y llamado al honor de sentarse en medio de los soberanos, se contemplaria deudor á la nacion que le confiaria sus destinos. Estas consideraciones fueron admitidas, y los tres oficiales tuvieron el encargo de ir á Paris á ofrecer el cetro de Suecia al príncipe de Pontecorvo, y de pedir la aprobacion del emperador Napoleon. Los pretendientes eran, el hijo del último rey Gustavo IV, muy inocente, sin duda, de las faltas de su padre, un hermano del príncipe de Augustembourg, y el rey de Dinamarca. Esta última eleccion hubiera podido salvar la Francia en 1803, con la poderosa diversion de los ejércitos de Suecia y de Dinamarca, ó anticipando el rompimiento de la Rusia incitada por la Gran-Bretaña, y recelosa de ver unidas sobre la cabeza de un príncipe amigo de la Francia las dos coronas del Norte. Sea lo que fuere de esta hipótesis, Bernadotte aceptó las ofertas de la Suecia.

Algunos han creído que Napoleon destinaba secretamente esta corona al príncipe Eugenio, á quien le parecia que debía una indemnizacion por el reino de Italia, y se dijo

entonces que este príncipe, ó sea que repugnase á mudar de religion, ó por no abandonar la Italia, se negó á admitir la proposicion. La eleccion tan imprevista de Bernadotte pareció á Napoleon una nueva prenda del favor de la fortuna que hacia subir á uno de sus mariscales al trono de Suecia, cuando otro ocupaba ya el de Nápoles; así es que pensó que le era glorioso aprobar la resolucion de los Estados de Suecia, y dió al nuevo príncipe real los medios de presentarse de un modo conveniente á ocupar el puesto que le estaba aguardando. Pero el consentimiento que dió á la eleccion del príncipe de Pontecorvo, su enemigo doce años hacia, fue mas generoso que prudente, supuesto que no podia creer que Bernadotte fuese mas sumiso que el rey de Holanda. Era de temer que, una vez sobre el trono, y no habiendo podido ser rival de Napoleon como guerrero, Bernadotte intentase luchar con él como soberano. La voluntad unánime de los Estados proclamó, en la sesion del 21 de agosto, príncipe real de Suecia al mariscal príncipe de Pontecorvo, á quien adoptó como hijo el rey Cárlos XIII. El 1.^o de noviembre, Bernadotte, despues de haber

adoptado la religion reformada, prestó juramento en calidad de príncipe de Suecia. El 15, el gobierno sueco declaró que adheria al sistema continental. Se verá que las declaraciones de las cortes del Norte, excepto la fiel Dinamarca, no eran otra cosa que los manifestos de una tregua que tapaba los preparativos de una nueva guerra.

Napoleon, durante la estancia de los reyes de la familia imperial en Paris, se ocupó casi unicamente en los negocios de Holanda. Dispuso ademas contra la Sicilia una expedicion que habia de ser apoyada por una fuerte escuadra que estaba en Tolon. La Sicilia era para los Ingleses un vireynato, una inmensa plaza de armas y un vasto puerto militar y comercial. Desde allí, amenazaban y tenian suspenso el bloqueo continental del Mediterráneo, atacándolo por un contrabando activo en que su política consentia en perder mitad del valor de sus productos industriales. Para reprimir este fraude, Napoleon expidió, el 17 de agosto, un decreto que mandaba quemar á todos los géneros ingleses en Francia y en los Estados confederados, é introdujo en el sistema de aduanas unos tribunales sin apelacion. Con

estos terribles medios, la importacion se habia hecho poco mas ó menos impracticable. Sin embargo, era imposible pasar sin los objetos de primera necesidad no fabricados, y particularmente los géneros coloniales. El peligroso sistema de las licencias proveyó las necesidades las mas urgentes, y los productos de las fábricas francesas fueron entregados á los Ingleses, en cambio de los géneros que provenian de las posesiones de las dos Indias.

En el mes de abril, el rey Joaquin habia escrito desde Paris á su ministro de la guerra, el conde Daure, que la intencion del Emperador era formar una expedicion para apoderarse de la Sicilia y reunirla al reino de Tierra-Firme. En consecuencia, este ministro recibió la orden de preparar en los puertos de Calabria, mas cercanos de Reggio, todos los bastimentos necesarios para un ejército de veinte y cinco mil hombres. En llegando á Nápoles, Joaquin dió la mayor actividad á los dos servicios de tierra y de mar; fue en persona á Scylla donde estaba acampado parte del ejército que se componia de quince mil Franceses y de diez mil Napolitanos. Se habia armado una escuadrilla para proteger el paso. Des-

graciadamente se habian tomado malas disposiciones, y la expedicion demasiado gravosa, atendidos los recursos del reino, se hallaba débil y no podia lograr el fin propuesto sin el auxilio de la escuadra francesa. El ejército ingles casi invulnerable por su situacion, constaba de veinte mil hombres, incluidos veinte mil Irlandeses mandados por el general Stuart que tenia mucha fama: este gefe concentró sus fuerzas en las inmediaciones de Messina, armó y abasteció todas las plazas del litoral, asegurando las costas con fuertes baterías; ademas de que, y prescindiendo de una escuadrilla anglo-siciliana, una porcion de navíos de guerra ingleses cruzaban en el estrecho. La expedicion napolitana tenia pocos motivos de esperar un feliz suceso, como no llegasen diez navíos de guerra franceses que debian salir de Tolon para apoyar el ataque de Sicilia. Sin embargo, en el mes de octubre, y á pesar de verse privado de este auxilio indispensable, el rey de Nápoles dió la orden de embarque. La division Cavaignac, compuesta de regimientos napolitanos, pasó el estrecho y desembarcó durante la noche en la Scaletta. Al amanecer viéndose sola volvió á

embarcarse y regresó sin obstáculo, dejando en Sicilia algunas compañías, que, habiéndose arriesgado en las montañas, tuvieron la retirada cortada. La tentativa tuvo por único resultado un gasto de ocho millones, y la pérdida de mil y doscientos hombres. Con todo, Napoleón logró sus fines que no eran la reunión de la Sicilia al reino de su cuñado, sino llamar sobre este punto la atención de los Ingleses, para impedir que enviasen refuerzos á Portugal y alejarlos de Corfou.

Conforme á las intenciones del Emperador, la campaña de Portugal se abrió en el mes de mayo, al momento en que se preparaba la expedición de Sicilia. El príncipe de Essling mandaba el ejército; llegó, el 2, á Valladolid; tenía bajo sus órdenes el mariscal Ney, el duque de Abrantes y el general Regnier; el general Monbrun mandaba la caballería. Massena empezó con tres sitios importantes, el de Astorga, que se rindió, el 6 de mayo, al duque de Abrantes; el de Ciudad-Rodrigo, que capituló el 10 de julio, en manos del mariscal Ney, y el de Almeida que se entregó el 28 de agosto; el almacén de pólvora de esta última ciudad voló con un estruendo tal, que unas

cureñas de á 24, en batería sobre las murallas de la ciudadela, fueron lanzadas á mas de quinientas toesas. Las dos llaves del Portugal sobre la frontera de la provincia de Salamanca, habiendo caído en poder del príncipe de Essling, este se dirigió á Busaco, el 15 de septiembre, marchando sobre Lisboa. Pero el Emperador había prescrito á Massena de no empezar sus operaciones, hasta haber reunido sesenta mil hombres, y en la batalla de Busaco apenas tenía cuarenta y cinco mil. Por lo contrario, las fuerzas de que podía disponer Wellington parecían inmensas; se podía inferir de los debates del parlamento de Inglaterra que ascendían á ciento ochenta y cinco mil hombres. A pesar de una diferencia tan enorme, el general ingles no había defendido á Ciudad-Rodrigo ni á Almeida. Era natural entonces que un hombre animoso como Massena, aprovechase esta circunspeccion y se precipitase sobre el camino de Lisboa, con la confianza de sus antiguos y de sus nuevos sucesos. Se debe sentir que haya cedido tan facilmente á esta inspiracion; en vez de dar la vuelta al enemigo que había fortificado á Busaco, le atacó de frente y fue batido, dejando

sobre el campo de batalla tres mil muertos y abandonando en Coimbra á otros tantos heridos. Entretanto, Wellington para cubrir Lisboa, se retiraba con lentitud delante de los Franceses hácia las líneas de Torres-Vedras. La lentitud de esta retirada se atribuyó menos á la actitud que debía darle la superioridad numérica de su ejército, en comparacion de el del mariscal, que á una combinación horrorosa resultante de las órdenes de la regencia de Lisboa. Espantada de la rendicion tan pronta de las plazas de Ciudad-Rodrigo y de Almeida, la regencia habia decretado la ejecucion de un plan de devastacion general de toda la fertil provincia de la Beyra, es á decir de una extension de pais de mas de ochocientas leguas cuadradas, y que se amontonase toda la poblacion dentro de Lisboa ó en el recinto de sus líneas. Esta medida execrable de un gobierno que hace destruir la fortuna de sus súbditos por manos de sus mismos compatriotas, es el delito mas atroz del poder. Semejantes órdenes, es preciso decirlo para avergonzar á los pueblos, se cumplen siempre rigorosamente. Las milicias portuguesas, que figuraban en número de ochenta mil hombres en el

ejército de Wellington, ahorcaban y afusilaban sin piedad á todos los que rehusaban de quemar sus cosechas y sus habitantes. En Coimbra, pueblo de veinte y cinco mil almas, el ejército frances solo encontró á algunos ancianos, que debieron á su debilidad el permiso de morir en sus hogares. Los enfermos franceses que quedaron en los hospitales fueron asesinados por los Portugueses. La bandera inglesa protegía toda clase de barbarie.

El príncipe de Essling intentó en vano proseguir en su marcha sobre Lisboa. Halló en las líneas de Torres-Vedras, establecidas por Wellington delante de la capital, un recinto triple de defensa, inexpugnable para un ejército tan débil como lo tenia. Hubiera podido, sin duda, despues de una accion brillante que tuvo el general Clausel, apoderarse del primer recinto; pero hubiese tenido que parar delante de los dos otros guarnecidos con una innumerable artillería. Massena, viendo que no podia salir con su empresa, pensó en efectuar su retirada protegida por el mariscal Ney que ejecutó en Miranda unas maniobras militares admirables. El general en gefe se proponia unicamente abastecer á Almeida donde queria

tomar posición. Sesenta mil Anglo-Portugueses cercaban aquella plaza, y Massena, teniendo solo veinte y tres mil, se vió en la precisión de mandar al general Brenier gobernador de la ciudad, volar las fortificaciones, lo que ejecutó durante la noche del 9 al 10 de mayo de 1811. De los mil ochocientos hombres que componían la guarnición de Almeida, mas de la mitad se reunieron al ejército. Las armas de Massena fueron menos felices en Portugal que en todos los demas países de Europa donde había merecido el nombre de *invicto*.

Durante esta campaña, reinó una mala inteligencia completa entre los mariscales Ney y Massena, y los demas generales se dividieron en dos bandos, lo que prueba que el espíritu del ejército se había alterado mucho. La historia tiene que señalar el hecho, aunque con sentimiento, pero ¿quién se atrevería á pronunciar entre Ney y Massena? Un solo hombre sin duda, si como ellos no estuviese en la tumba.

Con todo, el príncipe de Essling pudo ensoberbecerse por haber resistido con menos de cuarenta mil hombres á ciento y veinte mil Anglo-Portugueses, desde la funesta batalla de

Busaco, es á decir, desde el 15 de septiembre hasta el 15 de mayo del año siguiente. La infeliz provincia de Beyra perdió durante el invierno de 1810 á 1811, mas de cuatrocientos mil individuos que perecieron de hambre, de frio y de miseria. Veinte batallas las mas terribles no hubieran podido tener este cruel resultado. El pueblo de Lisboa, testigo de las calamidades de esta guerra cruel, se sublevó, pero la regencia oprimida por los Ingleses contuvo á los Portugueses.

En España la guerra fue mas feliz, en cuanto podía serlo semejante guerra. La batalla de Ocaña, ganada el 19 de noviembre anterior, nos abrió las puertas de la Andalucía. El ejército del rey, mandado por el mariscal Soult, tomó el nombre de su conquista. En su marcha rápida y triunfante, ocupó á Baylen, pero sin creer que borrarse la vergüenza de la capitulación del general Dupont. Jaen, la antigua Cordoba y Carmona cayeron en nuestro poder. El 7 de enero, el general Sebastiani dispersó el ejército español en las inmediaciones de Granada, y el dia siguiente entró en la ciudad; el 9 era dueño de Málaga. El 1º de febrero, Sevilla, donde residía la junta su-

prema, abrió sus puertas al mariscal Soult. La junta se refugió á la Isla de Leon y luego á Cádiz, nombres tristemente célebres para siempre en la historia de ambas naciones. El mariscal Victor recibió la orden de sitiar, ó por mejor decir, bloquear con el primer cuerpo, las avenidas de esta ciudad, defendida por la parte de tierra por mas de veinte mil hombres, y por veinte y cinco navíos de línea. El 26, una accion brillante ilustró al nombre frances en la rada de Cadiz; seiscientos prisioneros de la capitulacion de Baylen, casi todos oficiales, encerrados en los pontones, habiendo visto desde lejos tremolar la bandera tricolor, se apoderaron de un mal navío sin aparejos, atravesaron audazmente las escuadras inglesas y españolas, y las lanchas cañoneras que los perseguian, y aportaron á la playa donde fueron recibidos con entusiasmo por el ejército del mariscal Victor.

Al norte de España la guerra iba con mas lentitud, con motivo de las plazas fuertes, no sometidas aun, de la Cataluña y del reino de Valencia. Gerona y Hostalrich capitularon; Souham batió al general O'Donnel, el 20 de febrero, en el combate de Vich, y el 14 de

mayo, el mariscal Suchet abrió la trinchera delante de la fuerte plaza de Lérida, que capituló diez y siete dias despues. El 8 de junio, Mequinenza cayó en manos de los Franceses.

Pero, mientras que el continente español europeo resistia á la invasion francesa, el continente español americano, demasiado viejo ya para consentir en quedar provincia de una metrópoli de ultramar, cimentó las bases de su independencia futura, el 19 de abril, proclamando el gobierno federativo de Venezuela. Este ejemplo, inspirado por la seducción poderosa de la prosperidad de los Estados-Unidos, cundió insensiblemente en todos los reinos americanos de España y de Portugal. Esta revolucion inmensa, que dió un nuevo aspecto al mundo político, es la mayor época del reinado de Napoleon. Tuvo todos los peligros que hacen triunfar á las naciones empeñadas con ardor y perseverancia en la lucha contra la dominacion extranjera. La gloria de las armas sancionó, durante una guerra obstinada de muchos años, el juramento de libertad prestado por el pueblo americano contra este mismo pueblo español, cuya generosa resolucion estaba imitando. Los Españoles se vie-

ron de repente declarados extranjeros y enemigos, como los Franceses en España. La libertad francesa ha necesitado veinte años para atravesar el Océano; diez años hacia que buscaba una patria, no hallando lugar en la Europa ocupada unicamente en la guerra de los tronos contra el trono levantado en Francia por un hombre nuevo. Con todo, no era por falta de legitimidad que se le atacaba, supuesto que Bernadotte acababa de ser nombrado príncipe real de Suecia sin oposicion: la lucha consistia en los intereses encontrados de la Gran Bretaña y de la Francia. La libertad ó la monarquía no entraban por nada en la querella, cuyo objeto era la prepotencia de la Francia que ofuscaba á la Europa dócil á los consejos y á las voluntades de la Inglaterra.

Este gran motivo preparaba ya en el Norte una tempestad sorda en medio de la paz. La Rusia organizaba sus inmensos recursos militares; llamaba á sus divisiones de Curlandia y las enviaba sobre la Dwina, así como á las del ejército del Danubio, acantonándolas sobre el alto Dniester; reunia la mayor parte de sus fuerzas sobre las fronteras de Polonia;

abria insensiblemente sus puertas al comercio ingles, y quebrantaba sin provocacion ni pretexto las estipulaciones de Tilsitt. La Rusia hizo mas todavía; el 31 de diciembre, prohibió los productos de nuestra industria, lo que manifestaba claramente la preferencia dada por Alejandro á la Inglaterra. Napoleon tuvo avisos secretos de estos movimientos y de estas disposiciones; pero fingió que las ignoraba, y no mudó nada en sus relaciones de amistad con el emperador Alejandro, que envió el general Czernicheff á Paris para *viajar*.

En el mes de diciembre de 1810, el nombre de la Francia y su fortuna se extendian, ó por mejor decir se extraviaban, desde el estrecho de Carybde hasta el Sund, sea por las reuniones, sea por el vasallage de los pueblos; y con el fin de hacer desaparecer todo rastro republicano, el 13 de diciembre, dia en que se decretó un alistamiento de ciento y sesenta mil hombres para los ejércitos de tierra y de mar, las ciudades anseáticas y el Valés fueron reunidos al grande imperio. La Francia tenia en aquella época treinta departamentos marítimos, y la Inglaterra solo podia comunicar con la Europa por la Sicilia y el Portugal. El

espíritu concibe apenas ahora (1826) este poder de la voluntad de un solo hombre, que alistaba á un mismo tiempo bajo sus banderas á los marineros del Báltico, á los pastores de los Alpes Julios, y á ciento y sesenta mil Franceses. El mapa de la parte del mundo que se llamaba *Francia*, presentaba 24 grados de longitud y 7 de latitud, con cuarenta y un millones de habitantes, divididos por cuatro idiomas y otras tantas religiones; pero la dominacion directa de Napoleon y de su familia comprendia ochenta y cinco millones de hombres, que, reunidos á los diez y seis de su dominacion indirecta, formaban la cantidad de mas de cien millones de Europeos que obedecian sus órdenes. Paris era la capital de la Europa vencida, y Londres lo era de la Europa irritada. La primera ciudad recibia los homenajes de la sumision, la segunda los votos de la venganza.

CAPITULO II.

GUERRA DE ESPAÑA.—REUNION DEL OLDEMBOURG AL IMPERIO.—NACIMIENTO DEL REY DE ROMA, EL 20 DE MARZO.—NEGOCIOS ECLESIASTICOS CON LA CORTE DE ROMA.

(1811)

Las cortes se juntaron en Cadiz el 25 de septiembre de 1810, en número de ciento y cincuenta diputados en lugar de doscientos y ocho que componian la representacion de las treinta y dos provincias. Desde allí, estaban observando los acontecimientos de la Península; pero sin entregarse enteramente al influjo británico. Su actitud era meramente política, y, rodeadas por la guerra que debia dirigir sus resoluciones, se ocupaban en sentar las bases de la grande acta cuyo objeto era establecer las nuevas libertades de la España. Las cortes podian todavía contar con fuerzas numerosas, á pesar de las ventajas conseguidas por los Franceses, pues, prescindiendo de las tropas

espíritu concibe apenas ahora (1826) este poder de la voluntad de un solo hombre, que alistaba á un mismo tiempo bajo sus banderas á los marineros del Báltico, á los pastores de los Alpes Julios, y á ciento y sesenta mil Franceses. El mapa de la parte del mundo que se llamaba *Francia*, presentaba 24 grados de longitud y 7 de latitud, con cuarenta y un millones de habitantes, divididos por cuatro idiomas y otras tantas religiones; pero la dominacion directa de Napoleon y de su familia comprendia ochenta y cinco millones de hombres, que, reunidos á los diez y seis de su dominacion indirecta, formaban la cantidad de mas de cien millones de Europeos que obedecian sus órdenes. Paris era la capital de la Europa vencida, y Londres lo era de la Europa irritada. La primera ciudad recibia los homenajes de la sumision, la segunda los votos de la venganza.

CAPITULO II.

GUERRA DE ESPAÑA.—REUNION DEL OLDEMBOURG AL IMPERIO.—NACIMIENTO DEL REY DE ROMA, EL 20 DE MARZO.—NEGOCIOS ECLESIASTICOS CON LA CORTE DE ROMA.

(1811)

Las cortes se juntaron en Cadiz el 25 de septiembre de 1810, en número de ciento y cincuenta diputados en lugar de doscientos y ocho que componian la representacion de las treinta y dos provincias. Desde allí, estaban observando los acontecimientos de la Península; pero sin entregarse enteramente al influjo británico. Su actitud era meramente política, y, rodeadas por la guerra que debia dirigir sus resoluciones, se ocupaban en sentar las bases de la grande acta cuyo objeto era establecer las nuevas libertades de la España. Las cortes podian todavía contar con fuerzas numerosas, á pesar de las ventajas conseguidas por los Franceses, pues, prescindiendo de las tropas

inglesas y portuguesas, que obedecian á Wellington, tenian un ejército de línea y un sin fin de guerrillas mandadas por unos gefes atrevidos. Mina tenia el mando de Navarra y de Aragon; Porlier de Galicia; el Empecinado, el Médico y Duran ocupaban las sierras de Castilla y de Aragon; Santocildes, Sanchez, el baron de Eroles y muchos otros se hallaban á la cabeza de partidas mas ó menos numerosas.

Pero las cortes, cansadas de una lucha desastrosa, y movidas del deseo generoso de sustraerse á la dominacion británica, enviaron muy en secreto, en el mes de mayo de 1810, un agente al duque de Orleans en Palermo, convidándole en nombre de la libertad y por una carta muy urgente, á venir á tomar el mando general de Cataluña. El príncipe admitió la oferta; pero habiendo llegado á Tarragona, el gobernador español le declaró que no tenia orden de entregarle el mando. El príncipe conoció facilmente que el gobernador estaba dominado por un influjo extranjero, y vino á Cadiz para que se le diese la explicacion de tan extraña conducta; pero halló la regencia igualmente contraria al paso que habia dado anteriormente. El enviado britá-

nico tuvo la osadía de exigir de la regencia que obligase al duque á embarcarse para Londres á bordo de una fragata enviada al efecto. El príncipe se negó á suscribir á esta violencia, y permaneció en Cadiz con el intento de aguardar la convocacion de las cortes y de valerse de su autoridad. El gobierno ingles amenazó sacar sus tropas de España, si el duque de Orleans no se retiraba. El príncipe fue á la isla de Leon donde las cortes estaban reunidas; pero la sesion estaba secreta, y una diputacion salió á declarar al duque de Orleans que su salida importaba á la España; de manera que la intriga inglesa se logró perfectamente. El duque tuvo que volver á Palermo, sobre la misma fragata española que habia venido á buscarle y el despotismo británico se fortificó todavía mas.

El año de 1811 habia empezado de un modo brillante para los ejércitos franceses, cuyos felices sucesos se siguieron casi sin interrupcion bajo las órdenes de los mariscales Soult y Suchet. Tortosa aguantó diez dias de trinchera abierta y se entregó el 2 de enero. El 22 del mismo mes, Soult, despues de haber batido á los generales Mendizabal y Ballesteros,

se apoderó de la importante plaza de Olivenza y, el 19 de febrero, cogió nuevos laureles sobre el Gebora, donde el enemigo perdió mas de cinco mil hombres; esta batalla le abrió el 11 de marzo las puertas de Badajoz. Pocas semanas bastaron á Soult y á sus veinte mil hombres para destruir dos ejércitos españoles, coger veinte y dos mil prisioneros y tomar dos plazas fuertes, Olivenza y Badajoz. Sin embargo, dos meses despues, esta última ciudad fue cercada por el mariscal Beresford, á la cabeza de veinte y cinco mil hombres apoyados por un ejército español. Soult juntó sus fuerzas para socorrer á Badajoz; Beresford levantó el sitio y vino á sentar sus reales delante de esta ciudad sobre las orillas del Albuera con las tropas inglesas, portuguesas y españolas. La batalla fue muy reñida, y los aliados la celebraron como un triunfo, sin embargo de que les costó diez mil hombres y sus posiciones. Mas razon tenia el mariscal Soult de llamar victoria á una accion que le habia hecho lograr el fin que se habia propuesto, que era de hacer levantar el sitio de Badajoz y abastecer la plaza. Con todo, este suceso no pareció bastante decisivo á una dipu-

tacion de las cortes que habia venido hasta Sevilla para tratar con el rey José. Despues de haber asegurado la defensa de Badajoz, el mariscal Soult volvió á Sevilla. Pero, á principios del mes de junio, Wellington, habiéndose reunido á Beresford, volvió á emprender el sitio de Badajoz y abrió la trinchera. La plaza sostuvo y rechazó dos asaltos; entretanto, los mariscales Soult y Marmont se reunieron en Mérida. El ejército combinado tuvo por mas prudente no aguardarlos y volvió á pasar el Guadiana el 17 de junio. En vano el mariscal Soult procuró atraerlos á empeñar una accion; Wellington, fiel á su sistema de retiradas, se puso detras de sus líneas. Lo mismo sucedió en Ciudad-Rodrigo, sitiado tambien por los aliados en el mes de septiembre; Wellington se retiró al acercarse el mariscal Marmont y el general Dorsenne. La toma de Murcia dió fin á la campaña del mariscal Soult en 1811.

Por su lado, el general Suchet continuaba el curso de sus brillantes hazañas. A últimos de abril se puso en marcha para atacar á la fuerte plaza de Tarragona; la cercó el 4 de mayo; desde el 16 de junio al 28, dió cinco asaltos sangrientos y se apoderó de la ciudad donde

halló el baston de mariscal. El 29 de octubre, ganó sobre los generales Blake y O'Donnel la batalla de Sagunto, donde entró el dia siguiente. Este punto, fortificado por la naturaleza, por los Romanos, por los Moros y por los Españoles, aseguró las comunicaciones de Valencia, de Zaragoza y de Barcelona. En fin, el 26 de noviembre, el mariscal Suchet, persiguiendo sin cesar al general Blake que queria cerrarle el camino de Valencia, le obligó á abandonar su campo atrincherado detras del Guadalaviar y á encerrarse dentro de la plaza. Un mes despues, el 26 de diciembre, Suchet pasó el Guadalaviar y, al cabo de quince dias, la gran ciudad de Valencia, antigua capital de un hermoso reino, y depósito general de todas las fuerzas y de todas las provisiones de los insurgentes, tuvo que rendirse al nuevo mariscal, con una guarnicion de diez y ocho mil hombres, mandada por diez generales y novecientos oficiales y defendida por cuatrocientos cañones. Suchet habia abierto la campaña de 1811 por la toma de Tortosa, el 2 de enero, y abrió la de 1812 por la de Valencia, el 9 de enero. El título de duque de Albufera conquistado sobre las murallas de Valencia,

pagó dignamente el año mas hermoso de su vida militar. El ejército, que le estaba muy adicto, miró como una recompensa de sus servicios las distinciones dadas á su gefe.

Tal es el bosquejo de la guerra de la Península durante el año de 1811; esta guerra continuó la gloria de nuestras armas y dió nuevas pruebas de nuestra superioridad militar; pero, por una fatalidad inherente á las empresas contra los derechos sagrados de los pueblos, los Españoles se fortificaban en la desgracia y puede decirse que salian victoriosos de las batallas que perdian. Se acercaba el tiempo en que, pudiendo salir de Cadiz y de la isla de Leon, tuvieron por campo de batalla los montes, los rios y los desiertos de su patria. Toda la tierra española conspiraba y estaba en fermentacion, aunque Napoleon, dueño de todas sus ciudades, la considerase desarmada, vencida y avasallada. En ninguna época, el fanatismo de la servidumbre nativa habia influido con mas fuerza sobre una nacion; estaba combatiendo por unos reyes que la habian abandonado y por unos frayles que la tenian embrutecida; se sacrificaba incesantemente á esta independencía estúpida como á una inquisi-

cion primitiva. La libertad era entonces para los Españoles, lo que en el dia, un sacrilegio. La Inglaterra se valió con habilidad de este elemento bárbaro; entregada de golpe á una inspiracion gigantesca, inventó la combinacion de una gravitacion terrible, para ahogar al coloso guerrero de la Francia entre el pueblo siervo del Mediodia y el pueblo siervo del Norte, que, defendido igualmente por la naturaleza, y dominado por un mismo fanatismo, se presentaba como el aliado natural de la España. La necesidad sugirió esta vasta y profunda concepcion á la Gran Bretaña; en efecto veia cada dia el bloquéo continental triunfando de su bloquéo marítimo; se hallaba oprimida bajo el peso del inmenso comercio que amontonaba en vano, dentro de sus puertos, los productos de las dos Indias, y tenia que temer y combatir á su maravillosa industria, herida en sus talleres por los decretos de Napoleon. Con dos años mas de duracion de esta ley inflexible, la Gran Bretaña tenia que postrarse á los pies de su émula. Su poblacion de artesanos manifestaba ya síntomas de insurreccion, y la Inglaterra no podia titubear en tomar un partido decisivo, por arriesgado que fuese. El

Tajo estaba sobre las armas; fue menester armar la Neva, para que el gigante que tantas veces ha vencido á los Españoles y á los Rusos perezca debajo de sus esfuerzos combinados. La política de Londres iba á reunir, contra el enemigo comun, dos naciones separadas por toda la civilizacion de la Europa. Los Españoles tienen recuerdos antiguos y gloriosos. Sus abuelos presenciaron la caida de los Cartagineses y de los Romanos; son hijos tambien de aquellos hombres del Norte que echaron á los Califas. En cuanto á los Rusos, no tienen abuelos, y todos sus recuerdos son recientes ó bárbaros; pero han visto la Suiza y la Italia; empiezan á creer que son europeos, y pueden llegar á ser conquistadores.

Entretanto, Napoleon, rodeado de todas las prosperidades humanas, no descansaba sobre la paz de Tilsitt, ni tampoco sobre las seguridades dramáticas de Erfurth. Unos avisos secretos llamaron su atencion hácia las reuniones militares que se hacian silenciosamente en el Norte. Tenia mucho interes en andar con cuidado respecto á la Rusia, y á quitarla todo pretexto de descontento, en un momento en que la España y la Inglaterra tenian ocupados

sus ejércitos. Con un año mas de guerra, la Península quedaba vencida, y el orgulloso Tamesis volvía á ver á los fugitivos del Tajo, como habia visto á los del Escalda. Napoleon sabia que su hermano soportaba con trabajo los embarazos de la conquista de su trono. Poco le importaba, para sus miras políticas, que el rey de España se llamase José ó Fernando, con tal que los Ingleses desapareciesen de la Península. Este sentimiento le dominaba exclusivamente; veía la Rusia á lo lejos, pero tenia enfrente á la Inglaterra; advirtió que un corto espacio de las costas del Báltico se habia sustraído al sistema continental, y, el 18 de febrero, decretó la reunion al imperio del ducado de Oldembourg cuyo soberano era cuñado del Emperador Alejandro. En vez de irritarse de esta violencia impolítica, la Inglaterra la celebró y se valió de este nuevo agravio para introducirse de oficio en los consejos de San Petersbourg.

Mientras tanto, Napoleon estaba aguardando con ansia un acontecimiento del cual dependia la suerte de su dinastía. La Emperatriz estaba en días de parir, y la esperanza ambiciosa que inflama y sostiene á los hombre de su clase,

le prometia un heredero. Llega el momento decisivo, el 20 de marzo, pero el parto de Maria Luisa encuentra obstáculos imprevistos, y tales que su vida y la de su hijo peligran igualmente; dependian de una operacion cuyo resultado feliz era muy dudoso. El cirujano Dubois vino á consultar á Napoleon. *No pienseis sino en la madre*, contestó, *y tratad la Emperatriz como una vecina de la calle de San Denis*. En seguida, se acercó del lecho de Maria Luisa consolándola, exortándola y animándola; despues de veinte y seis minutos de los mas vivos dolores, el hijo salió á luz con el auxilio de los hierros, pero durante siete otros minutos no dió señal de vida. En fin, á fuerza de cuidados empezó á respirar, vivia; el Emperador, fuera de sí, se precipitó á la puerta del salon donde la Francia y la Europa estaban aguardando sus destinos; la abrió exclamando: *Es un rey de Roma!* Ciento y un cañonazos anunciaron á la capital el nacimiento de Napoleon II; el júbilo fue general; en la casa del ayuntamiento, M. Bellart y los individuos del consejo que proclamaron, en 1814, la destitucion de Napoleon, votaron diez mil francos de renta para el page que vino á

traerles la noticia aguardada con tanta impaciencia. Esta fue la última vez en que un mismo sentimiento de felicidad unió á Napoleon con la Francia. La naturaleza pareció haber producido de mal grado á este hijo sobre el cual se confundian las esperanzas de dos grandes monarquías; fue menester arrancársele.

El rey de Nápoles habia venido á Paris para el bautismo del rey de Roma; tuvo con Napoleon las explicaciones las mas vivas, cuyos resultados estan hasta ahora mas conocidos que las causas que eran graves. Joaquin reprochó á Napoleon los obstáculos que habian impedido, el año anterior, el feliz éxito de la expedicion de Sicilia, atribuyéndolos principalmente á la ausencia de la escuadra de Tolon. Se quejó de verse reducido á ser un mero instrumento de una potencia á quien tenia que sacrificar sus Estados. Joaquin manifestó asimismo á Napoleon las inquietudes que le causaba el título de rey de Roma dado á su hijo; pero el Emperador, que no habia acostumbrado á los reyes extranjeros, y mucho menos á los de su familia, á dirigirle semejantes representaciones, se aprovechó de la ocasion

para insinuar á su cuñado que podria llegar el caso, algun dia, en que tuviese que renunciar el trono de Nápoles, para volver al gran ducado de Berg. El Emperador tenia ya determinado este arreglo para Nápoles, así como para los tronos de España y de Westfalia, como lo hizo sospechar la reunion de la Holanda. La ejecucion de esta gran medida política, subordinada á los acontecimientos, estaba emplazada para la época de la paz general, con el fin de presentar el sacrificio de estas soberanías condicionales, como una concesion á esta primera necesidad de la Francia. Desde entonces, el rey de Nápoles dejó traslucir sus disposiciones hostiles contra Napoleon; su imprudencia y su ligereza natural no le permitieron disimularlas. Salió de Paris á últimos de mayo antes que se celebrase el bautismo del rey de Roma al que asistieron los demas príncipes de la familia imperial.

Entretanto, la Italia era el teatro de otra guerra entre el Santo Padre y Napoleon. Esta guerra siempre presentó un carácter particular, que sirve de prueba de la mudanza de los intereses europeos en aquella época. Napoleon estaba militando por su iglesia, y el Papa por

sus Estados; el Emperador pedía en vano que el Papa diese la institucion canónica á los obispos de Francia, y el Papa la rehusaba porque habia perdido su autoridad temporal. Pio VII confundía la tiara con su corona, y el anillo del pescador con el cetro. La consagracion de Napoleon era un mal argumento en favor del Pontífice romano. La alta comision eclesiástica que el Emperador se habia visto precisado á formar, diputó al Santo Padre proponiéndole el establecimiento de obispados en Barle-Duc, Rotterdam, Hambourg y Brema y la institucion de los obispos nombrados; se le ofrecia tambien la facultad de volver á Roma, con tal que prestase el juramento prescripto por el concordato, ó sino de residir en Aviñon donde ejercería la soberanía espiritual, teniendo cerca de su persona á los residentes de las potencias cristianas, y por fin de renunciar á la soberanía temporal de Roma. Se avisaba asimismo á S. S. de la próxima convocacion de un concilio nacional. Pio VII, en su nota del 19 de mayo, admitió casi todas estas proposiciones, y el concilio se juntó en Paris, el 9 de junio siguiente. Se componia de cien obispos franceses, alemanes y italianos; y se

contempló competente para la institucion de los obispos. En virtud del concordato, el Papa habia de dar esta institucion, ó si se negaba, el metropolitano hacia sus veces. Tal fue el decreto del concilio, del 5 de agosto. El 20 de septiembre, el Papa confirmó este decreto, por un breve expedido en Savona; con todo, la tierra venció todavía al cielo. La corte pontifical rehusó lo prometido solemnemente, y, hasta el año 1819, cinco años despues de la caida de Napoleon, la Francia casi sin obispos, pudo creer que su rey ya no era el hijo primogénito de la Iglesia.

En el discurso de abertura del cuerpo legislativo, el 16 de junio, Napoleon manifestó claramente su pensamiento. «Los negocios de
 » la religion han sido mezclados demasiado
 » tiempo y sacrificados á los intereses de un
 » estado de tercera clase. Si la mitad de la
 » Europa se halla separada de la iglesia de
 » Roma, debe atribuirse particularmente á la
 » contradiccion que ha existido siempre entre
 » las verdades y los principios de la religion,
 » que han de regir á todo el Universo, y las
 » pretensiones y los intereses que son peculia-
 » res de un pequeño rincon de la Italia. He

» dado *para siempre* fin á este escándalo, reu-
 » niendo Roma á mi imperio. He concedido
 » palacios á los Papas en Roma y en Paris. Si
 » quieren cuidar de los intereses de la reli-
 » gion, vendran á menudo á vivir en el centro
 » de los negocios de la cristiandad. »

Napoleon habló con menos franqueza de los secretos de una nueva conjuracion británica, pero dejaba conocer que los habia penetrado.

«..... Los Ingleses fomentan todas las pa-
 » siones. Por una parte, suponen que la Fran-
 » cia ha fomentado unos proyectos alarman-
 » tes para las demas potencias.... Por otra,
 » procuran irritar el amor propio y encender
 » los celos de las naciones.... La guerra ge-
 » neral del continente puede sola asegurar su
 » prosperidad. Nada quiero que no se halle
 » estipulado en los tratados concluidos por
 » mí..... Me lisongo que la paz del conti-
 » nente no padecerá alteracion. »

Luego hablando de la España:

«..... La Inglaterra, dijo, se ha visto pre-
 » cisada á mudar la naturaleza de la guerra y
 » se ha hecho parte principal.... Esta lucha
 » contra Cartago, que segun parecia se habia

» de decidir sobre el campo de batalla del
 » Océano y mas allá de los mares, lo será en
 » las llanuras de las Españas.... Luego que la
 » Inglaterra se halle exhausta, cuando por fin
 » experimente los males que derrama sobre
 » el continente de veinte años á esta parte
 » con tanta crueldad, y cuando la mitad de
 » sus familias tendrá que cubrirse de luto,
 » un rayo dará fin á los negocios de la Penín-
 » sula, y vengará la Europa y el Asia, dando
 » fin á esta segunda guerra púnica. »

El desórden enérgico de estas últimas pala-
 bras expresaba la pasion que dominaba á Na-
 poleon, y señalaba al mismo tiempo el peligro
 que amenazaba á la Inglaterra, si no lograba
 destruir su enemigo. Así es que hizo sus pre-
 parativos para dar fin con un rayo, no á los
 negocios de la Península, sino á la lucha de
 su ódio implacable; pues conocia que el único
 medio que le quedaba para salvarse consistia
 en una guerra á muerte.

Tres meses despues, el 9 de septiembre,
 Napoleon salió para ir á visitar otra vez sus
 nuevas provincias de Holanda y examinar el
 estado en que se hallaban las obras inmensas
 mandadas emprender en su último viage en

las plazas fuertes y los puertos. El 4 de octubre, llegó á Amberes donde vió y pudo admirar los milagros de sus creaciones. Sobre la ribera izquierda del Escalda, donde solo existía un reducto dos años antes, se estaba edificando una ciudad de dos mil toesas de extension. Veinte y un navíos de guerra, entre los cuales ocho tenían tres puentes, estaban en construccion. Se habia cabado un puerto capaz de abrigar á noventa navíos de línea. El Escalda abierto desde su embocadero hasta Amberes para los mayores buques de toda clase, formaba una rada continua defendida por Flesinga y cinco otros pequeños puertos ó fortalezas. La Holanda se parecia á un inmenso puerto inexpugnable.

El Emperador visitó Willemstadt, Helvoetsluys, Dordrecht, Gorcum, la isla de Gorea, hizo su entrada solemne en Amsterdam, inspeccionó las fortificaciones del Helder, la escuadrilla del Texel, se detuvo en Rotterdam, en Delft, en Leyde, y volvió el 11 de noviembre, á San-Cloud por Dusseldorf y Colonia. Este viage de dos meses fue consagrado á las mejoras civiles, políticas, militares y marítimas de la Holanda. El Emperador

descubrió á este hermoso pais el secreto de su fuerza, y le hubiera dejado unos monumentos eternos de su ingenio, si dos años despues no hubiese sido invadido por los extranjeros.

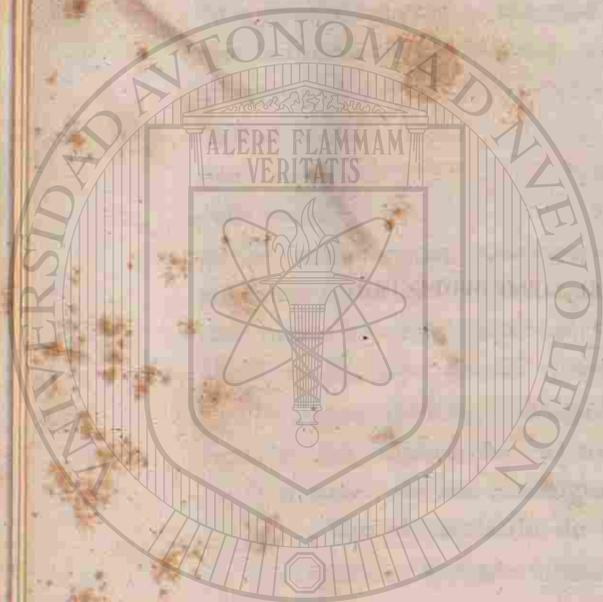
El Emperador en cualquier parte que se hallase, desempeñaba todos los negocios del imperio. Los decretos relativos á las provincias de Iliria se expidieron en el palacio de Amsterdam, y varios otros lo fueron á bordo del *Carlo-Magno* sobre el Escalda. En llegando á Paris organizó definitivamente la universidad imperial y arregló el régimen interior. Luego despues, suprimió la feudalidad en los nuevos departamentos de las bocas del Weser y de las bocas del Elba; prorogó la amnistía concedida á los emigrados y determinó las reglas que habian de seguirse en el ejercicio de la libertad de la imprenta. La naturaleza, los títulos y hasta el número de los periódicos, así como el nombre de las ciudades donde debian salir, quedaron irrevocablemente fijados y especificados. Una censura inquieta, recelosa, minuciosa y hostil, bajo la responsabilidad de las autoridades locales, era el argos de esta periodicidad ilusoria. Napo-

leon se mostró menos celoso del dominio de la conciencia que del pensamiento; este último decreto tuvo un resultado funesto. Los hombres generosos, cuyos talentos y opinión hacen la fuerza de los Estados, se separaron del gobierno. La nación se dividió en dos partes; la una se componía del ejército y de todos los que tenían relaciones con la autoridad; y la otra del resto del pueblo frances. Cuando llegaron los días infaustos de Napoleon, la Francia, resentida por haber sido despojada de casi todas las conquistas morales de su gloriosa revolución, quedó inmóvil, y lo que no hubieran podido conseguir ni la invasión de un millon de extrangeros, ni las conjuraciones de los enemigos políticos del interior, fue el resultado de la inmovilidad de la Francia, aunque admirase y amase á Napoleon.

La España estando conquistada ú ocupada y todo el continente en paz ó sometido, causó bastante inquietud el llamamiento de ciento y veinte mil conscriptos, en el mes de diciembre de 1811. Napoleon solo sabia los motivos de esta medida. Los preparativos que la Rusia hacia secretamente indica-

ban sus proyectos, cuya ejecucion estaba detenida por la guerra que sostenia todavía contra los Turcos.

FIN DEL LIBRO DUODÉCIMO.



LIBRO DÉCIMOTERCIO.

SEXTA Y ÚLTIMA COALICION.

CAPITULO PRIMERO.

TRATADOS DE LA FRANCIA CON LA PRUSIA Y EL AUSTRIA. —
TRATADOS DE LA SUECIA CON LA INGLATERRA Y LA RUSIA.
— COALICION DE LA INGLATERRA, DE LA RUSIA, DE LA
SUECIA Y DE LA ESPAÑA CONTRA LA FRANCIA, EL AUSTRIA,
LA PRUSIA, LA ALEMANIA Y LA ITALIA. — NAPOLEON EN
DRESDE CON EL EMPERADOR DE AUSTRIA. — PAZ DE BUCHA-
REST ENTRE LA TURQUIA Y LA RUSIA. — ENTRADA DE NA-
POLEON EN POLONIA.

(1812)

UNA guerra general amenazaba á la Europa, y se puede decir que los principales interesados se habian esmerado en darse recíprocamente motivos de discordia. La Francia habia reunido al imperio la Holanda, las ciudades anseáticas, el Lawembourg y las bocas del

Rhin, del Escalda, del Weser y del Elba, que, con el ducado de Oldembourg, habian empezado, en 1810 y 1811, el bloqueo del mar del Norte y del Báltico. Este bloqueo quedó completo con la ocupacion de Stralsund y de la Pomerania sueca por el general Friant en nombre de la Francia el 26 de enero de 1812. El mismo dia un decreto imperial dividió la Cataluña en cuatro departamentos franceses. La actitud guerrera de Alejandro habia empezado poco despues del tratado de Tilsitt que le parecia muy duro. Con todo, en volviendo de las conferencias de Niemen, dijo al Emperador de los Franceses *que queria servirle de segundo contra la Inglaterra*. En cuanto á la entrevista de Erfurth, en que Alejandro habia manifestado disposiciones tan favorables, debe considerarse unicamente como un velo especioso echado sobre su política. El sistema continental imponia á la Rusia una condicion muy dura; pero esta condicion hubo de parecerle justa, supuesto que la consintió. La Rusia tuvo razon en formar el tratado de Tilsitt, pues es probable que de no admitirlo, Napoleon, en vez de empezar contra aquel imperio una lucha en sus desiertos, se hubiera decidido

á formar con las desmembraciones de la Polonia y de la Prusia un grande Estado intermedio que, protegido por un ejército frances permanente hasta tanto que el ejército nacional hubiese adquirido la fuerza necesaria, hubiera venido á ser para siempre la salvaguardia de la civilizacion y de la paz del continente; y ojalá que Napoleon hubiese tomado una resolucion tan alta y tan sabia! El gabinete ruso supo preveer esta terrible consecuencia y se humilló debajo de la ley de Tilsitt. Discurrió con habilidad que se trataba en la Almadia del Niemen, de hacer parte integrante de la patria europea, ó de verse separado para siempre y de perder en un momento la herencia de Pedro y de Catalina. La fe púnica presidió al tratado. La suscribió con la determinacion secreta de eludirlo en los principios y de romperlo luego con estruendo. La Francia no tardó en penetrar las disposiciones de aquella potencia. La conducta de la Rusia, durante la campaña de 1809, no dejó dudas á Napoleon de que estaba muy agena de querer contribuir á debilitar al Austria. En 1810, la política rusa empezó á aclararse; el 19 de diciembre quebrantó el tratado de Tilsitt con

un decreto que abría sus puertos á la Inglaterra y los cerraba á la Francia. La reunion de sus ejércitos sobre las fronteras de la Lituania y la amenaza de invadir el gran ducado de Varsovia, bajo el pretexto de indemnizar al duque de Oldembourg, dieron á conocer la energía de los nuevos consejos que dirigian la corte de San Petersbourg. En el mes de febrero de 1811, Napoleon pidió explicaciones á la Rusia acerca de la mudanza de su sistema, y avisó al rey de Sajonia que concentrase sobre el Vistula las tropas del gran ducado de Varsovia para ponerlas al abrigo de un ataque repentino.

La importante obra del coronel Buturlin, edecan del emperador de Rusia, contiene documentos cuyo origen justifica suficientemente la confianza del lector. El escritor, que puede en cierta manera mirarse como de oficio, declara: « Que el emperador Alejandro no podia » desconocer el espíritu de las disposiciones » del tratado de Tilsitt, pero que las circunstancias desgraciadas en que se hallaba la » Europa le prescribian alejar la guerra á » toda costa. *Importaba sobre todo ganar » tiempo para prepararse á sostener la lucha*

» *que debía inevitablemente renovarse un dia.*
 » Desde entonces, el emperador Alejandro se » aplicó á organizar secretamente sus medios » de defensa, y juzgó necesario reunir la mayor parte de sus fuerzas sobre la frontera occidental de su imperio..... El dia que siguió la » firma del tratado con el rey de Prusia, el 15 » de febrero, Napoleon expidió el general » Czernicheff á Petersbourg, con la proposicion » de trabajar á hacer desaparecer los agravios » de las dos partes. Estos agravios consistian » principalmente, de parte de la Rusia, en » la toma de posesion del ducado de Oldembourg. Pero el emperador Alejandro conocia demasiado que los agravios consistian » en otra cosa, *la cuestion principal que era » el poder inmenso de la Francia sobre las demas potencias solo podia resolverse con las » armas en la mano.* »

Desde el año de 1812, la Rusia habia anunciado que M. de Nesselrode vendria á Paris; este negociador, encargado de allanar las dificultades, debía llegar en el mes de noviembre y no habia parecido aun á principios de febrero. Napoleon, viendo que en vano aguardaba al ministro ruso, llamó al coronel Czer-

nicheff, y le comunicó el tratado de alianza ofensiva y defensiva firmado en Paris, el 12 de febrero, con la Prusia, que miró como una dicha unirse á Napoleon que precisamente hubiera empezado su guerra con la Rusia, aniquilando á los aliados de aquella potencia. Napoleon añadió á esta comunicacion cuantas explicaciones conciliatorias pudo ofrecer, y entregó á Czernicheff una carta particular para el emperador Alejandro. Czernicheff salió para San Petersbourg el 25 de febrero; dos dias despues, Napoleon supo que este enviado, abusando de su carácter y de su posición, se habia llevado *el estado efectivo de nuestros ejércitos*, comprado á un empleado infiel del ministerio de la guerra. Mandó correr tras él; pero estaba ya fuera de alcance.

En el mismo momento, Napoleon, que juzgaba que la guerra era inevitable, se disponia á confiar el territorio del imperio á la guardia nacional, *mientras que nuestros ejércitos iban á alejarse*. Firmó asimismo un tratado con el Austria, en el que se preveia el caso del restablecimiento de la Polonia. Al enviar esta acta diplomática á M. de Neiperg, ministro de Austria en Suecia, M. de Schwartzemberg es-

cribia: « Que su soberano habia dado en vano » todos los pasos posibles acerca del gabinete » de San Petersbourg para conservar la paz » del continente, y que, en un estado de » cosas en que todo debia dirigirse hácia el » fin comun, le encargaba valerse de todo su » crédito con el gobierno sueco para li- » garle á la causa actual, haciéndole esperar » de la inmensa ventaja de su diversion en el » Norte á favor de los aliados, la restitucion » de la Finlandia. Los lazos de amistad y de » familia que existen entre nuestra corte y la de » Francia, acaban de estrecharse hoy por un » tratado que establece de un modo solemne » las relaciones de amistad y de confianza en- » tre los dos imperios. » Tales eran, en el mes de marzo de 1812, los sentimientos públicos y confidentiales de la corte de Austria para con la corte de Francia. Nueve meses despues, la fortuna los trasladó á ese enemigo contra el cual el gabinete de Viena intentaba armar la Suecia. Pero todo fue inútil contra las malas disposiciones de Bernadotte, que, olvidándose del origen de su gloria, y hollando los recuerdos de su patria nativa, se obligó, por un tratado firmado el 12 de marzo con

la Rusia, á pelear contra nosotros. En premio de esta desercion impía, Alejandro prometia al príncipe real su auxilio para hacer una guerra injusta á la Dinamarca, con el fin de quitarla la Noruega. Traiciones presentes y futuras, espoliaciones horrendas y meditadas de antemano, tales fueron los principios de esta liga que ha tenido la osadía de llamarse *Santa Alianza* y de invocar la libertad, con el fin de poner de su lado la religion y los pueblos. Napoleon intentó por su parte impedir la conclusion de la paz entre la Rusia y la Turquía, y buscó todos los medios de decidir al Sultan á entrar en campaña con cien mil hombres, ofreciendo, en nombre del Austria y en el suyo propio, la garantía de integridad de sus Estados. Veremos mas tarde los motivos que se opusieron al feliz éxito de esta negociacion.

La conducta de Czernicheff, y ellargo silencio guardado por Alejandro, despues de haber recibido la carta que le escribia Napoleon, eran malos indicios de las disposiciones de aquel príncipe; por otra parte, llegaban por todos lados avisos indirectos pero positivos de intenciones hostiles. Claro estaba que la Ingla-

terra habia logrado tener un grande influjo en San Petersbourg; en consecuencia, Napoleon tuvo por conveniente dirigirse al gabinete ingles. Mandó al duque de Bassano escribir á lord Castlereagh para manifestarle las intenciones pacíficas de la Francia. La carta del ministro salió para Londres el 17 de abril. La Francia declaraba « que renunciaba á toda » extension por el lado de los Pirineos. Ofrecia ser garante de la integridad de la España; » la dinastía actual seria declarada independiente, y la España seria gobernada por » una constitucion nacional de las cortes. La » casa de Braganza volvia á reinar en Portugal. El rey Joaquin se quedaba con el reino » de Nápoles, y el reino de Sicilia se aseguraba á la casa reinante en el dia. En consecuencia de estas estipulaciones, la España, el » Portugal y la Sicilia habian de ser evacuadas por las tropas francesas é inglesas de » tierra y de mar. » El 21 de abril, lord Castlereagh contestó que no podia tratar si, antes de todo, no se reconocia la dinastía de Fernando en España.

Entretanto, llegó por fin el baron de Serdobinn con la contestacion de San Petersbourg

á la carta entregada por Napoleon á M. de Czernicheff. El príncipe de Kourakin vino á ver al duque de Bassano, el 24 de abril, y le declaró que, antes de todo, la Rusia exigía que los ejércitos franceses evacuasen la Prusia y se retirasen detras del Rhin. El 25, Napoleon que no quería tomar al pie de la letra estas arrogancias diplomáticas, mandó á su edecan el conde de Narbona salir inmediatamente para San Petersbourg, con el pretexto de comunicar al gabinete ruso los documentos de la correspondencia inglesa; pero el verdadero motivo era conocer el último pensamiento del Czar. Pocos dias despues, el 30, las negociaciones que se seguian, diez y ocho meses hacia, entre el duque de Bassano y el príncipe Kourakin, se rompieron enteramente. El príncipe Kourakin ratificó su *ultimatum*, pidió varias veces sus pasaportes y dió parte que iba á aguardarlos en una casa de campo.

En medio de tantos cuidados, y al momento de verse empeñado en una guerra terrible, Napoleon estableció, el 26 de enero de 1812, un ministerio de comercio y fábricas que era una señal de paz. La inmensa extension de las costas del imperio y los esfuerzos prodigiosos

resultantes de una industria fomentada y auxiliada de un modo maravilloso, necesitaban esta creacion que era al mismo tiempo un medio de asegurar la vigilancia en los puertos. El bloqueo contra la Inglaterra, siendo como lo he dicho ya varias veces, la única ley política del imperio frances, la menor infraccion hubiera derribado todo el sistema de ataque y de defensa de Napoleon, impidiendo la obra de la paz general, condicion exclusiva de la existencia de Napoleon y de su imperio; en fin, esta infraccion debia precisamente atraer un rompimiento. Así es que la Rusia habia reunido cuatrocientos mil hombres, para apoyar sobre sus fronteras el decreto del 19 de diciembre de 1810. La inminencia de una nueva lucha, cuyos preparativos misteriosos tenian algo de implacable, la continuacion de la guerra de España y de Portugal, donde la Inglaterra prodigaba sus tesoros, sus ejércitos y sus escuadras, absorbían necesariamente todas las fuerzas de la Francia, y la obligaban á nuevos esfuerzos. En consecuencia, el 10 de marzo, el Emperador presentó al senado un proyecto del senado-consulta que organizaba la guardia nacional en tres divisiones. La pri-

mera comprendia todos los hombres de veinte á veinte y seis años, la segunda los de veinte y seis á cuarenta, y la tercera los de cuarenta á sesenta. El senado-consulto, votado unánimemente, puso á la disposicion del gobierno cien cohortes de mil hombres cada una, sacadas de los seiscientos mil hombres que formaban la primera division, para ser empleadas en virtud de las constituciones del imperio á guardar las fronteras, los establecimientos marítimos, los arsenales y las plazas fuertes; pero se organizaron solamente ochenta y ocho cohortes, sacadas de los ciento veinte y ocho departamentos que formaban las treinta y dos divisiones militares, desde Roma hasta Hambourg. Esta reparticion del pueblo frances en tres divisiones tenia algo de grande; pero probaba al mismo tiempo que Napoleon se hacia cargo de los peligros de la patria. Por consiguiente, todo el ejército activo iba á ponerse en marcha, y la mayor parte tenia por punto de reunion un rio lejano que formaba los límites de la Polonia septentrional y que habia sido el teatro de la paz de Tilsitt.

Entre las numerosas representaciones traídas al pie del trono por las diputaciones de

los colegios electorales, se notó la del departamento del Cher.

« Señor, decia, uno de vuestros antecesores, Cárlos VII, que se llamó el rey de Burges, debió la conservacion de su corona á la adhesion de sus súbditos del Berry. Entre todas las provincias sujetas á su autoridad, el Berry fue casi la sola que se mantuvo fiel, ofreciéndole las personas y los bienes. Con el auxilio de sus habitantes, logró volver á conquistar su reino y echar á los Ingleses fuera de Francia. » Este recuerdo de una de las épocas mas dolorosas de nuestra historia, pareció entonces, cuando menos, intempestiva y chocó á Napoleon que contestó: « Ni yo ni mis nietos hemos de vernos en el caso de experimentar vuestro patriotismo en circunstancias que se parezcan á las de Cárlos VII. Las disensiones civiles causaron en aquella época la desgracia de la Francia. Dividida en varios Estados, fue despedazada por los ejércitos extrangeros; semejantes circunstancias no pueden volver á presentarse. Formamos un solo pueblo; tenemos una misma ley y un mismo trono: no recibiremos la ley de nadie, y la daremos á esa

» nacion hábil que ha sabido aprovecharse de
 » nuestras divisiones y que ha causado tantos
 » daños á las generaciones que nos han prece-
 » dido. » Muy corto fue el tiempo que separó
 aquella época de la que vió á los Ingleses ocupar
 á Paris , á Napoleon abdicar en Fontainebleau
 y al ejército del Loire licenciado en Burges.

El 9 de mayo, el Emperador salió para Maguncia con la Emperatriz que debia acompañarle hasta Dresde, que era el punto de reunion indicado á la familia imperial de Austria; el 17, llegó á la capital de la Sajonia. El 20, Napoleon, temiendo que M. de Narbona no hubiese sido admitido cerca del emperador Alejandro, quiso dar un paso mas decisivo por el intermedio de su embajador. En consecuencia dijo al duque de Bassano : « Escribid á Lauriston
 » que vaya de San Petersbourg á Wilna. Dirá
 » que deseando desentenderme de esta querrel-
 » la de hombres de pluma, le he mandado
 » procurar acercarse al Emperador, para ob-
 » tener de su boca una palabra de explicacion
 » que deje la puerta abierta á un convenio; y
 » añadirá que estoy convencido de que el
 » príncipe Kourakin ha ido mas allá de sus
 » instrucciones..... etc. » Al recibir esta orden

Lauriston pidió pasaportes para ejecutarla.

Una corte de reyes se reunió en Dresde alrededor de Napoleon. El emperador y la emperatriz de Austria habian venido á Dresde, de su propia voluntad, para hallarse al paso de su yerno, y sancionar, con todas las demostraciones de la amistad, el interes que tomaban, en virtud de los lazos de familia y de un tratado solemne, á la guerra contra el Czar, que segun parecia, estaba considerado como el enemigo comun del continente. El rey de Prusia ofreció su hijo, el príncipe real, como edecan, á Napoleon, que movido de una delicadeza demasiado generosa, no quiso admitir la oferta. Todos los monarcas, desde el Báltico hasta el Rhin, cuyos contingentes hacian parte del ejército grande, competian en demostraciones de adhesion al emperador de los Franceses. Los príncipes confederados bajo sus águilas, se entregaban con un entusiasmo servil á la esperanza de su triunfo; lo poco que les quedaba de orgullo consistia en querer someter á la misma dominacion al único soberano del continente que fuese todavía independiente, discurriendo, sin duda, que su propia grandeza se aumen-

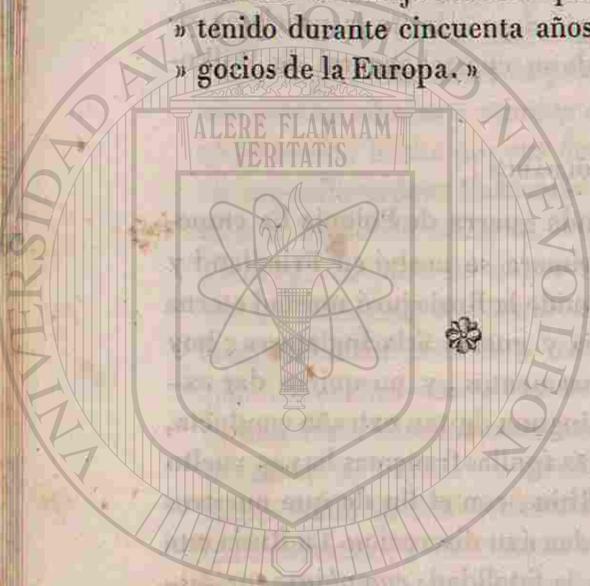
» prar un aliado dudoso á costa de un aliado
 » fiel. » De Posen Napoleon fue á Thorn,
 desde donde dirigió los primeros movimientos
 de su ejército hácia los puntos de paso y de
 ataque que él mismo habia elegido. El 7 de
 junio llegó á Dantzick, inspeccionó las obras,
 recorrió las riberas y visitó la ciudad de Wei-
 chselmund, hecha por sus órdenes una plaza
 de segundo orden. Habiendo salido de Dant-
 zick el 11 por la mañana, llegó el 12 á Kœ-
 nisberg, despues de haber pasado revista á
 las seis hermosas divisiones de Davoust, que
 iban andando. Se detuvo hasta el 17, ocu-
 pándose exclusivamente en los pormenores de
 la mas vasta administracion militar. El mismo
 dia entró en Vehlau, y el 18 en Interbourg,
 donde halló las dos orillas del Pregel cubier-
 tas de víveres, y doscientos veinte mil hom-
 bres que llegaban de varios puntos. El 19 en-
 tramos en Gumbinen, donde supimos que el
 general Lauriston no habia podido lograr sus
 pasaportes para venir á Wilna. Solo se le per-
 mitió despachar un propio para solicitar una
 audiencia del emperador Alejandro. Esta se-
 gunda instancia tuvo por resultado una con-
 testacion negativa. Al recibir esta noticia, Na-

poleon exclamó: « Los vencidos hablan como
 » los vencedores, y nos provocan..... Ad-
 » mitamos como un favor la ocasion que nos
 » obliga y pasemos el Niemen. » El 22, el Em-
 perador dirigió á su ejército la proclama si-
 guiente, desde su cuartel general de Wilko-
 wiski:

« SOLDADOS!

» La segunda guerra de Polonia ha empe-
 » zado. La primera se acabó en Friedland y
 » en Tilsitt, donde la Rusia juró amistad eterna
 » á la Francia y guerra á la Inglaterra; hoy
 » viola sus juramentos, y no quiere dar ex-
 » plicacion ninguna de tan extraña conducta,
 » hasta que las águilas francesas hayan vuelto
 » á pasar el Rhin, con el fin de que nuestros
 » aliados queden á su discrecion. La Rusia está
 » llevada por la fatalidad; *cumplánse sus des-*
 » *tinios*; acaso nos cree degenerados, y que
 » no somos ya los soldados de Austerlitz,
 » quiere ponernos entre la deshonra y la
 » guerra; nuestra eleccion no puede ser du-
 » dosa. Marchemos pues adelante, pasemos el
 » Niemen y llevemos la guerra sobre su terri-
 » torio. La segunda guerra de Polonia será

» gloriosa para los ejércitos franceses como lo
 » fue la primera ; pero la paz que concluiré-
 » mos llevará consigo sus garantías y pondrá
 » término al influjo funesto que la Rusia ha
 » tenido durante cincuenta años sobre los ne-
 » gocios de la Europa. »



CAPITULO II.

CAMPAÑA DE RUSIA.

NAPOLEON entró en campaña con cuatrocientos mil hombres franceses y extranjeros, repartidos entre doce cuerpos de ejército. Doseientos mil pasaron el Niemen con él en los alrededores de Kowno, el 24 de junio, casi sin oposicion de parte de los Rusos, que, segun parece, ignoraron este gran movimiento, tal habia sido el secreto de Napoleon en sus designios y la celeridad de su marcha. El 25, supimos que la víspera Macdonald habia pasado igualmente el Niemen en Tilsitt; en adelante fuimos dueños del rio para la navegacion de nuestras provisiones, detenidas sobre el Pregel. Algunas tropas destacadas de vanguardia ocuparon á Kowno; el Emperador, despues de haber mandado á los ingenieros poner á esta ciudad al abrigo de un golpe de mano, hizo avanzar los cinco cuerpos de ejército que estaban parados atrás sobre la derecha, llegó

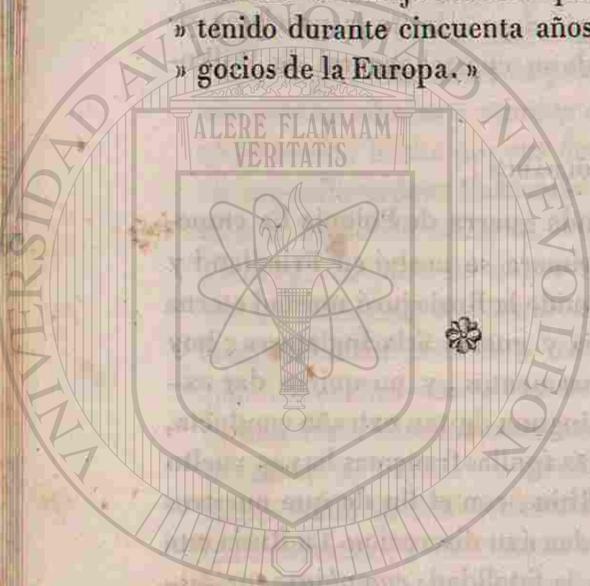
taba al paso que su gefe se hacia mas poderoso.

En el momento mismo en que Napoleon recibia tantos homenages y tantas garantías, los Rusos y los Turcos firmaban una paz definitiva preparada por la Inglaterra que se valió de un documento falso enviado por el gabinete de Londres al gran Visir. Este documento consistia en una carta supuesta de Napoleon á Alejandro, en que el emperador de los Franceses proponia á su rival el reparto del imperio otomano. La circunstancia casual de la presencia en Wilna del conde de Narbona, ayudó mucho á convencer á los estúpidos ministros del Sultan. El emperador Napoleon no fue el solo engañado en esta ocasion, el Sultan lo fue igualmente. Luego que supo la entrada de Napoleon en Rusia, no quiso ratificar el tratado, y fue preciso que la Inglaterra se valiese de amenazas para determinarle. Esta dilacion de parte de la Puerta, fue la causa de la detencion del ejército ruso de Moldavia, que no se movió hasta entrado el mes de octubre, y no alcanzó al ejército frances, como se verá adelante, sino en la retirada al famoso paso del Beresina, donde

fue batido completamente. Los Estados-Unidos acababan de declarar la guerra á la Inglaterra; pero esta declaracion producía poca diversion á favor de Napoleon, en comparacion de las ventajas que hubiera podido sacar de la Puerta Otomana, y no compensaba los graves inconvenientes de la alianza de la Suecia con la Rusia.

El conde de Narbona volvió de Wilna sin otra contestacion que el *ultimatum* entregado por el príncipe Kourakin; Napoleon, viendo que no habia que esperar negociando, determinó salir de Dresde. El 28 de mayo por la mañana, firmó los despachos enviados de Paris por los ministros, y pasó con la Emperatriz lo restante del dia. El 29, á las tres de la mañana, salió para el ejército y llegó á Glogau; el 30 entró en Polonia; recibió en Posen la carta de Bernadotte, que, ligado ya á la Rusia por un tratado, pedia la Noruega y un subsidio para unirse á la causa francesa. La proposicion le indignó. « Bernadotte, exclamó Napoleon, no es sino mi lugar-teniente, » y debe marchar cuando sus dos patrias se » lo mandan; si titubea, que no se me hable » mas de este hombre..... No quisiera com-

» gloriosa para los ejércitos franceses como lo
 » fue la primera ; pero la paz que concluiré-
 » mos llevará consigo sus garantías y pondrá
 » término al influjo funesto que la Rusia ha
 » tenido durante cincuenta años sobre los ne-
 » gocios de la Europa. »



CAPITULO II.

CAMPAÑA DE RUSIA.

NAPOLEON entró en campaña con cuatrocientos mil hombres franceses y extranjeros, repartidos entre doce cuerpos de ejército. Doseientos mil pasaron el Niemen con él en los alrededores de Kowno, el 24 de junio, casi sin oposicion de parte de los Rusos, que, segun parece, ignoraron este gran movimiento, tal habia sido el secreto de Napoleon en sus designios y la celeridad de su marcha. El 25, supimos que la víspera Macdonald habia pasado igualmente el Niemen en Tilsitt; en adelante fuimos dueños del rio para la navegacion de nuestras provisiones, detenidas sobre el Pregel. Algunas tropas destacadas de vanguardia ocuparon á Kowno; el Emperador, despues de haber mandado á los ingenieros poner á esta ciudad al abrigo de un golpe de mano, hizo avanzar los cinco cuerpos de ejército que estaban parados atrás sobre la derecha, llegó

» sido sujetados por la paz ni por la guerra,
 » sino por la traicion; que se hallaban pues li-
 » bres de derecho delante de Dios y de los
 » hombres; que hoy pudiendo serlo de hecho,
 » este derecho era un deber...; pero que le
 » tocaba á él que dictaba su historia al siglo,
 » y en quien residia la fuerza de la providencia,
 » apoyar unos esfuerzos que habia de aprobar;
 » que por consiguiente venian á suplicar á
 » Napoleon el Grande que pronunciase estas
 » solas palabras: *El reino de Polonia existe,*
 » y que existiria. » Napoleon entre otras co-
 » sas les contestó: « Diputados de la confedera-
 » cion polaca, he oido con interes lo que me
 » habeis dicho. Si yo fuera Polaco pensaria y
 » obraria como vosotros, y hubiera votado lo
 » mismo en la asamblea de Varsovia. El amor
 » á su país es el primer deber del hombre ci-
 » vilizado. En mi situacion tengo muchos in-
 » tereses que conciliar y muchos deberes que
 » llenar..... Quiero á vuestra nacion; durante
 » diez y seis años he visto vuestros soldados
 » pelear á mi lado. Alabo lo que habeis hecho;
 » autorizo los esfuerzos que intentais hacer, y
 » haré todo cuanto pueda para ayudar á vues-
 » tras resoluciones. Si vuestros esfuerzos son

» unánimes, podeis concebir la esperanza
 » de obligar á vuestros enemigos á reco-
 » nocer vuestros derechos..... Os hablé del
 » mismo modo cuando entré por la pri-
 » mera vez en Polonia, debo añadir que he
 » salido garante de la integridad de los domi-
 » nios del Austria. » Esta contestacion dictada
 » por la mas sana política y por unas circuns-
 » tancias imperiosas, quito la ilusion á los Po-
 » lacos sin que dejasen de dar las mayores prue-
 » bas de adhesion, y descontentó á los France-
 » ses, que se habian complacido de antemano en
 » ver restaurar el reino devorado por el injusto
 » triunvirato. Hizo creer que Napoleon, po-
 » niendo en duda su propia fuerza, dudaba del
 » feliz éxito de su empresa, y que cometia una
 » gran falta. Poco antes de esta contestacion,
 » el general Baladroff, edecan del Emperador
 » Alejandro, y su ministro de policia, habia
 » venido á Wilna, como parlamentario, de
 » parte de aquel príncipe, que proponia volver
 » á entrar en el sistema continental y entenderse
 » sobre todos los puntos litigados, bajo la con-
 » dicion de que el ejército frances se retiraria
 » detras del Niemen. Napoleon ofreció tratar
 » inmediatamente en el mismo Wilna, y todo

hace creer que los dos Emperadores se hubieran conciliado; pero no pudiendo comunicarse sino por embajadores; la guerra continuó.

Los ejércitos de los duques de Tarento, de Reggio, de Elchingen y del rey de Nápoles, se formaron uno tras otro sobre las orillas del Dwina, que protegía á los Rusos en su campo atrincherado de Drissa, donde el emperador Alejandro teniendo á Barclay de Tolly bajo sus órdenes, aguardaba con ansia noticias de sus demas generales dispersos y sobre todo de Bagracion, cuya ruina Napoleon tenia preparada. Pero el rey de Westfalia perdió dos veces un tiempo precioso para perseguir la retaguardia de este general enemigo; y aunque Davoust, encargado de destruirle, hubiese mostrado mucha audacia y firmeza delante de él, no salió ó no pudo salir á tiempo de Minsk para acabar con él. Sin embargo, Napoleon, convencido de la imposibilidad de remediar todavía el mal, pasó nuevas instrucciones á su lugar-teniente, así como á Gerónimo, y prescribió al príncipe de Schwartzemberg, que perseguía también á Bagracion, de venir á situarse entre la selva de Bobruisk y los

pantanos de Polotsk. Estas fueron las ocupaciones de los diez y siete dias pasados en Wilna que se han reprochado, aunque acaso con injusticia, al gran capitán acostumbrado á aterrar á sus enemigos con golpes y rayos impensados.

Alejandro habia ofrecido en unas proclamas fastuosas, combatir y vencer en Drissa. Napoleon salió de Bloukoboë para dar una batalla para la cual lo habia dispuesto todo. Al acercarse, el Czar no se atrevió á contar, para resistirnos, con dos ejércitos separados uno de otro, mandó evacuar aquel campo famoso que habia costado un año de trabajos inmensos, y se marchó á San Petersbourg, con el fin de acelerar el alistamiento general exigido por la seguridad del imperio. De manera que cuando todos nuestros cuerpos de ejército llegaron el mismo dia y á la misma hora á Bechen Kowilchi sobre el Dwina, Napoleon halló solamente mas allá del rio á unos pocos dispersos. Se dió prisa en marchar sobre Witepsk, despues de haber dado sus órdenes al duque de Tarento que se dirigia hácia Riga, y al duque de Reggio, á quien mandó destruir el campo de Drissa, ocupar á Polotsk,

llegar á Sebege antes que Wittgenstein, y cortarle la retirada sobre San Petesbourg. En aquel instante se oyeron cañonazos que parecían anunciar una batalla con Barclay de Tolly, decidido á disputar la entrada de Witepsk; pero no hubo sino un encuentro de vanguardia en Ostrowno, que fue sin embargo bastante sério, y en el cual el valor brillante de Murat y de Eugenio, y la intrepidez de nuestros valientes soldados triunfaron de la constancia inalterable de los Rusos. Otra acción todavía mas reñida tuvo lugar, mas allá de Ostrowno, con los cuerpos de Palhen y de Ostermann. El Emperador sobrevino en el momento necesario para acabar la segunda victoria, echando al enemigo de un bosque donde parecía que hacia ánimo de quedarse despues de la retirada. Al amanecer, nos hallabamos á dos leguas escasas de Witepsk. El 27, el Emperador, que estaba en la vanguardia, presenció un tercer combate con diez mil Rusos entre caballería é infantería. Tenian una excelente posicion y mucha artillería, y nuestros soldados se hallaban precisados á pasar un barranco debajo de su fuego sobre un pequeño puente; pero á pesar de es-

tos obstáculos, el enemigo no pudo sostener nuestro ataque; allí fue cuando doscientos volteadores parisienses del 9º de línea excitaron la admiracion de todo el ejército por su heroica resistencia á una nube de lanceros; al ver este espectáculo, Napoleon exclamó: *Todos merecen la cruz de honor!*

Los dos ejércitos se hallaban en presencia, separados solamente por el arroyo Lutchissa. Barclay de Tolly se resolvió á admitir la batalla, no pudiendo ya evitarla, sopena de renunciar á reunirse con Bagracion. Napoleon, convencido de que la victoria no podia ser dudosa, se preparó con un gozo increíble á coger la ocasion que se ofrecia; pero un correo de Bagracion, salvado milagrosamente de nuestras manos, mudó la resolucion de Barclay de Tolly, que retrocedió y nos dejó dueños de todo el país, situado entre el Dwina y el Boristhenes, así como de la ciudad de Witepsk abandonada por sus habitantes.

Napoleon concedió á sus tropas un descanso necesario alrededor de esta ciudad, y mientras tanto dió orden á los cuerpos de ejército mandados por Schwartzemberg, el duque de Belluno y el duque de Castiglione, de acudir al

socorro de Reynier que se veía obligado á retroceder delante de Tormasow. El general San Cyr, á la cabeza de los Bávaros, sostenía al duque de Reggio, que primero tuvo que retirarse, y que habiendo sido victorioso después, no supo aprovechar sus sucesos y se retiró delante de Wittgenstein, hasta Polostk. El duque de Reggio volvió á tomar la ofensiva, y persiguió hasta su ruina total á los Rusos que tenía enfrente. El duque de Tarento, dueño de Dunabourg, ocupado sin disparar un tiro, concurrió á esta operacion importante. Una actividad inconcebible señalaba la presencia de Napoleon en Witepsk. Recibir despachos, dictar órdenes, conferenciar con sus generales, cuidar de las subsistencias, del servicio de los hospitales y de las necesidades de sus soldados, aliviar sus trabajos, repartirles recompensas por sus hazañas, administrar y gobernar con la misma regularidad que en las Tullerías, he aquí como empleaba sus días; consagraba las noches á las mas altas meditaciones militares, y á buscar los medios de asegurar el feliz éxito de una campaña, cuyo resultado seria acabar todo. Lejos de espantarse por los nuevos obstáculos

suscitados por la paz inconcebible de Bucharest, por la defeccion todavía mas extraordinaria de Bernadotte, por la reunion de los ejércitos enemigos, por la profunda exaltacion del pueblo ruso, á quien el mismo Czar ponía la espada y la antorcha en la mano, en nombre del cielo y con imprecaciones horrendas contra su amigo de Tilsitt y su héroe de Erfurth, Napoleon se mantenía siempre mas constante, aunque advirtiese en su propio cuartel general murmuraciones y una cierta flojedad.

El Emperador se empeñaba en la guerra para conquistar la paz, y, mientras que los enemigos abandonaban las inmediaciones de Smolensk para dirigirse sobre Witepsk, su ingenio, inflamado por la gravedad de las circunstancias como por la importancia del fin que se proponía, parió la concepcion admirable de marchar con rapidez sobre la orilla izquierda del Dnieper, donde Davoust nos estaba aguardando ya, desorprender á Smolensk, de volver á pasar el rio sobre los puentes de aquella ciudad, y de atacar por la espalda á los ejércitos que la habian abandonado. En cuarenta y ocho horas, ciento ochenta y cinco mil hombres ejecutaron este movimiento con

tanta precision y tanto secreto, que los dos generales enemigos solo supieron el peligro que corrian por las noticias que recibieron de Smolensk. Durante las marchas inciertas y desordenadas de Bagracion y de Barclay de Tolly, Smolensk, enteramente desprovisto, no podia cerrar sus puertas á los Franceses, victoriosos en dos combates. Bagracion que fue el primero que tuvo aviso de nuestra maniobra, volvió atrás y luego Barclay le siguió. La ciudad iba á caer delante del ímpetu de Ney; pero fue socorrida por veinte mil hombres, al mando de Rajowski, que no tardaron en ser apoyados por nuevos refuerzos. Napoleon viendo á los dos generales acudir con todas sus fuerzas, exclamó como en Austerlitz: *Mios son*. Pero los enemigos se guardaron muy bien de exponerse á tan terrible lance contra el primer guerrero del siglo á quien obedecia un ejército digno de su gefe, y que estaba anhelando por combatir. El movimiento de Barclay de Tolly, que temiendo tener cortada la retirada sobre Moscú, envió á Bagracion á tomar posicion sobre el camino real, y se quedó en reserva sobre las alturas de la orilla derecha, dió á conocer

á Napoleon que debia renunciar á una batalla general; se resolvió á apoderarse de Smolensk á viva fuerza. La accion empezó á las dos de la tarde con el ataque de los arrabales de Roslaw y de Mitislaw, por los generales Morand y Gudin. Sobre la orilla izquierda del Dnieper, el general Ledru bajo las órdenes del mariscal Ney entró en el arrabal de Krasnoï; pero experimentamos por todas partes una resistencia fuerte y obstinada. Hacia nuestra derecha, los Polacos, mandados por Poniatowski, inflamados con la vista de Smolensk, teatro de las hazañas de sus abuelos, y que durante un siglo habia dependido de la Lituania, rodearon el arrabal de Nicolskoï, donde hicieron una mortandad horrible. Entonces la caballería del general Bruyeres, habiendo echado á la de los Rusos de las avenidas del arrabal de Raczewka, ocupó una altura que domina á la ciudad, donde se estableció una batería de sesenta cañones que disparaba á metralla sobre las tropas que cubrian la ribera opuesta. A las cinco, todos los arrabales de la orilla izquierda fueron tomados á viva fuerza bajo los ojos del Emperador, y los enemigos rechazados hasta el pie de las

á las avanzadas del príncipe de Ekmühl y á la caballería, mandada por Murat que estaba andando hácia Wilna, capital de la Polonia rusa, ciudad fuerte y grande, alrededor de la cual Alejandro, sorprendido en el bayle por la noticia del paso del Niemen, quiso desde luego reunir su ejército. Todo anunciaba una batalla general, y Napoleon se estaba preparando á una victoria infalible; pero fue en vano; el enemigo voló el puente de Willia, quemó sus almacenes, y nos dejó dueños de Wilna. La rapidez de nuestros progresos determinó esta retirada que se hizo con el mayor desorden y abandonando todos los cuerpos aislados á la aventura. Las primeras maniobras de Napoleon surtieron tan buen efecto que los generales Baggovouth, Witgenstein, Doctoroff, Dorokoff, Platoff, el gefe de los Cosacos, vinieron uno tras otro á pegar con nuestros batallones sobre todas las avenidas de Wilna, y tuvieron que escapar como pudieron cada uno por su lado. Bagracion y su ejército iban tambien extraviados y separados de Barclay de Tolly, con quien intentaban en vano reunirse. Napoleon continuaba dirigiendo sus fuerzas contra las tropas que venian á reu-

nirse contra nosotros sobre el Dwina, y esperaba destruir á un tiempo al ejército de Bagracion y á las demas columnas que habian sido cortadas á nuestras espaldas. Mientras tanto, estaba aguardando noticias en Wilna de las operaciones de sus generales, proveia á todas las urgencias de la administracion del ejército y establecia una policia militar con el fin de reprimir los desórdenes, cien veces mas temibles que las derrotas. Estableció un gobierno provisional para la Lituania, que nos acogió como á unos libertadores, á pesar de las incomodidades causadas por el paso de tantos miles de hombres sobre su territorio. Entretanto, el 26 de junio, la dieta proclamó el restablecimiento de la Polonia, y dió la señal de la libertad á toda la nacion. Inmediatamente despues de esta grande acta de patriotismo y de audacia que conmovió en Europa á todos los corazones generosos, todos los ojos se dirigieron hácia el conquistador, de quien se esperaba la resurreccion de la patria de Sobieski y de Koksiusko. Una diputacion, presidida por el senador Wibicki, trajo una representacion de la dieta á Napoleon y le dijo: « Que los Polacos no habian

murallas. El cuerpo entero de Bagowouth acudió al socorro de Doctorow, que se veía en el último apuro. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, con una division de granaderos, procuró disputar á Davoust la puerta de Nicolskoï contra los Polacos victoriosos. A las seis de la tarde, el cañon estaba batiendo las murallas de la ciudad. Los obuses echaron á los Rusos de las obras avanzadas; al mismo tiempo, las baterías dispuestas por el general Sorbier imposibilitaron á los enemigos la ocupacion de todos los caminos cubiertos. Se preparó el asalto, y para hacer decisiva esta terrible resolucion, y con el fin de encerrar la guarnicion en un recinto de fuegos, nos acercamos á la plaza por el lado del Dnieper y nuestra artillería fue dirigida sobre los puentes. Smolensk, que ya no podia dejar de caer en nuestras manos, iba á entregarnos los restos formidables de sus cuarenta mil defensores, pero Barclay los llamó, valiéndose de la noche. Entramos en Smolensk enmedio de las llamas. Esta jornada, en que cien mil hombres pelearon por ambas partes, comprobó nuestra superioridad sobre un enemigo protegido por sus fortificaciones, por un gran río y por todas

las ventajas de una posicion formidable, causó á los Rusos una pérdida inmensa, y nos costó tambien muy caro. La relacion de una accion tan encarnizada, cuyo único resultado fue una ciudad hecha cenizas, produjo en Francia una sensacion dolorosa como el boletin de la batalla de Eylau. Pero, en tomando posesion de su conquista, el soldado frances, á pesar del horrendo espectáculo que se ofrecia á sus ojos, andaba orgulloso al ruido de una música guerrera, y solo pensaba en la gloria. Algunos gefes solamente empezaban á hacer algunas reflexiones penosas y mezcladas de un cierto desaliento. Napoleon se mantenía impertérrito, pero no inaccesible á la piedad; sus cuidados y sus órdenes salvaron todo cuanto pudo salvarse, tanto de hombres como de efectos, en aquel desastre. Era á la vez la providencia de los vencedores y de los vencidos. Entretanto, hizo perseguir á Barclay de Tolly por el príncipe de Ekmühl y por la caballería del rey de Nápoles, y mandó al duque de Abrantes situarse detras del enemigo, mas allá de los desfiladeros de Volontino. Si esta maniobra se hubiese ejecutado con acierto, acaso el ejército ruso hubiese depuesto las ar-

caballo al rayar el alba. Por la mañana recibió dos correos; el uno, M. de Beausset, le trajo cartas de la Emperatriz con el retrato del rey de Roma; Napoleon se entregó por algunos instantes á los sentimientos de padre. El segundo correo, el coronel Fabvier, le anunció la pérdida de la batalla de los Arapiles por el mariscal duque de Ragusa, tan fatal á nuestras armas. Este delito militar indignó á Napoleon; pero no le desanimó; al contrario, cobró nuevas fuerzas para la victoria que iba á conseguir. Siguió reconociendo los puestos y pasó el resto del día haciendo los últimos preparativos. El día siguiente 7, Napoleon salió de su tienda, se dejó ver á sus oficiales y les dijo: «Hace un hermoso día, este es el sol de Austerlitz.» En seguida montó á caballo y todo el ejército se puso sobre las armas para oír la siguiente proclama, cuyo carácter grave, enérgico y sencillo, contrastaba con las brillantes proclamas del ejército de Italia.

«SOLDADOS!

«He aquí la batalla que tanto deseabais. La victoria está en vuestras manos; la necesitamos para proporcionarnos la abundancia,

» buenos acantonamientos y una pronta vuelta á la patria. Portaos como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk y en Smolensk, y la posteridad la mas remota citará con orgullo vuestra conducta en esta jornada. Se dirá de vosotros: Se hallaba en esa gran batalla en las llanuras de Moscú!»

En llegando enfrente del reducto tomado la víspera por el general Compans y Desaix, dirigidos por el príncipe de Eckmühl, se atacaron las posiciones de Bagracion. Poniatowski acometió por el camino viejo de Smolensk. Todo salió bien al principio; pero Rapp, Desaix y Compans, habiendo hallado una resistencia terrible, el suceso quedaba incierto, cuando el mariscal Ney, situado casi sobre la línea de ataque, recibió del Emperador la orden de volver á empezar el combate. Entretanto, el virey se apoderó de Borodino y los dos mariscales lograron por fin tomar á viva fuerza los reductos de Bagracion que quedaron en nuestro poder, á pesar de sus esfuerzos para volverlos á tomar. El ala izquierda de los Rusos no tenia ya apoyo, y, durante el movimiento, mandado hacer por Napoleon al príncipe de Eckmühl, Bagracion, viéndose comprome-

tido, llamó á Kutusoff á su socorro, pero éste atacado por el príncipe Eugenio, dueño de Borodino, no pudo impedirnos forzar su grande batería del centro, á pesar de los refuerzos que no cesaba de enviar á la division Paskevitch. Entonces Kutusoff dirigió sus masas sobre la derecha. Napoleon, que lo habia previsto, hizo marchar sus reservas con una batería de ochenta cañones. Los Rusos se precipitaron para atacarla; pero los carabineros de Lepaultre y de Chouars, los coraceros de Saint-Germain, los húsares de Pajol y de Bruyeres se abalanzaron por su parte y consiguieron una victoria sangrienta. En fin, el Emperador cuya atencion habia sido llamada un momento hácia el punto donde estaba el príncipe Eugenio por el *houra* de ocho regimientos de Suvoroff y de algunos miles de cosacos de Platoff, se dispuso, segun su costumbre, á romper la línea del enemigo, renovada por la tercera vez. Una artillería inmensa estaba vomitando la muerte por ambas partes, en un espacio de dos leguas. A la derecha, Poniatowski ganaba terreno á pesar de todos los obstáculos. A la izquierda, el príncipe Eugenio dirigia tres divisiones sobre los parapetos del gran reducto;

al centro, el Emperador llegó hasta la posición de Semenowskie; los soldados franceses y rusos impasibles, durante mucho tiempo, debajo de la metralla, se alcanzan por fin unos á otros y empeñan un tercer combate á bayoneta calada, mas terrible que los otros que habian precedido. El ataque y la resistencia presentaban el mismo carácter de encarnizamiento; pero al cabo, gracias á los esfuerzos de Davoust, al heroismo del mariscal Ney, nuestra caballería, mandada por Murat, pudo desplegarse y decidir la accion arrollando el centro de Kutusoff. En aquel momento, Monbrun que peleaba á la cabeza de los coraceros, cayó muerto. Augusto Caulincourt tomó su lugar y penetró por la garganta del gran reducto invadido por el otro lado por el príncipe Eugenio. Se volvió á armar sobre aquel punto un combate terrible que tuvo fin con la muerte de todos los Rusos. Nuestro triunfo quedó completo con la retirada del enemigo, perseguido por la caballería de Grouchy y por los brillantes sucesos de los Polacos de Poniatowski sobre las tropas de Tutchkoff y de Baggovouth. Con todo, los restos del ejército ruso se detuvieron sobre el

barranco de Psarewo y se quedaron allí sin que se supiese por qué, espuestos al fuego de nuestras baterías, que hasta la noche les causaron un daño inmenso. Dependia de nosotros exterminar enteramente á los Rusos, pero era preciso valerse de la guardia imperial, y exponer un cuerpo todavía intacto que podia salvar el ejército en un peligro, ó asegurar la victoria en una segunda accion. Una prudencia tan altamente justificada por el resto de la campaña, impidió que Napoleon diese un segundo golpe á Kutusoff.

Esta batalla, que no fue bastante decisiva, nos costó doce á trece mil hombres fuera de combate, y nueve mil muertos. Apenas hubo division que no tuviese que llorar la muerte de uno ó varios de sus gefes. Perdimos los generales Plauzolle, Romeuf, Marion, Bonami, Compere, Huart, Monbrun, Lanabere y Augusto de Caulincourt, y fueron heridos muchísimos oficiales. La pérdida de los Rusos fue de cincuenta mil hombres, entre ellos el príncipe de Bagracion, el general Koutaisoff y los dos generales Tutchkoff. Los Franceses se apoderaron de cincuenta cañones y de algunos miles de prisioneros. El mariscal Ney, digno de la

mas magnífica recompensa, fue titulado *príncipe de la Moskowa*. Davoust y el virey, que acaso habian hecho tanto como Ney, no manifestaron envidia; Compans, Gerard, Morand, Caulincourt, Monbrun, Poniatowski y sus Polacos, y los generales de artillería Forestier, Sorbier, Lariboissiere, etc. etc., contribuyeron poderosamente á la victoria.

Kutusoff, despues de haber empezado su retirada hácia el camino de Moscú, por donde se le perseguia con vigor, dejó dudar por su viva resistencia en Mojaïsk, si intentaba empeñar una segunda batalla en la hermosa posicion de Fili, media legua mas acá de Moscú; pero el 14 de septiembre, las tropas del feldmariscal experimentaron el dolor de abandonar todavía esta posicion sin combatir, y de atravesar, en actitud de vencidas, la antigua capital de la Rusia, cuna del imperio. Hubo oficiales y soldados que lloraban de rabia y de desesperacion. La retirada de Smolensk, que se miraba como una cobardía y casi como una traicion, habia llenado de indignacion á todos los corazones rusos; se puede juzgar del efecto que produjo la evacuacion de Moscú, de la ciudad santa, por un ejército que la vis-

pera se decia todavía victorioso, por el vencedor de los Turcos en Roudschouk, por el general, á quien se habia llamado como á un libertador, y que, despues de haber jurado sobre sus canas de defender hasta el último trance la antigua capital de los Czares, la dejaba abandonada al alvedrío de Napoleon. Pero, lo que apenas se puede creer, al momento mismo en que su derrota le obligaba, durante la noche que siguió la batalla, á mandar efectuar la retirada por no verse cortar el dia siguiente el camino de Moscú, y acosar sobre la Moskowa, Kutusoff tuvo el atrevimiento de escribir á los dos generales en jefe de su ejército, que el ejército frances habia sido batido completamente en Borodino. Mandó publicar esta noticia en Moscú y su audacia llegó hasta el punto de escribir á su soberano en este sentido. Dos boletines, redactados en el cuartel general y publicados en San Petersbourg, referian que los Rusos habian conseguido una victoria decisiva, que la guardia imperial habia sido destruida, y mas de cien cañones tomados. El principe virey, el principe de Ekmühl y el duque de Elchingen con mil prisioneros, habian caido en ma-

nos de los Rusos, y el general Platow perseguia al enemigo con treinta mil Cosacos que habian arrollado á nuestra caballería en la accion general. Estas mentiras, que deshonran para siempre el nombre de Kutusoff, fueron premiadas con las mas brillantes recompensas. Entretanto, la retaguardia rusa apretada por el flanco y por la espalda, por el rey de Nápoles y por el principe virey, corria el riesgo de perecer ó de ser cogida en las calles de Moscú; Miloradowitch, para salvarla, propuso una suspension de hostilidades, y notificó que pegaria fuego á la ciudad, si se le estorbaba la retirada. Se le prometió verbalmente dejarle salir. Pero Murat se disponia ya á apoderarse por asalto del Kremlin defendido por algunos miles de miserables excitados por Rostopchin. Desde las alturas del monte Salud, que domina á Moscú, vimos á esa gran ciudad, mitad oriental y mitad europea, con sus ochocientas iglesias, sus mil campanarios y sus cúpulas doradas, en que resplandecian los rayos del sol. Nuestros soldados admirados, como lo fueron sus compañeros al aspecto de Tebas de las cien puertas, exclamaron dando palmadas: Moscú! Moscú! Iban repi-

mas, ó á lo menos hubiera experimentado un daño irremediable.

Barclay de Tolly se retiró primero sobre San Petersbourg; luego mudó de camino y maniobró sobre el camino de Moscú para reunirse á Bagracion. Luego que Napoleon lo supo envió á toda prisa al mariscal Ney que halló al enemigo retirándose despacio y resistiendo á cada altura que encontraba, y á cada paso el número de nuestros contrarios iba creciendo. Napoleon envió refuerzos á su lugar-teniente y al mismo tiempo despachó al general Gourgaud para informarse del estado de las cosas. A las doce de la noche, Gourgaud volvió y dió las noticias siguientes: los refuerzos habian llegado; el mariscal habia dado un combate terrible y glorioso; pero Junot, despues de haber pasado el Dnieper al punto señalado, no quiso obedecer, aunque le instase el rey de Nápoles, y á pesar de las órdenes positivas del Emperador. Con su inaccion criminal, preservó á Barclay de Tolly de una ruina total, supuesto que su situacion era desesperada hallándose en un destiladero estrecho y separado de Bagracion y con la salida cerrada por todas partes por la prevision de Napoleon. Amigos

y enemigos, todos conocieron que Barclay de Tolly estaba perdido á no ser por la inconcebible desobediencia de Junot, que en la antigua Roma la hubiera pagado con su cabeza; pero Napoleon le perdonó, acordándose, sin duda, del sargento de la Costa de Oro, su intrépido secretario, y de los muchos servicios del oficial que le salvó la vida en Egypto. A pesar del sentimiento que tuvo del resultado incompleto de la victoria de Volontino, se mantuvo sereno para distribuir magníficas recompensas á sus soldados en una ceremonia cuyo teatro era un campo cubierto de destrozos sangrientos, y en donde el entusiasmo de la gloria, excitado al grado mas alto por su presencia y por sus palabras, borraba las imágenes de la muerte esparcidas por todas partes.

En Smolensk, la falta del duque de Abrantes y sus consecuencias funestas; la salvacion milagrosa del ejército ruso; la fatalidad que, en su ausencia, desconcertaba las operaciones mas bien combinadas y las mas decisivas, la batalla general que se iba alejando siempre; la flojedad del príncipe de Schwrtzemberg en sostener al general Reynier victorioso, en Chorodezna, de Tormasow amendretado por la

llegada del duque de Belluno sobre el Vistula, en Volhinia; el reves inesperado de sesenta mil hombres confiados al duque de Reggio, contra Wittgenstein, mas débil que nosotros; tales eran las ideas que perseguian á Napoleon al volver de Volontino. Estaba meditando profundamente, y casi con disgusto, titubeando entre si habia de seguir adelante ó quedarse en Smolensk. Pero, derepente, el general Gouvion San Cyr remedió las faltas ó la desgracia del duque de Reggio en Polostk, y mereció el baston de mariscal que obtuvo. Las noticias del rey de Nápoles, del príncipe de Ekmühl, del general Grouchy eran favorables; los Rusos consternados se refugiaron á toda prisa, abandonando sus heridos. El ejército frances se dispuso á ir adelante á pesar de las murmuraciones de la debilidad, del desaliento y de las alarmas de un cierto número de hombres que en los combates eran todo fuego, y que temblaban de arrostrar de antemano los peligros y los obstáculos que acometieron despues con valor. Napoleon, habiendo tenido nuevos informes, puso en movimiento el ejército del virey y salió de Smolensk. Discurrió que una batalla se habia hecho

forzosa por parte de los enemigos para calmar y asegurar á la Rusia, indignada y consternada con la toma de Smolensk.

El 29 de agosto llegamos á Wiasma cuya poblacion estaba huyendo despues de haber pegado fuego á la ciudad; con todo, se logró salvar mas de la mitad del pueblo con muchas provisiones. Allí supimos que Barclay de Tolly, temiendo que llegase su sucesor el feld-mariscal Kutusoff, que acababa de tomar el mando, queria elegir otra posicion, y preparaba todo para combatirnos en el pueblo de Borodino á dos pequeñas jornadas de Ghjath, donde Napoleon se detuvo los primeros dias de septiembre. El 5, el ejército frances descubrió, á las dos, á todo el ejército ruso formado en batalla. El reducto importante de Schwardina, defendido con encarnizamiento por Bagracion en persona contra la division del general Compans, cayó en nuestro poder con toda la artillería que le cubria. Este lance fue el presagio de nuestro triunfo. Durante la noche, nuestras tropas desplegándose sucesivamente acabaron de ocupar sus puestos respectivos. El Emperador habiendo descansado algunas horas debajo de su tienda, montó á

tiendo las mismas exclamaciones, conforme entraban en la ciudad, añadiendo este verso del himno de los Marsellese de que se acordaban aun:

Ha llegado el día glorioso.

Los gefes tenían igual entusiasmo; el mismo Napoleon lo experimentó un momento; y se le escapó una exclamacion de felicidad. A las dos, se detuvo en una de las primeras casas del arrabal de Dorogomilow, y el día siguiente bajó al Kremlin; allí, contento con haber cumplido, á pesar de todos los obstáculos, con su plan gigantesco, se vanaglorió de verse dueño de la antigua capital del imperio moscovita, y miró con algun orgullo el trono y la efigie de Pedro I°. Ay! y cuán lejos estaban entonces de su pensamiento los desastres de Cárlos XII! Sin embargo, á la cumbre de la gloria, cerca estaba la mas espantosa catástrofe! En menos de veinte y cuatro horas, iba á estallar y ninguna señal la anunciaba. A la verdad, los mas de los habitantes desengañados de las mentiras de Rostopchin con el paso del

** Le jour de gloire est arrivé.*

ejército fugitivo de Kutusoff, habian salido de Moscú; pero una parte de la poblacion se habia quedado. Habiamos hallado mas de quinientos palacios abiertos con los criados en las puertas prontos á recibirnos; los mas ricos propietarios habian anunciado que volverian pronto, y habian dejado cartas para encomendar sus casas á los oficiales que habian de ocuparlas. La armería del Kremlin contenia sesenta mil fusiles ingleses, austriacos y rusos, y cien cañones; fuera de la ciudad, cuatrocientas mil libras de pólvora estaban encerradas en unos almacenes inmensos, con un millon de libras de salitre. Moscú por fin, todavía intacto y en pie, nos ofrecia recursos y cuarteles de invierno admirables. Napoleon todo lo dispuso en su pensamiento para aprovecharse de su conquista, restablecer el orden en la ciudad, la disciplina en su ejército y coordinar todos los elementos del nuevo sistema que habia concebido. ¿Qué habia temer? Kutusoff, batido, conocia demasiado bien la superioridad del ejército frances para intentar atacarnos en medio de Moscú. En caso que los demas generales rusos llegasen á reunirse con el feld-mariscal, teniamos á nuestras espaldas

el imperio del mundo! «*Cómo es posible,*» decia, quemar ellos mismos su capital! Qué horror! » El ejército que hizo inutilmente los mayores esfuerzos para salvar su conquista, quedó estupefacto. En medio de esta tempestad, los execrables instrumentos del gobernador fueron cogidos con las antorchas en la mano; Napoleon quiso interrogarlos él mismo; confesaron altamente su delito, y manifestaban un orgulo feroz por haber obedecido las órdenes de Rostopchin. Fueron entregados á una comision militar y pasados por las armas. Sus cadáveres desaparecieron en medio del fuego encendido por ellos mismos. Rostopchin vive y se gloria de haber tomado una de las mas heróicas resoluciones que pueda inspirar el amor á la patria. La cuestion de saber si tuvo á su amo por cómplice, queda sepultada todavía en la obscuridad. Si algun dia se descubre que Alejandro haya decretado el incendio de Moscú, ¿con qué pretexto político ó moral podrá legitimarse semejante accion! Qué ese monarca vino en persona á inflamar todos los ánimos con un entusiasmo generoso! Pidió y obtuvo todas las pruebas, todos los sacrificios de una adhesion sin límites! Y en el mo-

mento mismo en que invocaba en nombre del cielo los auxilios de Moscú, tenia delante de sus ojos la imágen de la ciudad santa sentenciada al incendio por él mismo! Por fortuna se puede poner en duda semejante suposicion. En cuanto á Rostopchin, mirándole como el único autor de un atentado inaudito, casi se le ha querido levantar un altar; pero si este moderno Erostrates tenia un corazon humano, cómo es posible que, al momento de pegar fuego con su propia mano, por decirlo así, á la ciudad de Moscú, no le detuviesen las maledicciones de trescientos mil compatriotas reducidos á la última desesperacion! Cómo ha podido desentenderse de los tormentos de treinta mil heridos que iban á perecer en los hospitales donde estaban aguardando los socorros de la patria por la cual acababan de derramar su sangre!

Mientras que el fuego devoraba á Moscú, el Kremlin, defendido por sus altas murallas, parecia abrigado contra todo peligro; pero las chispas que caian dentro del pátio de la armería y las pavesas encendidas que llegaban hasta los cajones de municiones de la guardia, podian hacerlos volar; dos veces ya, el fuego

habia estallado en el recinto de la fortaleza; la noche se acercaba, y el viento aumentaba con violencia, el peligro crecia por instantes; Napoleon condescendió por fin con las repetidas instancias y las suplicaciones de sus principales oficiales, y se resolvió á salir de un lugar funesto en donde parecia que la magnitud del peligro le detuviese por una especie de poder que obra solamente sobre los hombres de un temple como el suyo, que repugnan en ceder á los obstáculos por insuperables que sean. Se dirigió por un sendero de fuego hácia el castillo de Petrowskie enmedio de los acantonamientos del príncipe Eugenio. Allí, viéndose privado de Moscú que ya de nada servia para sus designios, meditó durante dos dias, y en seguida declaró que queria marchar sobre San Petersbourg, retirándose hácia el bajo Dwina, para ir á atravesar los caminos de las provincias de Vilikielouki y de la grande Nowgorod, coger á Wittgenstein por la espalda, y dar la mano á los ejércitos del mariscal San Cyr, y del duque de Bellúno, á quien dió la orden de ir adelante hasta Pskow. Este movimiento atrevido infundió tanto miedo á Alejandro, que envió á Londres sus archivos

con sus tesoros los mas preciosos y llamó desde la Podolia al ejército de Tchitthakoff para cubrir San Petersbourg; pero este plan desanimó á los mas intrépidos excepto al virey. Representaron á Napoleon que era mejor dirigirse al mediodia hácia la Wolhynia, para acantonarse en un país mas templado, restablecer el ejército, reunir todos nuestros medios y volver á la primavera para atacar á los Rusos en el corazón del imperio. Napoleon cedió y volvió al Kremlin el 18 de septiembre. Moscú, aunque destruido, podia todavía suministrar víveres al ejército con bastante abundancia; se habian salvado algunos almacenes y la mayor parte de las bodegas estaban intactas. Los jardines estaban todavía llenos de legumbres de otoño. Napoleon se esmeró en establecer mucha regularidad en el uso de esos recursos preciosísimos. Entretanto, estaba esperando siempre que se le harian proposiciones de paz. Un incidente vino á proporcionarnos la ocasion de conocer las disposiciones del Czar. Hemos visto antes que el hospicio de los niños expósitos, protegido especialmente por la emperatriz madre, habia sido preservado del incendio. M. de Toutolmin sub-director del estableci-

miento, se presentó *al salvador de todos sus hijos*, y pidió permiso para enviar á la Emperatriz un informe en el que se insertaron insinuaciones de paz. Napoleon dió otro paso por medio de M. de Jacowleff, que salió el 24 de septiembre para San Petersbourg con una carta para el emperador Alejandro. Diez dias despues, Napoleon envió al embajador Lauriston al cuartel general de los Rusos para proponer una negociacion, empezando por un armisticio. El feld-mariscal Kutusoff, alegando la falta de poderes, se contentó con enviar á San Petersbourg al príncipe Volkonsky para comunicar al ministerio las proposiciones de Napoleon. Kutusoff era el coriféo del partido ingles en Rusia y enteramente opuesto á la paz; el emperador Alejandro que inclinaba á admitir la oferta, se hallaba bajo el influjo de aquel partido que le dominaba por el terror y le amenazaba casi con la suerte de su padre. De manera que la política derribó las esperanzas de Napoleon, que ignoraba la situacion crítica de su antiguo amigo, y se equivocaba, aunque discurrese acertadamente sobre lo que hubiera debido hacer Alejandro entregado á sí mismo.

Entretanto, los Rusos continuaban su retirada por el camino de Bronnityz y de Kolomna, procurando engañarnos sobre sus planes verdaderos; de repente, y valiéndose de la noche, dieron la vuelta al Sur para ir á situarse, por el camino de Podol, entre Kalouga y Moscú. Esta marcha, alrededor de la ciudad cuyas llamas alumbraban al ejército, tenia por objeto excitar la indignacion y la rabia de los soldados á quienes sus oficiales iban diciendo: « No se han contentado con haber quemado á Smolensk, el antiguo baluarte de nuestra patria, y con haber hecho cenizas á todas las ciudades por donde han pasado; han querido arruinar la ciudad santa. Las llamas, que veis devorando vuestra antigua capital, os prueban que su intento es destruir á nuestra nacion y á nuestra religion. » Napoleon pronto conoció el verdadero movimiento del ejército ruso, y dió sus instrucciones en consecuencia al rey de Nápoles, á Poniatowski y al duque de Istria. Los Rusos llamaron toda su atencion con unas tentativas atrevidas á mitad del camino de Mojaïsk á Moscú, cuya comunicacion fue cortada por una columna de tres mil hombres á quie-

nes rechazamos mas allá del Orcha. Mientras se ejecutaban sus órdenes, recibió noticias de Schwartzemberg, y vió con desagrado que el general austriaco se retiraba delante de Tomasow bajo el pretexto de la llegada del ejército del almirante Tchittchakoff; pero, reduciendo á su verdadero valor el número de soldados que componian este cuerpo, escribió á Schwartzemberg para decirle que no diese crédito á las exageraciones acostumbradas de los Rusos y que los atacase inmediatamente. Al mismo tiempo, pidió nuevos socorros á Francisco II. Dirigió otras cartas al rey de Prusia y á los demas aliados del continente para estimularlos. En aquel momento, las que llegaron de España descubrieron los nuevos resultados de la derrota del duque de Ragusa; tambien llegaron noticias poco favorables de las orillas del Dwina y del Báltico. Las órdenes de Napoleon salieron con la rapidez del relámpago para remediar ó prevenir el mal; se esmeró, sobre todo, en dictar reglas de conducta seguras y precisas para el duque de Belluno, que se habia quedado en Smolensk para vigilar sobre Minsk y Wilna. Las combinaciones de alta prevision de Napoleon y el

feliz éxito de las operaciones que meditaba y que habian de salvar al ejército, hubieran surtido todo el efecto que se prometia el Emperador si su teniente hubiese ejecutado sus instrucciones con exactitud y fidelidad.

Napoleon se estaba preparando desde el 5 de octubre á abandonar á Moscú que no podia servir ya como posicion militar. Dió parte de su retirada al rey de Nápoles, á los duques de Abrantesy de Belluno, á su ministro de relaciones exteriores y al duque de Bassano, prescribiéndoles, hasta en los pormenores, todo lo que tenian que hacer para auxiliar su movimiento, y para la seguridad de las comunicaciones de Moscú á Smolensk. Napoleon queria acantonar su ejército en el pais situado entre Smolensk, Mohilow, Minsk y Witespk. Allí, rodeado de sus reservas imponentes y de sus dos alas, apoyado sobre un pais amigo de la Polonia, y sobre seis líneas de depósitos y de almacenes de toda clase de provisiones reunidas con mucho cuidado, podia amenazar, cuando llegase la primavera, á la ciudad de San Petersburg. Cada dia iban ejecutándose sus disposiciones para la evacuacion. Los hospitales y

los heridos estaban andando hacia Smolensk, con todas las precauciones de un gefe hábil y de un padre de sus soldados. Hasta el 3 de octubre, primer día en que empezó á nevar, habia sido detenido por tantos quehaceres y con la esperanza de recibir de San Petersbourg unas contestaciones que no llegaron y que no debian llegar; pero en viendo este anuncio positivo de la mala estacion, se dió prisa en poner en marcha los cuerpos de ejército. Antes que saliesen, Napoleon, que desde mucho antes, habia prohibido las conversaciones entre las avanzadas y que preveia los inconvenientes que podian resultar de las comunicaciones casi amicales entre nuestros generales y los del enemigo, encomendó á Murat que se guardase con cuidado, que se mantuviese en cuanto lo pudiese en Winkowo ó que se replegase sobre la hermosa posicion de Woronowo; al mismo tiempo, el virey, destinado á ocultar nuestra direccion sobre Kalouga, mandó hacer con habilidad un movimiento en sentido opuesto sobre Demilzow. Todos los mariscales recibieron sus órdenes. El duque de Treviso y la jóven guardia se quedaron en Moscú ocupando el Kremlin hasta el momento

señalado. Existia una especie de armisticio, durante el cual el pérfido y astuto Kutusoff y sus generales, habian procurado y casi logrado engañar al rey de Nápoles con sus manifestaciones pacíficas. El 18 de octubre, Napoleon, al tiempo que estaba pasando revista al cuerpo de ejército del duque de Elchingen que iba á salir de Moscú, recibió las noticias siguientes; el ejército ruso habia venido á tomar posicion sobre el Nara; Beningsen, uno de los conspiradores que contribuyeron á la muerte trágica de Pablo I^o, habia pasado el rio, á las doce de la noche, y con el auxilio de los generales Baggowouth, Ostermann, Doctoroff, Orlow, Denisow y Muller, habia sorprendido y acometido á la division Sebastiani. El rey de Nápoles, viendo que el enemigo se proponia envolver enteramente nuestra ala izquierda, alcanzada ya por el general Muller, habia acudido inmediatamente al socorro. Mientras tanto, Kutusoff se habia adelantado con el resto de sus soldados; pero Murat y Poniatowski, haciendo prodigios de valor, habian burlado los planes de Beningsen y de Kutusoff. Este combate de una vanguardia contra un ejército era glorioso, sin

á doscientos sesenta mil hombres, puestos por escalones, de modo que podian venir sucesivamente á incorporarse con el ejército grande. Por otra parte, el carácter de Alejandro que Napoleon creia haber penetrado á fondo, le daba esperanzas de paz para la primavera. Por su lado, los soldados que habian mirado á Moscú como el término de sus trabajos y llenos de una confianza sin límites en el gran capitán, que hasta entonces parecia haber encadenado la fortuna para siempre, descansaban con placer y orgullo, rodeados por las magnificencias de la ciudad de los Czares. Todo, pues á nuestro rededor respiraba la esperanza, la calma y la seguridad. Pero el mismo gobernador de Moscú, quizás agente de esa política británica, á quien ningun delito repugnaba, con tal que causase la ruina de sus enemigos, despues de haber mandado construir un inmenso globo de incendio destinado á devorar á Napoleon en medio de su ejército, no habiendo logrado cumplir con su cruel intento, se habia vengado del mal éxito de su plan, encargando á su digno cómplice la fabricacion de cohetes y de estopas embreadas y azufradas. A la señal que dió Rostopchin, de

repente estalló un incendio horroroso; un sin número de forzados, á quienes llamaba hijos legítimos de la Rusia despues de haberlos sacado de los calabozos, y todos borrachos, se esparcieron por todas partes con antorchas y otros instrumentos de destruccion; sin embargo, los esfuerzos de la guardia y del duque de Treviso lograron salvar el bario donde estaba el hospicio de los niños expósitos; pero no podiamos luchar contra el fuego que estallaba por todas partes; habiendo Rostopchin tenido cuidado de quitar todos los medios de apagarlo. El 16, Moscú presentaba la imágen de una inmensa hornera que echaba torbellones de llamas y de humo con un ruido espantoso. Las llamas, cruzándose por todos lados, y atizadas por los vientos, presentaban la imágen de una tempestad abrasadora. Qué espectáculo para Napoleon! Cuál debió de ser su dolor al ver que su ingenio, su voluntad, sus recursos y sus soldados nada podian contra semejante desastre! Acostumbrado á mirarlo todo sin espantarse de nada, no podía concebir esta determinacion sin ejemplar, y que no hubiera cabido en su pensamiento, aunque con la ruina de Moscú hubiese logrado

duda, pero aunque los Rusos hubiesen perdido acaso mas gente que nosotros, Bagrowouth y Muller habiendo sido heridos mortalmente, la victoria nos costaba demasiado caro, en un momento en que teniamos que aborrrar nuestras fuerzas. La sorpresa de Winkovo descontentó en extremo á Napoleon. En efecto, y como si hubiese adivinado los proyectos de los Rusos, no habia cesado de encomendar á Murat, no solo de tomar las mas severas precauciones; pero tambien de informarse de sus menores movimientos sobre todas las direcciones. Napoleon salió de Moscú el dia siguiente con la vieja guardia, el primero y el tercer cuerpo. Murat se habia dejado engañar por los Rusos que tenia enfrente; Napoleon á la cabeza de un ejército de cien mil combatientes, observados por todas partes, enmedio de un pais en que todo paisano era un enemigo mortal ó un espía voluntario, iba á ocultar un movimiento inmenso á Kutusoff. Dirigiéndose primero por el antiguo camino de Kalouga, torció de repente sobre la derecha, y tomó con rapidez el camino nuevo. Los enemigos, engañados por una línea de tropas que quedaban enfrente mas acá del desfiladero de

Woronowo, no pudieron advertir la contramarcha del rey de Nápoles y de Poniatowski; se mantuvieron quietos en su acampamento de Tarantino que teniamos rodeado, y nos aguardaban al paso, cuando habiamos llegado ya á Borowsk y luego á Malojarslawetz, desde donde el ejército en una sola marcha podia adelantarse á Kalouga. En Borowsk supimos que el duque de Treviso habia salido de Moscú el 23 á las dos de la mañana, despues de haber volado el Kremlin; el mariscal, á la cabeza de la jóven guardia, traia consigo cuatrocientos heridos, encomendados con mucha solicitud por el Emperador. El general Wintzingerode, y su edecan Narischin, que se dejaron llevar de su ardor para llegar á la ciudad, cayeron prisioneros. Los Cosacos y los paisanos invadieron á Moscú luego que salimos del pueblo donde hallaron á muchos miles de heridos rusos que hubieran perecido víctimas de la pérfida retirada de Kutusoff y de la fria crueldad de Rostopchin, á no ser por nuestra humanidad. La recompensa de esta generosidad consistió en que seiscientos cincuenta enfermos franceses, que se hallaron demasiado débiles para seguir el ejército, fue-

tervalos demasiado largos, y dejaron la actitud defensiva para acometer al enemigo con una rara intrepidez. Su energía iba creciendo como el número de los enemigos. En medio de un vigoroso ataque, Delzons cayó muerto y fue reemplazado al instante por Guilleminot. Sus primeros esfuerzos fueron muy felices; pero los Rusos detenidos por él y por la muerte de Doctoroff, recibieron nuevos refuerzos; fue necesario llamar á la décimaquinta division francesa para sostener las otras dos. La segunda media brigada de esta division, dando un empuje vigoroso, volvió á apoderarse del pueblo y ocupó las alturas que le rodeaban; pero estos valientes, acometidos por fuertes columnas, y cogidos de flanco por la derecha del enemigo, cuya artillería los acribillaba, tuvieron que ceder al número y á las ventajas de la situacion. Entonces Eugenio mandó pasar el puente al coronel del segundo regimiento de la guardia real, Peraldi. Este oficial, reuniendo los restos de la segunda brigada de la décimaquinta division, que habia padecido tanto, atacó con rapidez al enemigo y le obligó á retroceder. Peraldi, socorrido por los refuerzos que el virey le envió

con mucha oportunidad, cobró mas audacia, y arrolló el ala izquierda de los Rusos. Un barranco profundo y escarpado detenia al coronel, y una batería, que se descubrió de repente, le causó pérdidas de consideracion; los Rusos, batidos antes, se reanimaron y volviendo con nuevos auxiliares echaron á Peraldi de su posicion. Pero el intrépido oficial logró rechazarlos. Durante estos esfuerzos, dirigidos con tanto acierto, el virey estaba observando, con la atencion la mas seria, las alternativas del combate de Malojarslawetz, que seguia con la mayor obstinacion por ambas partes. La ciudad, incendiada por los obuses de Kutusoff, fue tomada y vuelta á tomar hasta siete veces, quedando por fin en nuestro poder. El Emperador testigo de la accion, y pronto á trasladarse donde discurría que su presencia podia ser útil, daba sus órdenes y cuidaba de todo. Dejando todo el honor de la jornada al príncipe, alabó las hermosas disposiciones y el valor brillante de su hijo adoptivo, así como la constancia de los jóvenes soldados de Italia, alumnos ya de las viejas compañías de guerra. Desde su llegada, hizo sostener á Eugenio por dos fuertes bate-

rías sobre la derecha y sobre la izquierda, al mismo tiempo, dos puentes de caballete se establecieron, gracias á su prevision, arriba del puente del Ougea, para facilitar las comunicaciones, y para enviar socorros al momento oportuno; sin esta precaucion, nunca nuestras tropas hubieran podido salir victoriosas de una lucha tan desigual. La noche se acercaba, cuando las disposiciones del príncipe de Ekmühl, dirigidas por Napoleon en persona, completaron la victoria. Kutusoff, batido con setenta mil hombres por diez y seis mil metidos en un barranco y dominados por una ciudad edificada sobre una falda rápida y escarpada, reunió sus tropas cansadas, y tomó posicion mas atrás sobre el camino de Kalouga. Por esta vez, sin duda, no tuvo el atrevimiento de proclamar su triunfo.

Se discurria, en el cuartel general de Napoleon, sobre si el feld-mariscal intentaria otra vez arriesgarse á una batalla ó si se retiraria. Casi todos fueron de dictámen que Kutusoff volveria á atacar, y, admitiendo la hipótesis, aconsejaron casi unánimemente de evitar una accion general. Napoleon, con su golpe de vista seguro y rápido, fue de opinion que el gene-

ral ruso no pensaba sino en su retirada; el aspecto del campo de batalla, cubierto de muertos y de destrozos rusos, le confirmó en su modo de pensar. Pero Murat, Davoust, el conde de Lobau y muchos otros gefes se mantenian firmes en su dictámen. Segun ellos, Kutusoff se estaba preparando á empeñar una batalla, y todos, como si se hubiesen concertado, se esmeraban en multiplicar los argumentos. A la primera palabra de retirada pronunciada por sus generales, Napoleon exclamó: « Retroceder delante de Kutusoff, » retirarse delante de un enemigo cuando » acabamos de vencerle y acaso en el momento en que está aguardando una señal » para retirarse él mismo! » Este pensamiento era profético, y preocupaba fuertemente á Napoleon; el 26 por la mañana, llegó la noticia de la retirada de los Rusos. Ellos fueron los que huyeron, y el honor quedó satisfecho. Entonces Napoleon se allanó al dictámen unánime de sus tenientes, que era de volver á Mojaisck y Wiasma, y tomar el camino de Smolensk; influjo funesto de consejos tímidos que perdió al ejército grande. Si Napoleon solo hubiese seguido su inspiracion, ó bien

hubiera sorprendido y destrozado á los Rusos, ó si hubiesen logrado evitar que los atacásemos, se hubieran retirado detras del Oka, segun la órden que tenian, dejando abandonado á los Franceses un pais rico y un camino seguro, sea cual fuere la direccion que tomasen para volver á Polonia. Esta consecuencia resulta de lo que han escrito nuestros mismos contrarios, y particularmente M. de Bourtoulin; así es que hablan de la retirada de Kutusoff como de una falta grave que podía perderle. No sucedió así porque Napoleon, dejando aflojar una segunda vez su voluntad por representaciones importunas, no cortó con su espada el nudo gordiano, como lo había hecho en Italia y en Egipto, durante la campaña de Austerlitz y en la isla de Lobau. Se vió entonces un espectáculo singular; los dos ejércitos enemigos, presentándose la espalda y el campo, donde venian á chocar en una accion decisiva, quedando vacío y libre entre ellos.

Mientras que Kutusoff, siempre circunspecto, á pesar de las instancias y de las amenazas del fogoso comisario ingles Wilson, y casi siempre engañado sobre nuestros movi-

mientos, á pesar de los cuarenta mil Cosacos que aclaraban su marcha y la nuestra, nos buscaba hácia Mojaisk, seguimos el camino de Smolensk no lejos de Borodino. Este nombre renovaba recuerdos gloriosos que no podian borrar las tristes impresiones causadas por el aspecto del campo de batalla. Napoleon se detuvo en el grande hospital de Kolotskoï. Allí, viendo con dolor que sus órdenes para la evacuacion de los heridos no habian sido cumplidas con exactitud, mandó colocar dentro de los coches que iban desfilando, y dentro de los suyos propios, todos los enfermos que pudieron ser trasladados, encomendándolos á los facultativos de su casa. Los demas fueron entregados á la gratitud de los oficiales rusos que estaban todavía en el hospital, y que habian sido curados por nuestros cirujanos despues de la batalla. En seguida, se dió prisa en llegar á Giath y entró en Wiasma donde se quedó para aguardar á sus tropas, cuya marcha parecia demasiado lenta, segun la impaciencia que tenia. Entretanto, los Cosacos de Platoff intentaban inquietar al cuerpo del príncipe de Ekmühl, cerca de la abadía de Kolotskoï al mismo

tiempo que el coronel Kaizarow con una brigada de Cosacos atacaba á los equipages del virey. Todos estos insultos fueron rechazados con vigor. Napoleon sabia estas noticias; pero cuán diversas eran las que halló en los pliegos que se le entregaron en Wiasma!

Ibamos andando hácia Smolensk, y Belluno encargado de conservar este punto importante, lo habia confiado al general Charpentier, con el fin de acudir al socorro de San Cyr sobre el Dwina. El nuevo mariscal en vez de poder ayudar al duque de Tarento por el lado de Riga, solo pudo mantenerse habilmente contra Wittgenstein, y cuando este general se adelantó con veinte y cinco mil hombres de refuerzo, tuvimos que evacuar á Polotsk. Pero una accion brillante resultante de las acertadas disposiciones del mariscal, y ejecutada con resolucion por el general bávaro de Wrede contra el general ruso Steingel, nos puso en una hermosa actitud. La determinacion forzosa de Belluno debia mudar la faz de las cosas, tener por resultado la derrota de Wittgenstein, y hacernos dueños del curso del Dwina, atacando al enemigo inmediatamente; tales fueron las órdenes perentorias y reiteradas

de Napoleon. Las cosas estaban en peor estado sobre el Bug; Schwartzemberg, despreciando las instrucciones las mas formales, y retrocediendo al acercarse el almirante Tchitchakoff á quien podia destruir, abandonó la Volhynia, dejándose cortar el camino de Minsk, del Beresina y del grande ejército frances. Esta conducta militar inexplicable descontentó á lo sumo al Emperador; pero el príncipe anunciaba un movimiento hácia el camino del norte, abandonado por él con tanta imprudencia. La division Durutte estaba andando desde Varsovia para reforzarle. Con mucha energía y resolucion, y no perdiendo tiempo, podia salvar á Minsk y á nuestros almacenes amenazados por el almirante ruso que habia enviado ya partidas de caballería á Prujani y á Plonin. Con todo, ya era tarde, y el Emperador desconfiaba con razon de la lentitud austriaca, que acaso era una perfidia. Confiaba mas en los esfuerzos del duque de Belluno y en la marcha del ejército sobre Smolensk; sin embargo, quedaba siempre entregado á unas vivas inquietudes que no le quitaban la serenidad necesaria para despachar órdenes á Smolensk y á Wilna, relati-

vas á las provisiones del ejército y para tener corriente la correspondencia de Alemania y de Paris.

Kutusoff, convencido por fin de nuestra retirada sobre Smolensk, procuró llegar antes que nosotros á esta ciudad con todas sus fuerzas; era preciso tomarle la delantera. El 2 de noviembre nuestra vanguardia se hallaba á una jornada de Wiasma, y los demas cuerpos se acercaban; Napoleon dejó en aquella ciudad al duque de Elchingen para relevar en el mando al duque de Ekmühl, cuya marcha era demasiado lenta en una circunstancia tan urgente. Ney, despues de haber tomado todas las precauciones necesarias para facilitar las comunicaciones entre la derecha y la izquierda de su línea, ocupaba unas posiciones ventajosas sobre el flanco de Wiasma. De repente, el virey se vió atacado por Miloradowitch entre aquella ciudad y Federowskoë. Detener sus columnas, apoderarse de las alturas que cogian por la espalda á la izquierda de los Rusos, ir á atacarlos sobre el camino real, tales fueron las primeras resoluciones del virey. Al mismo tiempo, el príncipe de Ekmühl, á la cabeza del cuarto cuerpo, mandaba avanzar la

division Compans para abrir el paso, este primer choque arrolló á los Rusos y los echó mas allá de los bosques, donde su izquierda se apoyaba. Entonces los cuerpos franceses se formaron en batalla y se empeñó una accion terrible. Miloradowitch, á pesar de todos sus esfuerzos, y aunque tuviese una caballería muy superior á la nuestra, no pudo lograr el suceso que se prometia de la marcha hábil y rápida que le habia traído delante de nosotros. Ney, atacado hácia Wiasma por Raescoff, no solo sostuvo este ataque, que fue terrible, sino que pudo enviar un regimiento para sostener á Eugenio. En fin, el enemigo, despues de cinco horas de un combate reñidísimo, nos abandonó el campo de batalla, perdiendo mas de seis mil hombres muertos ó heridos. Perdimos tambien mucha gente. El ejército principal de los Rusos, puesto entre Suleiki y Krasnoë, oia los cañonazos de Miloradowitch; pero Kutusoff, temiendo siempre la desesperacion de los Franceses, y acordándose de su reciente derrota en Malojarslawetz, no se atrevió á acudir al socorro de los suyos. Las tropas solas de Davoust y del Virey habian arrollado los veinte y cinco mil hombres de

ron puestos parte en unos carros, dirigidos sobre Twer, donde todos perecieron de frio y de miseria ó fueron asesinados por la escolta, y la otra parte se quedó en los hospitales sin víveres ni medicamentos! Durante los veinte años de guerra que hemos tenido, nuestros enemigos han hollado siempre las leyes de la humanidad, los convenios los mas sagrados y toda clase de empeños. El gobierno ingles, incesantemente encarnizado á la ruina de la Francia, habia infundido su execrable genio á la España, al Portugal, á la Italia, á la Alemania y á la Rusia, y con todo ha hallado apologistas en la misma Francia. Esta indignidad despedaza el corazon.

El ardid, ó por mejor decir, la hábil maniobra de Napoleon, le salió perfectamente bien. Con un momento mas, el mas feliz éxito iba á coronar nuestras esperanzas; el suceso parecia seguro, si el príncipe Eugenio ó mas bien el general Delzons hubiese ocupado á Malojarslawetz por una division entera como el Emperador lo habia mandado formalmente, teniendo aviso de la marcha del enemigo sobre aquel punto. Desgraciadamente sucedió lo contrario. Kutusoff, habiéndose enterado por

fin del movimiento del ejército frances, levantó su acampamento de Tarontino en la noche del 23 al 24 para llegar antes que nosotros á Malojarslawetz y sostener á Doctoroff, á quien habia enviado con el encargo de apoderarse de aquel punto. Dos batallones franceses solamente guardaban esta ciudad, y viéndose acometidos por el lado de Czinrickowa por unas fuerzas superiores tuvieron que retroceder; pero la décimatercia division acudió al socorro y Delzons volvió á tomar la posicion. La lucha se iba sosteniendo con lances diversos, cuando el ejército de Kutusoff llegó sucesivamente y se desplegó á nuestro rededor. En oyendo el primer cañonazo, Napoleon vino á escape de su caballo. Encontró en el camino á un correo del virey, y le mandó decir que se mantuviese firme á toda costa, anunciándole socorros. Al mismo tiempo estaba él mismo apretando la marcha de las columnas de Davoust, y corrió volando al combate. Llegó á las doce del día y vió empeñada una batalla terrible, de cuyas principales circunstancias estaba enterado. Las tropas francesas tomaron parte en la accion, una despues de otra, segun se necesitaba; pero acaso con in-

Miloradowitch ; el ejército frances continuó su marcha sin otros obstáculos que la importunidad de los Cosacos , que estaban siempre sobre nuestra retaguardia mandada por Ney , que siempre los rechazaba. Dentro de tres dias ibamos á llegar á Smolensk , donde nuevos desastres nos aguardaban. Caia una nieve muy espesa ; soplabá un viento impetuoso que cubría el horizonte de una nube sombría ; los caballos perecieron casi todos. La caballería andaba á pie y la artillería no podía seguir. Entre los hombres , los unos entorpecidos y helados , se veían acometidos por un sueño que les causaba la muerte , y los otros debilitados por el hambre y por el rigor del frio que helaba sus manos , no podían llevar sus armas ; los pocos que tenían bastante fuerza para valerse de sus fusiles tenían que disipar durante el dia una nube de Cosacos y no hallaban descanso ninguno durante la noche. Desde Wiasma , y sobre todo desde Berodikino , el desorden se introdujo en el ejército ; un sin fin de soldados de varios cuerpos andaban como una manada de carneros sin defensa , en medio del camino , y solo se apartaban para buscar un abrigo ó algunos alimen-

tos. Los infelices , sorprendidos por todos lados por los Cosacos ó por aquella poblacion de esclavos , que Napoleon se habia negado á sublevar contra sus amos , perecian á manos de esos hombres hechos unos tigres furibundos ó quedaban espuestos desnudos sobre la nieve , aguardando una muerte lenta y cruel. En medio de esta desorganizacion , un número inmenso de soldados y de oficiales , y todos los antiguos compañeros de guerra del Emperador , conservaban una serenidad , una constancia , una fuerza de voluntad , un vigor de accion que daba al resto de nuestro ejército un aspecto terrible que imponía á Kutusoff. Napoleon tenía la actitud de una alma grande luchando contra la adversidad. Los trabajos del ejército , su heroismo , la prevision de los proyectos del enemigo , las resoluciones que tenía en reserva para vencerle , la Francia inquieta , la Europa que podía escaparse , ocupaban sus pensamientos sin turbar su ingenio , aunque á cada instante nuevos motivos de alarma y quizás de indignacion se conjurasen para debilitar un valor necesario para sostener el espíritu de tantos individuos que cifraban en él sus únicas esperanzas.

ejército frances, hubieran hallado el cuerpo del duque de Belluno en Smolensk, y una administracion vigilante y fiel abasteciendo al ejército de todas las cosas necesarias, cuántos males no se hubieran evitado! Con todo, el carácter frances está tan inclinado al orden despues del desarreglo, que salieron de Smolensk mas de cincuenta mil hombres armados y, con esta parte escogida entre sus valientes, Napoleon tenia motivos de esperar todavía el triunfo sobre los males conjurados contra nosotros.

Los Franceses, á quienes precedió en Krasnoë y Liadi una masa de sesenta mil hombres enteramente desorganizados, salieron sucesivamente de Smolensk para alcanzar los puentes de Orcha. Los Rusos estaban preparados á recibirnos sobre el camino de Roslaw y de Mitislaw. Miloradowitch estaba delante de nosotros, y habiendo sido castigado varias veces por haber sido demasiado temerario, titubeaba esta vez en oponerse al paso del ejército. Pero lo que era mas grave, Kutusoff se dirigia hacia Krasnoë desde donde habiamos echado al general Ojarowski. El feld-mariscal se acercaba; con todo, el Emperador queria aguardar al Virey, al príncipe de Ekmühl y al du-

que de Elchingen que venian detrás. De repente, el camino se halló cerrado á la salida de Dubrowiska por veinte y cuatro mil Rusos mandados por Rajewski y Miloradowitch. El enemigo, ensoberbecido con la superioridad del número, acometió primero á una columna de mil y quinientos hombres bajo el mando de Guillemintot y separada del Virey, y luego se atrevió á intimar la rendicion á Eugenio. Se contestó á esta proposicion con una indignacion unanime y por la resistencia heroica de un puñado de soldados desordenados, hechos de golpe un cuerpo regular por la intrepidez de su gefe, debajo del fuego terrible de los Rusos. En vano se multiplicaron las intimaciones; estos valientes se obstinaron en desafiar á todos los peligros, y cuando vieron que ya no podian mantenerse en su puesto, se abalararon sobre las masas enemigas; la mitad pereció; la otra mitad logró reunirse con el Virey, á quien Guillemintot encontró peleando contra Miloradowitch que ocupaba el camino por donde habiamos de pasar; allí cuatro mil hombres cansadísimos y careciendo de todo, sin artillería, pero sostenidos por las acertadas disposiciones y animados por los ge-

nerosos ejemplos y el valor brillante del príncipe y de los demas gefes, arrostraron repetidas veces un cuerpo de ejército numeroso protegido por un bosque y por unas alturas cubiertas de una gran cantidad de artillería. Allí, trescientos hombres alcanzaron á esas alturas donde dos masas de caballería los acometieron con furor; el ímpetu y la constancia de los Franceses no pudieron forzar el paso, era preciso perecer ó rendirse. Llegó la noche; el Virey no se desanimó; por un ardid favorecido por las tinieblas y que engañó á los Rusos, la jóven guardia dió la vuelta á sus posiciones y unió al virey con el cuarto cuerpo situado por la prevision de Napoleon en Krasnõe. Miloradowitch, siempre incansable é inflamado de un mismo ardor aunque siempre desgraciado en sus ataques, procuró volver sobre el príncipe de Ekmühl y el duque de Elchingen. Kutusoff habia llegado á la cabeza del grande ejército ruso y estaba meditando nuestra entera destruccion. Mandó á sus generales marchar sobre nosotros siguiendo varias direcciones. El 15, Napoleon los previno en Chirkowa y Meliewo, donde destrozó al cuerpo de Ojarowski y detuvo al feld-ma-

riscal durante veinte y cuatro horas. Los movimientos del enemigo iban á empezar de nuevo. Napoleon supo que Beningsen, Strogonoff, Gallitzin y Miloradowitch, con mas de cincuenta mil hombres sostenidos por Kutusoff, intentaban cerrarle el camino y atacar á sus catorce mil soldados reducidos á un estado tan miserable. Napoleon podia y quizás debia evitar de correr á su pérdida, y retirarse sobre Orcha y Borisow, dando la mano al duque de Belluno y á sus demas reservas; tenia aun el camino abierto; pero cuidadoso de la suerte de sus dos tenientes, el príncipe de Ekmühl y el duque de Elchingen, resolvió, para salvarlos, atraer sobre sí mismo todos los esfuerzos del grande ejército ruso. El 17, antes que amaneciese, volvió á entrar en Rusia y á la cabeza de su vieja guardia se dirigió al centro del ejército ruso. Allí, trepando á pie las escarpaduras resbaladizas de las alturas del enemigo, apoyándose sobre un baston y expuesto por tres lados al fuego de una artillería formidable, dirigió en persona los mas violentos ataques contra los Rusos; á la derecha, y bajo las órdenes del mariscal Mortier, los restos de la jóven guardia conducida por el general Roguet,

algunos centenares de caballos de Latour-Maubourg, y una poca artillería dirigida por el impertérrito Drouot, prestaban un digno apoyo á tanta constancia. Mientras tanto, Claparede con un puñado de hombres defendía á Krasnoë contra los ataques multiplicados del cuerpo del general Rosen. El nombre, el ingenio y la presencia de Napoleon, pudieron solos impedir la ruina inevitable del resto de nuestro ejército. Los Rusos aterrados por la admiración ó por el terror retrocedieron. Todas las combinaciones de Kutusoff para envolvernos quedaron desconcertadas; suspendió las órdenes dadas á Tormasow, y llamó al centro á las tropas de Miloradowitch, como si hubiese necesitado reunir todas sus fuerzas contra nosotros. El príncipe de Ekmühl se aprovechó de esta circunstancia, y abriéndose el paso llegó al cuartel general. Quedaba el duque de Elchingen que habia salido de Smolensk demasiado tarde de veinte y cuatro horas, por la obstinacion de Davoust, y á quien Kutusoff esperaba destrozarse cuando saliese de aquella ciudad. Napoleon no podia arriesgar una batalla general que hubiera sido un desastre mas, aunque la hubiese ganado.

Entretanto, Kutusoff tenia reunido á todo su ejército que nos rodeaba, quedándonos una sola salida. Napoleon se vió precisado á sacrificar sus generosos sentimientos para salvar á su ejército y se puso en marcha con su vieja guardia para ocupar á Orcha amenazado por los enemigos; el cuerpo de Barasdin siguió su movimiento. Mortier y Davoust tenían el encargo de sostenerse en Krasnoë hasta la noche; llenaron este deber peligroso con una constancia admirable; entonces fue cuando el general Laborde á la cabeza de tres mil jóvenes soldados se retiró á pasos contados delante de cincuenta mil soldados y en medio de un granizo de balas y de metralla, quedaron en salvo; pero el peligro del duque del Elchingen iba creciendo; se hallaba solo en presencia de Kutusoff y sin esperanza de ser socorrido.

El 18, la vanguardia de Ney estaba al momento de llegar á Krasnoë, cuando topó con una batería de cuarenta cañones puesta sobre el camino y que dominaba el último barranco que teníamos que pasar. Los generales Dufour, Ricard y Barbanegre, y el coronel Pelet, á la cabeza del 15º ligero y de los 33º y 40º de línea, se abalanzaron á las baterías y arrollaron hasta

tres veces la primera línea de Miloradowitch ; pero, atacados de frente por las mejores tropas de ese general, cargados á la espalda por la division Pachewitch , á la derecha por los húsares de la guardia , á la izquierda por los granaderos de Pawlosk, y acribillados por la metralla , la mayor parte pereció al grito de *viva el Emperador , viva la Francia!* En seguida , juntando los que quedaban , Ney sucede á estos valientes ; destacó á cuatrocientos Ilirios sobre el flanco izquierdo del enemigo , y , poniéndose á la cabeza de tres mil hombres, asaltó las alturas donde estaba puesto un ejército entero con una artillería inmensa. Los generales Ledru, Razout , y Marchand seguian sus pasos. La primera línea de los Rusos se vió arrollada otra vez y la segunda tuvo la misma suerte. De repente , una descarga de toda la artillería echó al suelo á casi todos nuestros soldados y oficiales , y el resto retrocedió desordenadamente ; Ney, siempre sereno , volvió á formarlos detrás del barranco , que era su único abrigo , y se atrevió tambien á arrostrar las doscientas bocas de fuego de los Rusos. En el momento mas vivo de esta accion terrible , un mayor enviado por Miloradowitch vino á

intimar la rendicion al mariscal. Ney contestó como lo habia hecho Eugenio y detuvo al parlamentario que le dió la noticia que el Emperador habia salido de Krasnoë. Lo inminente del peligro y una resolucion animosa sugieren al coronel Pelet el pensamiento de aconsejar al mariscal la vuelta hácia Smolensk , y de buscar los medios de ir á Doubrowna por la orilla derecha del Dnieper. El Emperador , que habia adivinado este movimiento, habia mandado á Davoust quedarse lo mas que pudiese en Doubrowna ; pero Davoust no aguardó bastante tiempo , y , no menos funesto entonces por su prontitud que lo habia sido por su lentitud en Smolensk , poco faltó para que causase una segunda vez la ruina total de Ney. En efecto cuando éste , poco despues de la salida de Davoust , se sentó delante de Doubrowna , se halló con el puente destruido. No le quedaba otro partido que tomar que intentar el paso del rio , lo que efectuó á costa de su artillería y de sus bagages , y despues de unos esfuerzos increíbles. El mariscal halló en el lugar de Gusinoë algun alivio á sus trabajos ; en fin Ney , y sus intrépidos guerreros, reducidos

La retaguardia del duque de Elchingen, atacada cerca de Dorogobouge por la espalda y por el flanco, por Platoff y Miloradowitch, como en Wiasma, venció dos veces; pero tuvo que evacuar sucesivamente su posición de Gorki y la ciudad de Dorogobouge. El Virey, dirigiéndose hácia Witespk por Dukhowszina, pasó los mas rudos trabajos sobre unos caminos cubiertos de una nieve helada en que la subida y la bajada presentaban iguales peligros; con todo, rechazó á los Cosacos de Platoff, que le estaban inquietando sin cesar. La pérdida de mil y doscientos caballos atrasó su marcha, y esta lentitud inevitable permitió á Platoff llegar antes que nosotros á Dukhowszina donde nos estaba aguardando una nueva calamidad. El virey habia mandado echar un puente sobre el Woop; pero una avenida que sobrevino, se opuso al cumplimiento de sus órdenes. El rio cenagoso y encajonado presentaba un obstáculo casi insuperable; el Virey, ocupado en resistir á los Cosacos de Platoff, mandó á su guardia que vadease el rio. Entretanto, se habia establecido un pasamano, sobre el cual la artillería y los bagages iban desfilando; el pasamano se hun-

dió y nuestros cañones se hundieron tambien. Llegó la noche, y fue preciso detenerse sobre una orilla del Woop, mientras que la guardia con dos regimientos y parte de la artillería quedaba en el otro lado. No pudimos atravesar el Woop hasta el 10 de noviembre, abandonando sesenta cañones clavados y muchos bagages. El enemigo nos estaba aguardando enmedio del camino; le rechazamos aunque tuviese á sus órdenes un sin fin de Cosacos y bastante artillería; pero entramos en Dukhowszina; en fin, el príncipe, protegido por la division Broussier y con un resto informe compuesto de los mas valientes soldados del mundo, llegó á Smolensk, donde todo el ejército estaba reunido menos la retaguardia que venia detrás, oponiendo á los Rusos una resistencia heróica. Entretanto, el general Augereau capitulaba con mil y quinientos hombres en la aldea de Liochowa, en presencia de fuerzas muy superiores. Una imprudencia, prevista por Napoleon y que habia querido precaver por las mas severas recomendaciones dirigidas al general Baraguay d'Hilliers, fue la causa de esta desgracia; por otra parte, el general Orlow sorprendió un comboy de víveres en-

tre Mohilow y Smolensk. Pero Napoleon tenia todavía otros motivos de ansia; una conspiracion acababa de estallar en Paris; un hombre solo, el general Malet, la formó; pronto se ahogó, pero obtuvo un momento de feliz suceso, y Napoleon pudo apreciar el vacío que su ausencia dejaba en Francia. Este lance que le hizo conocer la fragilidad de su obra le dejó con una profunda impresion; sin embargo la encerró en el secreto de su corazon para dar toda su atencion á las circunstancias que le rodeaban.

Belluno, reunido á San Cyr, lejos de obrar con vigor y prontitud contra Wittgenstein, se retiró sobre Senno; las órdenes y las cartas de Napoleon, que todo lo tenian previsto y explicado, le mandaban concertarse con el duque de Reggio restablecido de sus heridas, y de esta harmonía podian resultar grandes cosas; pero no habian de cumplirse. Ah! si Napoleon hubiese podido ponerse á la cabeza de las fuerzas imponentes reunidas de antemano para asegurar su triunfo en todas las circunstancias posibles; no hay duda que pronto hubiese puesto á cubierto su línea de almacenes y destruido á Wittgenstein, á Steinheil, á

Tormasow y á Thitchakoff. En lugar de eso, Belluno no habia alcanzado á Wittgenstein, y Schwartzemberg, despues de haber dejado al almirante ruso diez y siete dias sin atacarle, aunque le tuviese á la vista, proporcionó á ese almirante el tiempo para cumplir, en fin, con el encargo que tenia de ir á tomar posicion sobre las orillas del Beresina y de cerrarnos el camino. A la verdad, los Austriacos y Reynier estaban siguiendo á Tchitchakoff, pero este ocupaba ya á Slonim. Nuestros almacenes de Minsk estaban amenazados como los de Witespk, y para mayor desgracia, Smolensk donde esperábamos hallar todos los socorros preparados tan de antemano por la alta prevision de Napoleon, estaba hecho el teatro del desorden mas horroroso en la distribucion de los víveres, arrancados por una muchedumbre hambrienta á quien no pudieron contener las tropas reunidas todavía debajo de sus banderas. En fin, para colmo de males, despues de cuatro dias de descanso, en que pasaron lances crueles, fue preciso abandonar á Smolensk. Si los tenientes de Napoleon que venian detrás se hubiesen portado con la union y la audacia peculiares del

al número de mil y quinientos hombres, heridos los mas, se acercaban á Orcha, despues de haber andado veinte leguas en dos dias enmedio de los Cosacos que los tuvieron constantemente sitiados. Luego que Eugenio y Mortier supieron que se acercaba su compañero de armas, compitieron á quien tocara la gloria de acudir al socorro de esta heroica columna. El gozo de Napoleon, cuando se le anunció la aparicion de Ney, se manifestó por unas demostraciones y unas palabras que retumbarán en la posteridad.

En Liavi y Doubrwna, que Napoleon logró ocupar antes que el enemigo, el cielo se ablandó; nuestra posicion se mejoró, los víveres llegaron y hallamos abrigo en un pais poblado. Habia en Orcha almacenes medianamente surtidos, un equipage de puente compuesto de setenta bajeles, con todos sus aparejos, y treinta y seis piezas de cañon uncidas que nos hacian tanta falta. La guarnicion de esta ciudad y la caballería polaca, acantonada en las inmediaciones, se nos reunieron. Los dispersos se habian juntado, y volvieron á las filas. Con todo, cuán débil se hallaba el ejército, y cuántos motivos de inquietud no tenia

Napoleon! Kutusoff y el grande ejército ruso habian dejado de incomodarnos, pero nos aguardaban otros peligros. Wittgenstein sorprendió á Witespk; Thcitchakoff entró en Minsk, y nuestros hospitales, con un acopio de subsistencias suficientes para mantener á cien mil hombres durante seis meses, y una inmensidad de municiones y de artillería, cayeron en su poder; fatal resultado, que Napoleon habia querido precaver con tantas precauciones y órdenes, cuyo olvido fue á la vez un delito y un desastre. Schwartzemberg que habia batido á Saken, uno de los generales del almirante ruso, podia impedir la toma de Minsk y obrar en favor nuestro una poderosa diversion; quiso mas bien desobedecer las órdenes de Napoleon y dirigirse sobre Kobrin. Esta conducta no puede explicarse y acaso ocultaba alguna perfidia política. « Hemos » perdido á Minsk, exclamó Napoleon, es » preciso volverlo á tomar, » y, el 19 de noviembre, dió órdenes desde Doubrowna al duque de Belluno para que contuviese á Wittgenstein, y al duque de Reggio para que, sin pérdida de tiempo, se dirigiese con el segundo cuerpo, y los coraceros del general Lheritier

por una ligereza inconcebible, ó por una obstinacion todavía mas estraña, hiciese lo contrario de lo que debia; en vez de cubrir nuestra retirada por Baran, vino á incorporarse con el cuartel general imperial, corriendo el riesgo de topar con Wittgenstein sobre el Beresina, precisamente al vado de Stoudziancka. Afortunadamente el general ruso no se daba prisa en reunirse al almirante; y por otra parte, teniamos mucho camino adelantado sobre Kutusoff, pero Tchitchakoff estaba delante de nosotros con sus tropas. Si el Beresina se hubiese hallado helado, le hubieramos pasado sin obstáculos, y el almirante ruso, solo todavía, hubiera sido destrozado, siendo mas que posible que no hubiera podido resistir á los vencedores de Miloradowitch y del mismo Kutusoff; pero hacia ya dos dias que se habian roto los hielos, y era menester echar puentes sobre un rio muy ancho, y á pesar de infinitas dificultades. Las obras se emprendieron con rapidez, pero fue preciso volver á empezarlas. El mismo Napoleon inspeccionaba y animaba á los obreros, cuyo ardor excitaba con sus miradas y sus exortaciones. Tchitchakoff, engañado por unas demostracio-

nes muy hábiles, y, preocupado por otra parte con motivo de algunos movimientos tardíos de Schwartzemberg, que ya no podia influir sobre la suerte de una campaña casi decidida, se equivocó sobre nuestras verdaderas disposiciones, y, bajando el Beresina cuando nosotros haciamos lo contrario, condujo sus fuerzas muy lejos, abajo de Stoudziancka. El Emperador vió con un gozo increíble desaparecer las últimas columnas enemigas, y se preparó á aprovechar este favor inesperado de la fortuna. El 26 al amanecer, un escuadron de la brigada de Corbineau pasó el rio nadando, dirigido por un edecan del Emperador, el general Gourgaud, y cada caballero con un soldado de infantería á las ancas de su caballo. La division Dombrowski pasó sobre tres almadías, mientras se acababan los puentes, y se apoderó de la orilla izquierda, ahuyentando á los Cosacos. A la una de la tarde, el cuerpo del duque de Reggio desfiló sobre el puente superior con dos piezas de cañon solamente y ocupó los bosques que estan sobre el camino de Borisow. Con menos rapidez, ya no quedaba tiempo; el general Tschuplitz estaba volviendo á todo correr. A las cuatro de la tarde los car-

ros empezaron á pasar sobre el segundo puente, y la artillería del duque de Reggio fue dirigida á toda prisa hácia el punto donde el mariscal estaba peleando con los Rusos á quienes procuraba rechazar hácia Borisow. Docienas y cincuenta piezas de artillería con sus correspondientes cajones, hundieron los caballetes del puente; pero la presencia del Emperador y los prodigios que inspiró á los pontoneros, á los marinos y á los zapadores, triunfaron de todos los obstáculos. La guardia imperial pasó en seguida, y luego el duque de Elchingen con su cuerpo. Vino la noche, durante la cual Napoleon estuvo siempre en pié. El duque de Reggio batió al general Tschaplitz, pero los Rusos se iban reforzando en su posicion; Ney y Mortier acudieron al socorro de nuestra vanguardia; el Virey y el príncipe de Ekmülh recibieron la orden de volver de Orcha; el duque de Belluno en llegando á Borisow, formó la retaguardia en Stoudziancka para hacer frente á Wittgenstein que podía llegar de un momento para otro. El emperador tenia los ojos puestos sobre el punto importante de Borisow, y encargó á un oficial de ordenanza observar to-

dos los movimientos del enemigo mas allá del puente. El 27, Napoleon vió con sentimiento que los dispersos no se habian aprovechado de la noche para pasar los puentes, y que todavía estaban estorbando el paso á las tropas que venian atrás. El Virey acababa de llegar; Napoleon pasó en medio de su vieja guardia y se trasladó á las avanzadas del duque de Reggio. No recibiendo noticia ninguna de los enemigos, mandó que durante aquel dia, y á mas tardar á la mañana siguiente, se efectuase enteramente el paso del ejército. Eugenio y el príncipe de Eckmühl debian ir delante, y el duque de Belluno cerrando la marcha, acabaron de pasar el Beresina entre los Franceses y Wittgenstein. En cuanto á los dispersos, cuya miseria compadecia al Emperador, y á quienes queria salvar de su propia desesperacion y de la crueldad de los Cosacos, tomó todas las precauciones posibles para dirigirlos hácia Zimbin.

Toda la noche se pasó con mucho cuidado, causado por la division Parthouneaux que se habia quedado en Borisow para guardar el camino de Stoudziancka por orden del duque de Belluno. Pero hubo todavía mas graves

motivos de alarma; Wittgenstein llegó á Borisow, despues de haberse unido en las inmediaciones de aquella ciudad con la vanguardia de Kutusoff, de manera que Tchitchakoff pudo restablecer el puente de Borisow para comunicar con Wittgenstein y el feld-mariscal; he aquí la consecuencia de la inobediencia de Victor á las órdenes de Napoleon. La constancia del Emperador, los recursos que supo hallar en su ingenio, y la celeridad en la ejecucion de las órdenes que dió, salvaron al ejército de un desastre sin remedio; pero su situación estaba todavía peligrosísima; Napoleon se hizo cargo de tan terribles circunstancias, con la resolucion y el convencimiento de triunfar de tantos obstáculos.

El virey y el príncipe de Ekmühl seguían el camino de Zimbin, donde debían encontrar al general bávaro de Wrede. Tenían especial encargo de conducir á todos los dispersos, á quienes Napoleon no cesaba de instar para que se alejasen de las orillas del Beresina, tanto para salvarlos, como para que no le estorbasen en los choques terribles que preveía. En efecto, al amanecer, el enemigo empuñó dos batallas sobre las dos orillas del

Beresina. Tchitchakoff atacó al duque de Reggio; el Emperador acudió al socorro de este mariscal, que fue herido, y á quien reemplazó el mariscal Ney, apoyado por el duque de Treviso. Al otro lado del rio, el duque de Belluno estaba peleando con Wittgenstein. Entretanto un desórden horrendo estalló sobre el puente; la turba de los dispersos iba precipitándose con furor para pasar, los caballetes se hundieron y fue preciso reparar el puente y dejar el paso libre á las órdenes transmitidas por Napoleon para sostener las dos luchas sangrientas, á las que presidia con la calma y la firmeza que habia manifestado sobre el Santon de Austerlitz, en la batalla de los tres Emperadores.

El duque de Reggio, hasta el momento de su herida, habia rechazado con vigor los esfuerzos multiplicados de Tchitchakoff para acosarle sobre el Beresina; el mariscal Ney mudó la defensiva en una ofensiva brillante, y la accion, en alargándose, se encarnizó todavía mas. En fin el enemigo, habiendo hecho adelantar sus reservas, el quinto y tercer cuerpos tomaron parte en el combate. Los coraceros del general Doumerc arrollaron hasta

seis cuadros de infantería, y, á las diez de la noche, el enemigo se retiró dejando un gran número de prisioneros. El Emperador, viendo asegurada esta primera victoria, acudió al cuerpo de Victor que estaba luchando con menos de seis mil soldados, con los treinta mil hombres de Wittgenstein. Victor, viéndose amenazado de ser envuelto en Stoudziancka, se concentró lo mas cerca que pudo del paso del rio para defenderlo; pero una batería de los Rusos disparaba igualmente sobre la division que estaba peleando, y sobre la muchedumbre incierta y confusa que se hallaba á la entrada de los puentes, lo que produjo una escena de desolacion, cuya descripcion repugna á una pluma francesa. El mariscal luego obligó á Wittgenstein á que alejase la batería; pero, despues que hubo causado un desastre sin remedio, enmedio de un sin fin de desgraciados, que, en vez de espantarse, hubieran arrostrado la espada y el fuego del enemigo, y resistido el rigor de la estacion, si hubiesen podido conservar sus armas como los intrépidos soldados que les daban en aquel mismo instante el ejemplo de un valor inaudito. A medio dia, los Rusos alentados con la

superioridad de sus fuerzas, intentaron envolver la pequeña division; pero Napoleon, aunque tuviese que resistir al ejército de Moldavia, recien llegado sobre la orilla izquierda, viendo el peligro de Victor, le envió la division Daendels que decidió el suceso. En el fuerte de la accion, las cargas de caballería dirigidas por Fournier y Latour-Maubourg, salvaron acaso al duque de Belluno; un solo regimiento de coraceros, mandado por el coronel Dubois, atacó á un cuerpo de siete mil Rusos y le cogió prisionero. Quedaron heridos en las dos orillas del rio, los generales Dombrowski, Albert, Claparede, Kosikowski, Fournier, Girard, Damas, Legrand y Zayonchek. El duque de Belluno coronó con una hazaña memorable la hermosa conducta del ejército, habiendo tenido la constancia de quedarse todala noche en la posicion de Stoudziancka, con el fin de facilitar el paso á un mayor número de dispersos. Al dia siguiente, un poco antes del amanecer, evacuó la posicion con su artillería, sus bagages, sus heridos y todos cuantos dispersos pudieron ó quisieron seguirle; en fin, á las ocho de la mañana el general Eblé quemó los puentes. El paso del

y cien cañones, hacia Borisow y Minsk. Napoleón anunciaba á sus dos tenientes, que iba en persona á seguir este movimiento, con el fin de ocupar despues la línea del Beresina. Pero habia sucedido una nueva desgracia durante la marcha del duque de Reggio; Ojarski, destacado por Kutusoff, se habia apoderado de Borisow y de nuestro único puente sobre el Beresina. El gobernador de Minsk, retirado á Borisow, se habia quedado allí cinco dias, sin tomar medida alguna; Dombrowski, que habia sobrevenido á las doce de la noche, habia hecho disposiciones dignas de un antiguo soldado del ejército de Italia, y poco faltó para que la victoria premiase su habilidad y el valor de sus tropas; pero al anoche- cer, diez mil hombres de infantería y seis mil de caballería, mandados por los generales Lambert y Langeron, habian triunfado por fin de su corta division, agoviada por un combate encarnizado que duró diez horas. El 22, Napoleón recibió esta triste noticia, estando sobre el camino de Kokanow á Tolverin; el duque de Reggio tuvo que volver á acercarse del Beresina, despues de haber arrollado y rechazado mas allá de Borisow á la division

Lambert, mandada por el general Palhen; Thitchakoff no pudo salvarse sino quemando parte del puente, y estableciendo baterías sobre la orilla escarpada del rio. Por su lado, el duque de Belluno tuvo un encuentro brillante con Wittgenstein, á quien destrozó en Smoliany; pero desgraciadamente habia ejecutado demasiado tarde las órdenes del Emperador; de manera que la flojedad ó la perfidia del príncipe de Schwartzemberg, la falta de acuerdo entre los duques de Tarento y de Reggio, la lentitud, la desgracia, y la herida de éste, que se dejó sorprender en Polosk; la marcha demasiado metódica del mariscal San Cyr, que se contentó con guardar, despues de la primera victoria, una actitud defensiva aunque hábil y gloriosa, en lugar de una ofensiva atrevida cuyo feliz éxito era indudable; la falta de vigilancia de parte del duque de Belluno sobre los puntos confiados á su cuidado; sus perpétuas dilaciones que hicieron perder la ocasion de obrar con vigor; en fin, una especie de fatalidad que se opuso, durante toda esta campaña, á la ejecucion de las órdenes mas importantes de Napoleón, trajeron el funesto resultado siguiente: Enfrente de un

gran río que los Franceses tenían que atravesar por precisión, se hallaron apretados entre Kutusoff, Wittgenstein y Tchitchakoff, á la cabeza de ciento cuarenta mil hombres, y dueños de todos los pasos. La suerte de Carlos XII nos estaba amenazando; algunas gentes lo temían, y, dominados por diferentes ideas, casi se iban acostumbrando á discurrir que el Emperador podía rescatarse con una capitulación. Nuestros soldados mas firmes, porque discurrían menos, mas confiados y mejores jueces, descansaban sobre la fortuna de Napoleon.

Una victoria, cuyos resultados fueron peores que si hubiéramos sido vencidos, nos cerró el Beresina. El duque de Reggio habia tenido el encargo de reconocer arriba y abajo de Borisow las posiciones favorables para echar un puente. Entretanto, el general Corbineau indicó un vado por donde acababa de pasar enfrente de Stoudziancka, cerca de Wesalowo. Inmediatamente Napoleon mandó á los generales Chasseloup y Eblé ir con los pontoneros y zapadores, y los cajones de herramientas puestos en reserva por él mismo en Orcha. Al mismo tiempo, dió orden á Belluno de ata-

car con ímpetu á Wittgenstein y de batirle. El mariscal debia impedir á toda costa que el general ruso marchase contra el duque de Reggio y llegase al Beresina antes que nosotros, puesto que si lograban juntarse Wittgenstein y Tchitchakoff sobre aquel río, nos hacían correr el mayor peligro. ¡Ojalá Belluno hubiese comprendido que tenía en su mano la suerte del ejército, y hubiese borrado, con un servicio tan señalado, las muchas faltas en que habia incurrido! Conforme á sus instrucciones, el duque de Reggio hizo todas las demostraciones posibles para engañar al enemigo por el lado de Stoudziancka, donde el mariscal todo lo estaba preparando para pasar el río. Pero á las doce de la noche un correo vino á anunciar que todavía estábamos en Borisow, y que el enemigo se habia reforzado sobre las orillas del río. El duque de Reggio pedia socorros; Mortier salió antes del amanecer, y el Emperador volvió á dar al duque de Belluno la orden de cortar el camino de Lepel por Baran, con el fin de que el enemigo no pudiese sorprender á Oudinot en una situación que se hacia mas crítica por instantes. Pero quiso la fatalidad que Belluno,

Beresina, á pesar de tantos obstáculos que lo hubieran hecho mirar como imposible por cualquiera otro que Napoleon, era un motivo de triunfo, aunque la division Parthouneaux, extraviada durante la noche, hubiese sucumbido delante de Wittgenstein, por no haberse ejecutado las disposiciones del Emperador, cuyos enemigos mismos no han podido menos de admirar la constancia, reconociendo que no se le debia hacer cargo de las pérdidas que acompañan una operacion en que los mayores capitanes hubieran sin duda visto frustrar sus planes.

De los ochenta mil hombres que tenia sobre las orillas del Beresina, salvó sesenta mil que dirigió sobre Zimbin, Kamen y Smorgoni, donde el ejército halló recursos que tanto necesitaba. En Malodeozeno, Napoleon recibió catorce estafetas de Paris, y expidió el terrible boletín del 3 de diciembre, en que daba parte á la Francia y á la Europa de la ruina de la expedicion.

Entretanto, Heudelet se acercaba del Niemen con diez mil hombres, y Loison salia de Wilna con igual número de soldados; pero estos refuerzos llegaron solamente para parti-

cipar á los desastres del ejército, si puede darse este nombre á una turba confusa de hombres agoviados por toda clase de calamidades, y por un frio, cuyo rigor estaba inaudito en la misma Rusia. No habia medio ninguno de luchar contra este terrible azote. Teniamos delante de nosotros á la Europa, que podia cerrarnos el camino, y la Francia iba á conmoverse al recibir la noticia de tantas desgracias; era preciso remediarlas con prontitud, y no dejar tiempo á los Rusos para adelantarse hasta el Rhin; era necesario formar otro ejército, y llegar á Paris para pedirlo y lograrlo de una nacion generosa, que siempre entusiasmada por la gloria, no se negará á ningun sacrificio cuando se lo pida el mismo Napoleon. Salió de Smorgoni el 5 de diciembre, despues de haber comunicado su proyecto á sus generales, que lo aprobaron unánimemente, dejando el mando del ejército al rey de Nápoles. No han faltado censores de esta alta resolucion, dictada por el primero de los deberes de un príncipe; pero nadie ha expresado la verdad con mas justicia y franqueza, que el coronel Boutourlin, edecan del Emperador de Rusia. « Napoleon, dice, no era solamente

sertó, por decirlo así, como un soldado infiel á su bandera. Ney entró en Kowno con solo sus edecanos, y tomó el mando de su guarnición, que se componia de trecientos Alemanes y de cuatrocientos hombres mandados por el general Marchand. Los Rusos atacaron por la puerta de Wilna; pero Ney y Girard, con un corto número de soldados, sostuvieron sus esfuerzos, y dieron tiempo á los dispersos para ponerse fuera del alcance de los Cosacos. En aquel mismo dia, el tiempo ablandó repentinamente, y esta mudanza tuvo un resultado funesto, habiendo causado la muerte de los hombres mas robustos que habian resistido el frío mas rigoroso.

Entretanto, el general ruso Dibitch firmó secretamente una suspension de hostilidades con el general prusiano Yorck, que estaba bajo las órdenes de Macdonald que se vió reducido por esta traicion á nueve mil hombres. Esta defeccion tan inesperada, aunque fraguada muy de antemano, entregó á los enemigos la orilla derecha del Vistula, de manera que el rey de Nápoles tuvo que trasladar su cuartel general de Koenisberg á Varsovia y luego á Posen. Por otra parte, se estaba pre-

parando otra perfidia; Schwartzemberg se desentendió de todas las órdenes de Napoleon, y dejó á los Rusos que maniobrasen como les convenia; el mismo Murat abandonó el ejército el 16 de enero de 1813.

El ejército no podia quedar sin gefe; el Virey tomó el mando, y hizo cuanto podia humanamente esperarse de su constancia, de su valor y de su prudencia en circunstancias tan críticas. Se retiró con orden sobre el Elba, y entró en Berlin el 21, despues de haber quemado los puentes de Crossen y del Oder.

Tal fue el éxito de la expedicion de Rusia. Ahora vamos á ver á Napoleon luchando contra los mayores peligros de toda su vida, y teniendo que combatir á toda la Europa, antes conjurada secretamente contra él, y que entonces se declaró abiertamente su enemiga.

» el gefe del ejército, sus obligaciones como
 » Emperador de los Franceses, le llamaban á
 » la capital. » Antes de salir, tomó todas las
 disposiciones que le dictaba la prudencia, y
 que hubieran tenido el mejor éxito, si el frio
 que iba siempre aumentando, no hubiese
 desconcertado todas sus medidas; el termó-
 metro de Reaumur habiendo bajado la no-
 che misma de su salida, á 28 grados despues
 de zero.

Napoleon, acompañado del caballerizo ma-
 yor Caulincourt, de Duroc y del conde de
 Lobau, hacia la mayor diligencia. Corrió el
 riesgo de caer en manos de una partida de
 Cosacos, que, por la culpa de Loison, entra-
 ron en un pueblo por donde el Emperador
 habia de pasar precisamente; su estrella le
 salvó; en llegando á Wilna, vió con la mayor
 satisfaccion que los almacenes estaban surti-
 dos de provisiones de toda clase para mante-
 ner un ejército de cien mil hombres, durante
 cuarenta dias. Volvió á dar la orden á Ber-
 thier y á Murat de organizar el ejército en
 Wilna. El Emperador pasó por Varsovia y por
 Dresde, donde por poco hubiera sido arres-
 tado en consecuencia de una intriga inglesa,

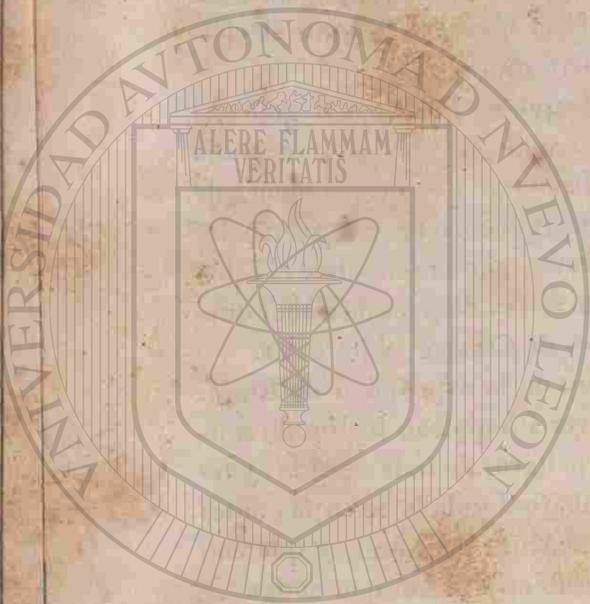
y contra la voluntad del venerado rey de
 Sajonia, cuyas virtudes y fidelidad inviolable
 honraron al trono y á la política. El 15, Napo-
 leon despachó correos á su ejército, á su sue-
 gro, al rey de Prusia, y tomó el camino de
 Leipsick y de Maguncia; el 19, despues de 14
 dias de un viage el mas rápido y el mas se-
 creto, estaba abrazando á su hijo y á su es-
 posa en las Tullerias. Su ausencia causó un va-
 cío extraordinario en el ejército. Pero la Fran-
 cia se contempló salvada, viendo á Napoleon
 en su seno.

Mientras que el Emperador volvía á tomar
 las riendas de su imperio, el rigor de la esta-
 cion aumentaba de dia en dia en la Lituania,
 y no hay expresiones que basten á pintar los
 trabajos y la profunda desorganizacion de
 aquel resto de hombres, que podian llamarse
 las ruinas del ejército grande. Los soldados
 franceses que estaban todavía en Wilna, que-
 daron espantados con el horrendo espectáculo
 de cuarenta mil hombres que inundaron re-
 pentinamente aquella ciudad, desnudos, ham-
 brientos y llenos de miseria. Allí como en
 Smolensk, los almacenes y los hospitales fue-
 ron invadidos con el mayor desorden por los

dispersos. El orden se iba restableciendo poco á poco, y nuestros infelices soldados empezaban á descansar de tantas fatigas, cuando de repente llegó la vanguardia de Kutusoff y luego los ejércitos de Wittgenstein y de Tchitchakoff. Loison y de Wrede, reducidos, el primero á dos mil hombres por los combates, y el segundo á tres mil, por el rigor de la estacion, resistieron con valor al enemigo á quien lograron detener. Si el rey de Nápoles hubiese conservado su constancia y su antigua actividad, dando órdenes con acierto y oportunidad, la guarnicion de la ciudad, sostenida por la guardia imperial, hubiera podido defender á Wilna durante algunos días, aunque no se hubiesen concluido las obras mandadas hacer por el Emperador. Pero Murat no hizo nada digno de un soldado, de un rey, de un lugar-teniente de Napoleon. Ney, mostrándose siempre el héroe de la retirada de Smolensk, pero rodeado solamente de un puñado de valientes, no pudo resistir unas fuerzas tan superiores, y abandonó la ciudad y los almacenes que nos era imposible salvar.

Un sin fin de Franceses que no tuvieron bas-

tante fuerza para volver á arrostrar las fatigas de una nueva marcha, perecieron á manos de los Cosacos y de los Judíos, todavía mas crueles. Estos los tiraban por las ventanas, pagando con esta ingratitude atroz, la proteccion que habiamos dispensado á esa casta de sanguijuelas, que devorarian la Polonia si no se oponian barreras á su codicia infame. Estas fueron las represalias del enemigo contra la humanidad del gran capitán que salvó una cuarta parte de Moscú y muchos miles de heridos rusos abandonados á las llamas en los hospitales de aquella ciudad. Al salir de Wilna, los Franceses experimentaron nuevas desgracias, en el desfiladero de Ponary que fue testigo de unas hazañas increíbles, que detuvieron durante mucho tiempo al ejército ruso. Ney, viéndose mas apurado por instantes, mandó repartir á la guardia imperial el tesoro del Emperador. Este depósito, fiado al honor militar, volvió fielmente á la caja del ejército; no faltó un solo doblon. En Kowno pasaron las mismas escenas de valor y de desorden; ya no existia el ejército; todo habia desaparecido. El mismo Murat, el intrépido Murat, olvidándose de su gloria pasada, de-



INDICE ANALITICO

DEL

TOMO TERCERO.

SIGUE EL LIBRO NONO.

CAPÍTULO III. Toma de Breslau, pág. 1. — Los Turcos marchan contra los Rusos, 2. — Combate de Mohrungen, 4. — Batalla de Eylau, 7. — Combate de Ostrolenka y de Braunsberg, 13. — Acontecimientos en Constantinopla, 15. — La escuadra inglesa pasa los Dardanelos, 18. — Hermosa conducta del general Sebastiani, 19. — Retirada de los Ingleses, 20. — Mal éxito de su expedición en Egipto, 21. — Conseripcion del año de 1808, *id.* — Toma de Dantzick, 23. — Batalla de Friedland, 24. — Soult entra en Kœnisberg, *id.* — Entrevista sobre el Niemen, 27. — Tratado de Tilsitt, 28.

LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. Napoleón vuelve a Paris, 31. — La hija del rey de Wurtemberg se casa con el rey de Westfalia, 32. — Toma de Straslund, 33. — Los Ingleses bombardean a Copen-

hague, 35. — La Dinamarca y el emperador Alejandro adhieren al bloqueo continental, 36. — Negocios de Portugal, 37. — Tratado de Fontainebleau entre la Francia y la España, 38. — Arresto del príncipe de Asturias, 39. — El embajador Beauharnais, 42. — Carta de Fernando á Napoleon, 43. — Carta del rey de España á Napoleon, 44. — Conquista del Portugal, 48. — La casa de Braganza se traslada al Brasil, 49. — Institucion del tribunal supremo de cuentas, 50. — Napoleon sale para Italia, *id.* — Decreto de Milan en contestacion al decreto de la Inglaterra del 11 de noviembre, 51.

CAPÍTULO II. Conquista de las islas de Santo Tomas, Santa Cruz y Madera por los Ingleses, 53. — Napoleon vuelve á Paris, 54. — Invasion de Pamplona y de Barcelona, 55. — Los Rusos conquistan la Finlandia, 56. — Nueva nobleza, 58. — Negocios de España, 59. — Godoy intenta refugiarse en América con la familia real, 61. — Revolucion de Aranjuez, 62. — Abdicacion del rey de España, 68. — Protesta secreta contra esta abdicacion, 69. — Entrada de Murat en Madrid, 70. — Carta de Napoleon á Murat, 74. — La familia real de España resuelve ir á Bayona, 83. — Fernando escribe á Napoleon desde Vitoria, 86. — Napoleon llega á Bayona, 87. — Contesta á Fernando, 89. — Fernando llega á Bayona, 94. — El rey Carlos y su familia en Bayona, 97. — Carta del rey Carlos á su hijo, *id.* — Insurreccion de Madrid, 99. — El rey Carlos abdica á favor de Napoleon, 100. — El rey y la reina de España salen para Compiègne y los infantes para Valencey, 101. — El consejo de Castilla pide por rey de las Españas al mayor de los hermanos de Napoleon, 102. — Proclama de Napoleon á los Españoles, 104. — José rey de España, 108. — Constitucion española, 109. — Insurreccion española, 109. — Primeros sucesos del ejército frances, 115. — Toma de Córdoba, 116. — Batalla de Medina de Rio Seco, 117. — Insurreccion de Portugal, *id.* — Murat rey de Nápoles, 118. — Entrada de José en Madrid, *id.* — Napoleon sale para Paris, *id.* — Capitulacion de Andujar, 124. — José tiene que retirarse de Madrid, 125. — Un ejército ingles desembarca en Portugal, *id.* — Combate de Vimerey, *id.* — Capitulacion de Cintra, 126.

CAPÍTULO III. Revolucion en Constantinopla, 128. — Convenio de Paris entre la Francia y la Prusia, 132. — El Austria aumenta sus fuerzas militares, 133. — Napoleon pide explicaciones al Austria, 135. — Interpela á M. de Metternich en San Cloud, *id.* — El senado vota ciento y sesenta mil hombres, 137. — Entrevista de Erfurth, 139. — Napoleon y Alejandro escriben mancomunadamente al rey de Inglaterra, 140. — Carta de Napoleon al Emperador de Austria, *id.* — Napoleon vuelve á San Cloud, 147. — Discurso del Emperador al cuerpo legislativo, 148. — Conspiracion sorda contra Napoleon, 150. — Los diputados de los nuevos departamentos de Italia, admitidos á la presencia de Napoleon, *id.* — Napoleon llega á España, 152. — Batalla de Burgos, *id.* — De Espinosa, 153. — De Tudela, 155. — De Somosierra, 156. — Toma de Madrid, 161. — Decretos expedidos en Madrid, 163. — Capitulacion de Rosas, 164. — Artículo del *Monitor* con motivo de una contestacion de la Emperatriz al cuerpo legislativo, 165. — Napoleon marcha contra los Ingleses, 169. — Toma de las obras exteriores de Zaragoza, 175. — Combates de Tarazona y del puente del Burgo, *id.* — Napoleon vuelve á Paris, 179. — Nueva coaliccion de la Inglaterra con el Austria, *id.* — Perfidia de la Rusia, *id.* — Rendicion del Ferrol, 181. — Combates de Vels, de Ciudad-Real, de Medelín, 183. — Batalla de Oporto, *id.*

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. Gustavo Adolfo IV, rey de Suecia, depuesto, 185. — Guerra con el Austria, 189. — Posicion de los ejércitos franceses, 190. — Napoleon sale para Alemania, 191. — Batalla de Thaur, 193. — Batalla de Abensberg, 194. — De Landshut, 195. — De Ekmühl, *id.* — Toma de Ratisbona, 196. — TOMO III.

Combates de Lauffen y de Saltzbourg, 198. — Napoleon marcha sobre San Polten, 200. — Llega delante de Viena, 202. — Los Franceses entran en Viena, 204. — Los Estados romanos, reunidos á la Francia, 205. — Paso del Danubio, 207. — Batalla de Essling, 209. — El ejército frances se retira sobre la orilla derecha del Danubio, 212.

CAPÍTULO II. Campaña de Polonia, 218. — Combate de Raszyn, 220. — De Ostroweck, 221. — Insurreccion en Westfalia, 225. — En Prusia, 226. — Continuacion de la campaña de Polonia, 229. — Insurreccion del Tyrol, 231. — Combate de Sacila, 237. — Paso del Piave por el virey de Italia, 238. — El virey se junta con el ejército grande, 240. — Insurreccion del Wurtemberg, 243. — El almirante Stuart aparece delante de Nápoles, 244. — Batalla de Raab, 247.

CAPÍTULO III. Batalla de Wagram, 251. — Desgracia de Bernadotte, 254. — Armisticio de Znaim, 265. — Expedicion de los Ingleses en el Escalda, 268. — El Papa sale de Roma, 279. — Batalla de Talavera, 285. — De Ocaña, 286. — Sucesos marítimos de la Inglaterra, 289.

CAPÍTULO IV. Conferencias de Altembourg, 294. — Atentado del joven Staats contra Napoleon, 299. — Paz de Viena, 301. — Napoleon vuelve á Fontainebleau, 304.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. Divorcio de Napoleon, 308. — El príncipe Eugenio nombrado heredero del gran ducado de Francfort, 316. — Casamiento de Napoleon con Maria Luisa, 317. — Los príncipes de España dan una fiesta en Valencey para celebrar las nupcias de Napoleon, 322. — Viage del Emperador y de la Emperatriz á la Bélgica, 322. — La Suecia adhiere al sistema con-

tinental, 324. — Desgracia de Fouché, 326. — Reunion de la Holanda al imperio, 332. — Bernadotte nombrado heredero del trono de Suecia, 334. — Expedicion de Sicilia, 339. — Campaña de Portugal, 342. — Batalla de Busaco, 343. — Medidas violentas de la regencia de Lisboa, 344. — Massena detenido por las líneas de Torres-Vedras, 345. — Campaña de España, 347. — La junta se refugia á Cadiz, 348. — Independencia de la América española, 349. — La Rusia quebranta el tratado de Tilsitt, 351.

CAPÍTULO II. El duque de Orleans llamado á España, 354. — Toma de Tortosa, Olivenza y Badajoz, *id.* — De Murcia, 355. — Batalla de Sagunto, 358. — Toma de Valencia, *id.* — Reunion del ducado de Oldembourg al imperio, 362. — Nacimiento del rey de Roma, 363. — Desavenencias entre Napoleon y Murat, 364. — Concilio de Paris, 366. — Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo, 367. — Viage á Holanda, *id.* — Leva de ciento veinte mil conscriptos, 372.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

CAPÍTULO PRIMERO. La Cataluña dividida en cuatro departamentos franceses, 376. — Provocaciones de la Rusia, 377. — Tratado con la Prusia, 379. — Con el Austria, 380. — Tratado de la Suecia con la Rusia, 382. — Napoleon propone la paz á la Inglaterra, 383. — *Ultimatum* de la Rusia, 384. — Creacion de un ministerio de comercio, *id.* — Organizacion de la guardia nacional, 385. — Napoleon llega á Dresde, 389. — Nuevos pasos dados con Alejandro, 390. — Estancia en Dresde, 391. — Paz de la Turquía con la Rusia, 392. — Napoleon entra en Polonia, *id.* — Proclama al ejército, 393.

CAPÍTULO II. El ejército frances pasa el Niemen, 395. — Entra en

Wilna, 396. — La Dieta de Varsovia proclama el restablecimiento del reino de Polonia, 397. — Mision del general Balachoff, 399. — Alejandro evacua el campo de Drisa, 400. — Combates de Ostrowno, 402. — Napoleon en Witepsk, 403. — Batalla de Smolensk, 406. — Entrada en Smolensk, 409. — Batalla de Volontino, 412. — Victoria de San Cyr en Polotsk, *id.* — Batalla de Borodino ó del Moscowa, 414. — Combate de Mojaisk, 419. — Los Franceses entran en Moscú, 422. — Los Rusos pegan fuego á la ciudad, 424. — El Emperador forma el proyecto de marchar sobre San Petersbourg, 428. — Napoleon propone la paz, 430. — El ejército frances sale de Moscú, 434. — Combate de Winkowo, 436. — De Malojaroslavetz, 438. — El ejército ruso se retira, 442. — Napoleon llega á Wiasma, 443. — Batalla de Wiasma, 445. — El invierno empieza y el desorden se introduce en el ejército, 450. — Paso del Woop, 452. — Llegada á Smolensk, 455. — El ejército vuelve á ponerse en camino, 456. — Batalla de Krasnoë, 458. — Ney, cortado al salir de Smolensk, abre paso y se une al ejército en Orcha, 461. — Toma de Minsk y de Borisow por los Rusos, 465. — Paso del Beresina, 470. — Combate de Stoudziancka, 472. — Napoleon sale para Paris, 479. — El ejército entra en Wilna, 481. — Hermosa resistencia de Ney en Kowno, 483. — Defeccion de los Prusianos, 484. — Murat abandona al ejército, defeccion de los Austriacos, *id.* — El príncipe Eugenio llega á Berlin, 485.

FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

